



UNA INTERESANTE FOTOGRAFÍA DEL PRESIDENTE COOLIDGE

Con motivo del LV aniversario de su nacimiento, se celebró recientemente, en honor del Presidente Coolidge, una interesante fiesta en South Dakota. En ella, el Presidente de los Estados Unidos vistió el típico traje de *cow-boy*, con el que aparece en nuestra fotografía, rodeado por algunos *cow-boys* auténticos. Pronto habrá nuevas elecciones presidenciales en los Estados Unidos. A ellas parece que no se presentará Coolidge, aunque se estima que esta retirada no pase de ser una habilidad política

(Fot. Agencia Gráfica)

CORONA MATILDE SERAO



MATILDE SERAO

MATILDE Serao es una de las escritoras mundiales de más renombre á comienzos del siglo, en el que representaba para Italia lo que D.^a Emilia Pardo Bazán, á cuya generación pertenecía, para España.

Había una semejanza entre las dos escritoras, de cerebro fuerte, de labor intensa, de plétora de vida, desbordante en su trabajo.

Cuando conocí á Matilde Serao en Nápoles dirigía con entusiasmo el periódico diario *Il Mattino*, fundado por ella para competir con Scarfolio, que dirigía *El Mezzo Giorno*. En torno de la escritora se agrupaba una redacción compuesta de los principales escritores de Italia. Ella hablaba con voz fuerte, mandaba, reía á carcajadas sonoras, iba de un lado para otro, de la redacción á la imprenta, con una decisión que era antítesis del tipo de la mujer latina del pasado siglo y la precursora de la mujer actual.

Cuando salía del periódico podía decirse que Matilde Serao recobraba la feminidad. Eran las horas de la tarde destinadas al amor á sus hijos, á los paseos, la mesa y la diversión.

Al anoecer Matilde Serao se encerraba en su estudio, y al amanecer ardía aún su lámpara iluminando el balcón de su casa patricia.

En esa época, Matilde Serao acababa de publicar la bella descripción del viaje á *Tierra Santa*. La malevolencia, que tanto suele cebarse en la escritora, decía que estaba escrito sin pasar de Niza, cosa que en vez de restar mérito á la obra la avaloraría más, pues si las maravillosas descripciones de Jerusalén no son vividas, acusan la más frondosa y magnífica imaginación.

Nadie como Matilde Serao ha sabido conocer

el alma y el ambiente de su país. Su obra *El Vientre de Nápoles* da la descripción más acabada de esa hermosa ciudad, á la que podía compararse con una gran nebulosa, que encierra en sí todos los principios de la vida para la creación de mundos nuevos; porque en sus infinitos contrastes se mezcla, se revuelve y se amalgama todo. Sólo el genio de Matilde Serao ha acertado á interpretar bien á Nápoles.

Ella era una escritora de vocación. Tenía ese fervor sin el cual no se debería tomar la pluma. Escribir era su deleite espiritual, y lo demostró siempre, no cesando en su labor al través de los años cuando no necesitaba ni más nombre ni más provecho, y seguía incansable en su trabajo.

La tinta no se ha secado en la pluma de Matilde Serao. La ha sorprendido la muerte en plena producción; sin cansancio físico ni espiritual. Acaba de publicarse su última novela, en la que estudia magistralmente la transformación que en la sociedad de la postguerra han sufrido ideas, costumbres y sentimientos. Es un libro lleno de lozanía, de frescura de juventud; como los artículos que hasta última hora ha estado escribiendo en su periódico. Sus ideas, su lenguaje, su sentimiento artístico evolucionaban sin cesar. Los últimos artículos son modelos de ironía y de fino humorismo, y puede servir de alegato contra los que sostienen que la mujer pueda cultivar esa forma exquisita de la literatura. Se ve que mujeres superiores como Matilde Serao son capaces del humorismo.

La muerte ha interrumpido una serie interesantísima de sus recuerdos.

Unidas por una gran amistad durante muchos

años, me complacía en oírle contar, con su gran vivacidad, anécdotas de los grandes escritores. Narraba los días de pobreza de D'Annunzio, hospedado en su casa de Nápoles, el fracaso de su primera comedia del gran poeta, la tentativa de sus primeros versos. Otras veces me contaba la admiración de Carducci hacia la Reina Margarita, que tanto influía en su labor.

Era uno de los atractivos de la vuelta á Nápoles el gozar la amena conversación de la gran escritora, y me apena más su muerte al evocar el balcón á que se asomaba frente al más bello telón del mundo. A ese fondo de mar, monte y cielo en que triunfa Posilipo como cargado de *Belvederes*, cuyas luces altísimas parpadean en la noche como faros. ¡La gran visión de los días tranquilos se vuelve ahora soberanamente angustiosa!

El entierro de Matilde Serao, tan amada en su patria, sería uno de esos grandes entierros napolitanos en los que siguen al féretro tantos y tantos coches llenos de flores que asombra ver reunida tal cantidad y van dejando perfumadas todas las calles por donde pasan.

La muerte en Nápoles es más triste que en las otras ciudades, porque es quizás donde más se ve lo fatal y lo inevitable que hay en ella. Porque entre tanta placidez, tanta vida, tanta alegría, no se concibe bien la negación que es el morir. Hay un contraste tan violento que nos parece que el muerto vive...

Y en este caso Matilde Serao sigue viviendo en la gloria del pueblo italiano.

C. DE B.

ACTUALIDAD GRÁFICA EXTRANJERA

La muerte del Rey Fernando de Rumania

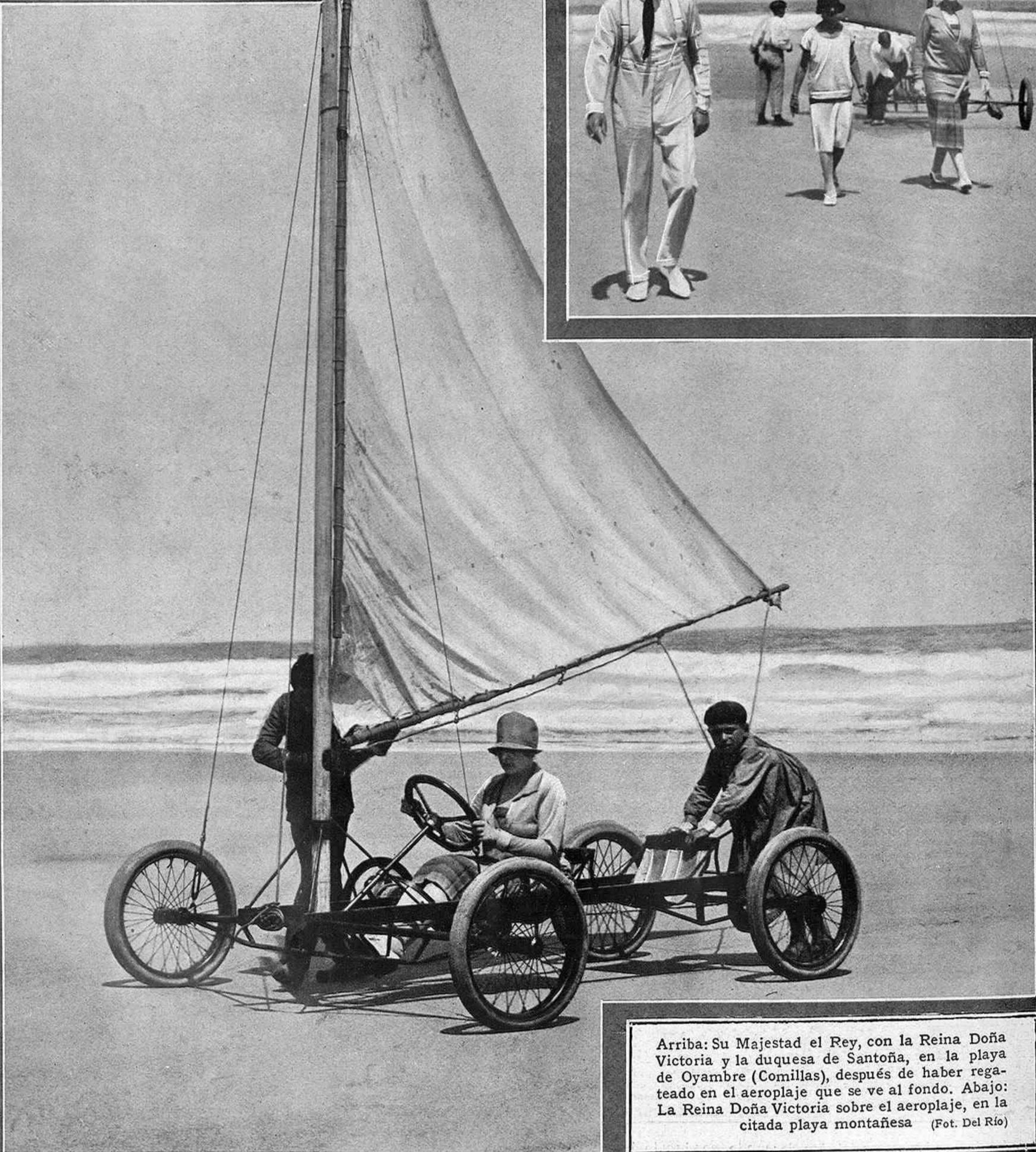
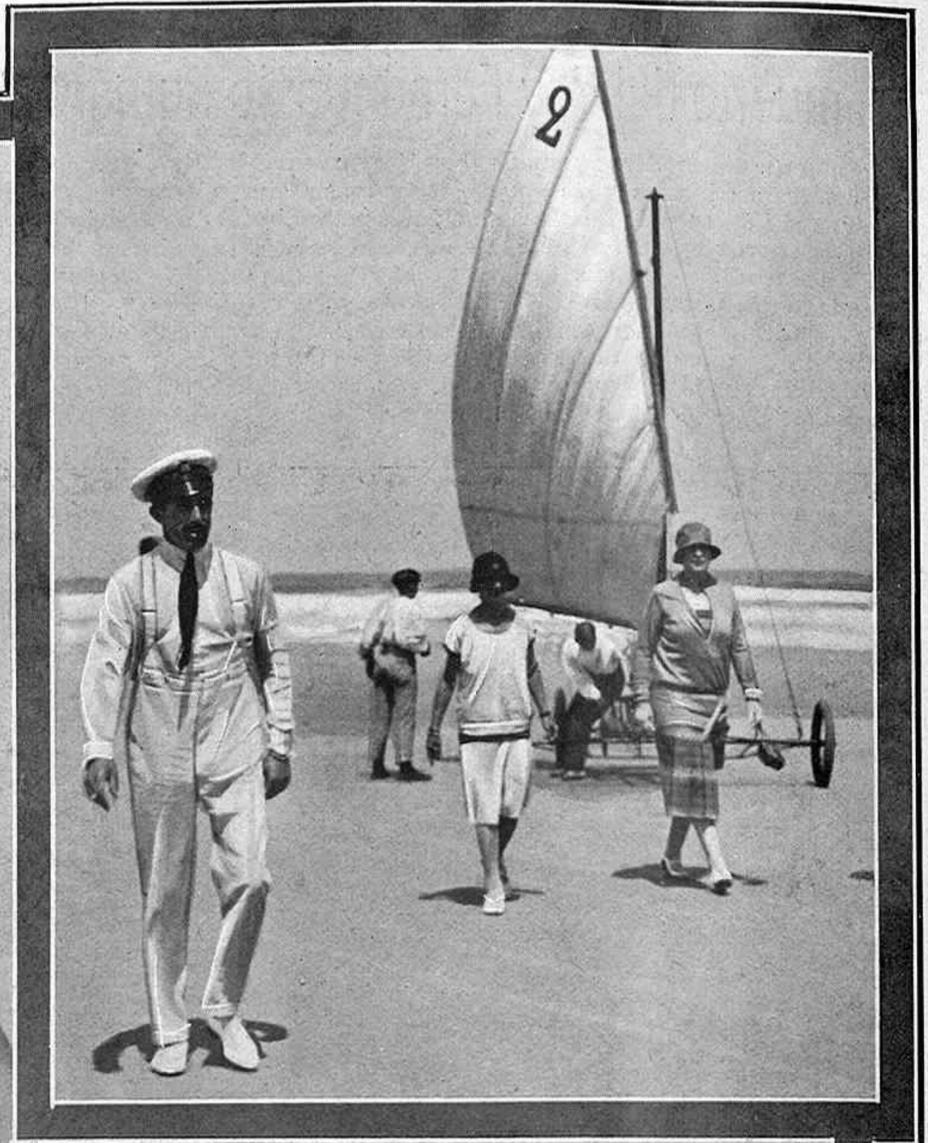
LA muerte del monarca rumano, hombre que vivió horas de terribles dolores nacionales y de soberbias compensaciones triunfales, ha puesto una interrogante de rara solución al porvenir del reino que tanto dilató sus horizontes bajo la égida de Fernando I. Transcurren los días dedicados al dolor y á sus exhibiciones, y hemos querido recoger en esta plana dos notas interesantísimas, á este propósito: el momento de salir el féretro del monarca, á hombros de los que fueron sus fieles ayudantes de campo, del Castillo de Sinaia, y esa muda, dolorosa escena, sorprendida por el fotógrafo, en la que aparecen esposa é hija asomadas al balcón, desde donde se ve desfilir el fúnebre y regio cortejo.



El féretro donde van los restos del Rey Fernando, conducido á hombros de los que fueron sus ayudantes desde el palacio de Sinaia, donde falleció, hasta la estación de Cotroceni, para ser trasladados á Bucarest. En el círculo, la Reina viuda María, con su hija la Reina de Yugoslavia, viendo, atribuladas, salir el cortejo desde una ventana del Castillo

(Fots. Agencia Gráfica)

EL VERANEO
DE LOS REYES
EN SANTANDER



Arriba: Su Majestad el Rey, con la Reina Doña Victoria y la duquesa de Santofía, en la playa de Oyambre (Comillas), después de haber regateado en el aeroplaje que se ve al fondo. Abajo: La Reina Doña Victoria sobre el aeroplaje, en la citada playa montañesa (Fot. Del Río)

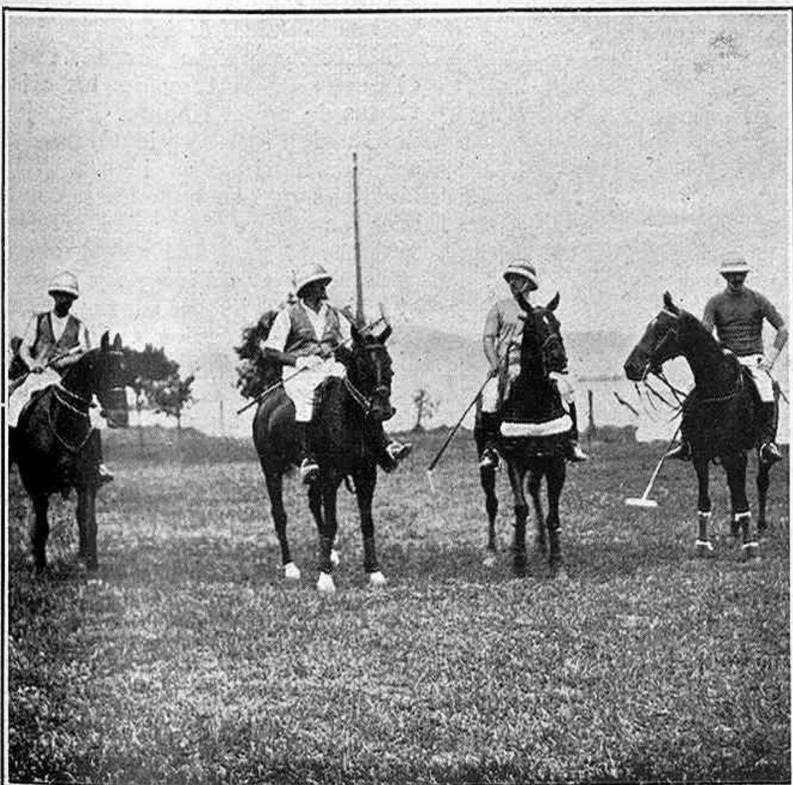


Un descanso de los jugadores en el reciente partido de polo jugado en el Palacio de la Magdalena, de Santander

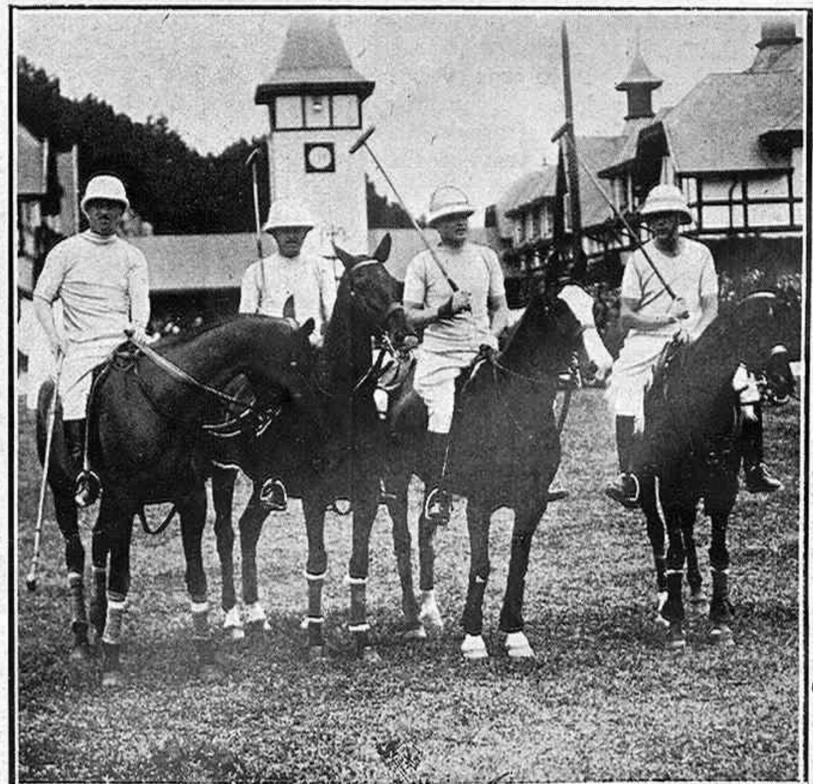
UN INTERESANTE PARTIDO DE POLO
 EN EL PALACIO DE LA MAGDALENA,
 EN SANTANDER



Un momento del partido de polo jugado en el campo deportivo de la Magdalena entre el equipo morado, en que figura Su Majestad el Rey, y el equipo blanco, en que figura el Infante D. Alfonso



El equipo morado, en el que figura, a la derecha, Su Majestad el Rey Don Alfonso



El equipo blanco, en el que figura el Infante D. Alfonso, ganador del partido jugado recientemente en el campo de la Magdalena

(Fots. Del Río)

A TRAVES DE LA HISTORIA DEL MUNDO

«EL LIBRO DE LOS ORÍGENES»

SE comienza á dudar de la historia cuando sabemos cuánto miente la fama. Aunque Hoyos y Vinent ha lanzado, antes de ahora, á los caminos de la noche, estrellada y profunda, otras expediciones literarias á guisa de mozos exploradores, siguen viendo en el autor de *El libro de los orígenes*, al escritor frívolo, buen galán de las cosas livianas, insustancial y mundano, como él mismo se expresa en sus cabalgatas de ironías rientes. Los antiguos lectores de sus novelas se verán un poco desconcertados frente á *El libro de los orígenes*. En esta hora en que los más sesudos varones de las letras de España se han hecho frívolos para no ser viejos, confundiendo lamentablemente la frivolidad con la modernidad, el ejemplo de Hoyos y Vinent, condenando su musa en fiesta, para entrar como un franciscano por los caminos de la ciencia, de la sabiduría y de la fe, merece un aplauso florido. Palmas de júbilo, primaverales, sonoras, que le den fuerzas para no dejar la senda emprendida. La chispa presente puede ser llama futura.

Es obra necesaria en las grandes bibliotecas. No es solamente un libro. Es el compendio de muchos, que le han servido de armazón á Hoyos y Vinent para levantar su magnífico edificio arquitectónico, salpicado de nobles hallazgos que el pensamiento personal deja á modo de encajes de piedra en el conjunto de la obra. El mismo pensamiento va multiplicando sus lámparas de maravilla y encendiendo hogueras en las tremendas galerías en sombra. Es un libro grave y sonoro, en el que se enlazan las voces máximas, roncadas, internas, externas, eternas, más abajo del mar y más arriba del cielo. Voces del Teide, sollozos del Popocatepetl, vientos del Pico de Orizaba, vaggidos del Pichincha, nubes torvas del Chimborazo. Bajo esas voces naufragas, rocas de sombra y mares de llama, ha naufragado la Atlántida, como en la trayectoria de un trueno. En este sentido, *El libro de los orígenes* aporta á la Historia del mundo no pocos fragmentos de luz bermeja y lunar.

Cree el autor en el parecido de los negros de América—Haití, Venezuela, Cuba, Jamaica—con los guanches de las Islas Canarias. Y piensa que la Atlántida era como un puente sobre el cual se daban las manos varias razas mellizas. Estoy de acuerdo. Ese pensamiento fué el que me asaltó cuando pasé por Canarias, de vuelta de las Antillas. Por ahí anda un artista canario, de buena ley, cobrizo y benbón, que presta la razón á Hoyos y Vinent en *El libro de los orígenes*: Es un mulato vestido á la inglesa.

Desde las razas en gestación hasta Moctezuma, cabalgata de

miles de años sobre el trampolín del globo, todos los fenómenos se acotan y comentan en este libro. Tampoco va descaminado el autor al llamar razas raíces á los toltecas, en primera categoría; en la segunda, á los etruscos, guanches, vascos, bretones y egipcios. Los aztecas no fueron, ni mucho menos, los tipos representativos de las razas mexicanas. Fueron como los bárbaros de que habla Darío en su soneto á

Lutecia. Destruyeron la civilización tolteca. No echemos, pues, toda la culpa á los conquistadores. Ellos sólo encontraron restos de una civilización. Se limitaron á quemar despojos. Los ídolos ya estaban desnarigados al recibir el golpe de gracia de los conquistadores.

En consecuencia, á través de sus investigaciones científicas, opina Hoyos y Vinent que nosotros también pertenecemos á la agrupación de los atlantes. Barrunta que somos fragmentos vivos de aquellas razas.

No lo discuto. Pero en verdad que hemos degenerado bastante en músculo y en pensamiento.

Como buenas mozas cogidas de las manos, aparecen en esta obra la Leyenda, la Historia, la Ciencia, la Filosofía, la Química, la Arqueología, la Teología, la Teosofía, la Rosa Náutica abierta á todos los rumbos del abismo y del astro, de la tierra y del azul. Todo danza, armónico y emocionado, hecho chispa ó sombra, hielo y agua, en torno del eje radiante del globo.

Los conquistadores sufren una tremenda paliza en esta obra. Asegura el autor que fueron valientes por codicia, más que por altos ideales. Y que sólo iban á la busca del oro. Creo lo mismo. Pero no hay asombro en ello. Siquiera fueron valientes por codicia. En cambio, hoy somos cobardes por las mismas razones y cometemos las mayores pilladas, sin exponer la pelleja como aquellos centauros de hierro. No se le ha escapado á Hoyos ni la frase del cacique Hatuey, el indio cubano:

—¿En el cielo hay cristianos?

—Sí—le responde el buen monje que le ayudaba á buen morir.

—Pues no quiero ir al cielo—contestó con firmeza el cacique en medio del suplicio.

Mal concepto, en verdad, tenía el bueno de Hatuey de los cristianos de aquel tiempo. Los ojos de Guarina iban vertiendo por los senderos lágrimas luminosas. Unas lágrimas que se encendían como cocuyos sobre la selva recién violada.

También evoca Hoyos y Vinent al obispo y virrey Palafox. Este personaje legendario estuvo escondido en la iglesia de Azacualco, á poca distancia de los montes del Tepeyac. Yo estuve en el desván de aquella iglesia en ruinas, donde el virrey oía misa desde lo alto de su escondite, una especie de confesonario colgante, frente al altar mayor. En este lugar aun se levanta una imagen de Santiago Apóstol montando un penco tan maltrecho, que parece un caballo de verbena. No mentía el virrey al decir que el indio, según apunta Hoyos y Vinent, carecía de codicia. Y que de dos puñados de maíz, daba uno á su semejante.



Retrato del Ilmo. Sr. D. Luis Fernando de Hoyos y Mier, Colegial, Rector y Huésped del Viejo de San Bartolomé el Mayor de la Universidad de Salamanca, Cathedralico de Regencia de Artes en ella, Canónigo, Chantre, Arcediano y Deán de la Santa Iglesia Metropolitana de México, Examinador Sinodal y Comisario General, Subdelegado de la Santa Cruzada en su Arzobispado, Gobernador de él, por ausencia del Ilustrísimo Señor Arzobispo Dr. D. Alonso Núñez de Haro, Calificador é Inquisidor ordinario por varios Señores Prelados del Santo Tribunal de la Nueva España, Obispo de la Santa Iglesia de Michoacan, en donde entró el día 13 de Febrero del año 1774. He querido, en este libro, que trata de América, poner al frente el retrato de mi antepasado, el Obispo de Michoacan, gran exterminador de herejes. Tal vez si viviese él, este libro y su autor fueran, sin respeto al parentesco, á la hoguera. Pero no creo que haya herejías en él, y si la hubiese, Dios sabe que no es voluntaria ó intencionadamente

El indio aun es una ternura agriada por las circunstancias. Tantas vueltas se le da al vino de buena cepa, que acaba en vinagre malo.

Pero el indio no es codicioso. Hace dos años, al esperar el tren que me llevaría á Veracruz, me sucedió un caso curioso. Comenzaba el amanecer. Aun no había cafés abiertos en la capital mexicana. Se oían las primeras voces dispersas de los vendedores de periódicos. Me acerqué á un puesto ambulante. Una india desaharrapada, hermosa y morena, expendía mal café y buen pan.

Cuando desayuné, le di, para el cobro, una moneda de oro de cinco pesos:

—No tengo suelto—le dije.

—Patroncito, yo tampoco. Però no le hace. Ya me pagará.

—No puede ser—argumenté—. Voy para España. Y está muy lejos.

—No le hace, patroncito. Cuando vuelva me paga.

—¿Y si no vuelvo?

—Pos no le hace. Però usted vuelve. Ya verá. Aquí le espero. Buen viaje, patrón. ¡Que la Virgen de Guadalupe le guíe!

No la conven-



El jefe de los Indios Sioux contemplando el retrato de Antonio de Hoyos y Vinent en la última exposición de Federico Bertrán, en Nueva York

cieron mis temerarias razones. La india, que estaba descalza, envuelta en su *chincuete*, tiritando de frío bajo su *huipil* de tela basta, tuvo aquel gesto extraordinario que no vi repetirse en ninguna ciudad de América ni de Europa con una persona desconocida.

El libro de los orígenes, obra encendida de fe, de erudición y de sabiduría, tenía que ser escrito por quien, además de estar perfectamente documentado, sintiera en lo más hondo de la entraña la grandeza y el dolor de aquellas civilizaciones. En España, ninguno más preparado que Hoyos y Vinent, cuyos antepasados, como el Inca Garcilaso y el Inquisidor de Nueva España, don Isidoro de Hoyos y Mier, obispo de Michoacán, legaron al autor de *El libro de los orígenes* unos rubíes de sangre y una inquietud perenne por las exploraciones de los continentes lejanos.

No es la obra de un crítico *El libro de los orígenes*. Es la oración de un creyente fervoroso. Y como tal, el libro de un gran poeta de la Historia del Mundo.

ALFONSO CAMIN

POEMAS BREVES

SEGUIDILLA EN LONDRES

Las guitarras temblaron en cadencias sensuales. Hubo un repicar fino de castañuelas claras, y brotó, luminosa, en el ambiente exótico del cabaret, la alegre seguidilla de España.

La gitana, de bronce, danzó.—¡Grácil revuelo de su falda con pintas!—Dos claveles sangraban en sus crenchas oscuras. Eran sus ojos verdes, llameantes de pasión, vívidas esmeraldas.

—¡Seguidilla andaluza en la noche de Londres! ¡Seguidilla de fuego, que sonaste en mi alma con un cristal de risas de mujeres morenas, y un aroma de cármenes de la tierra lejana!

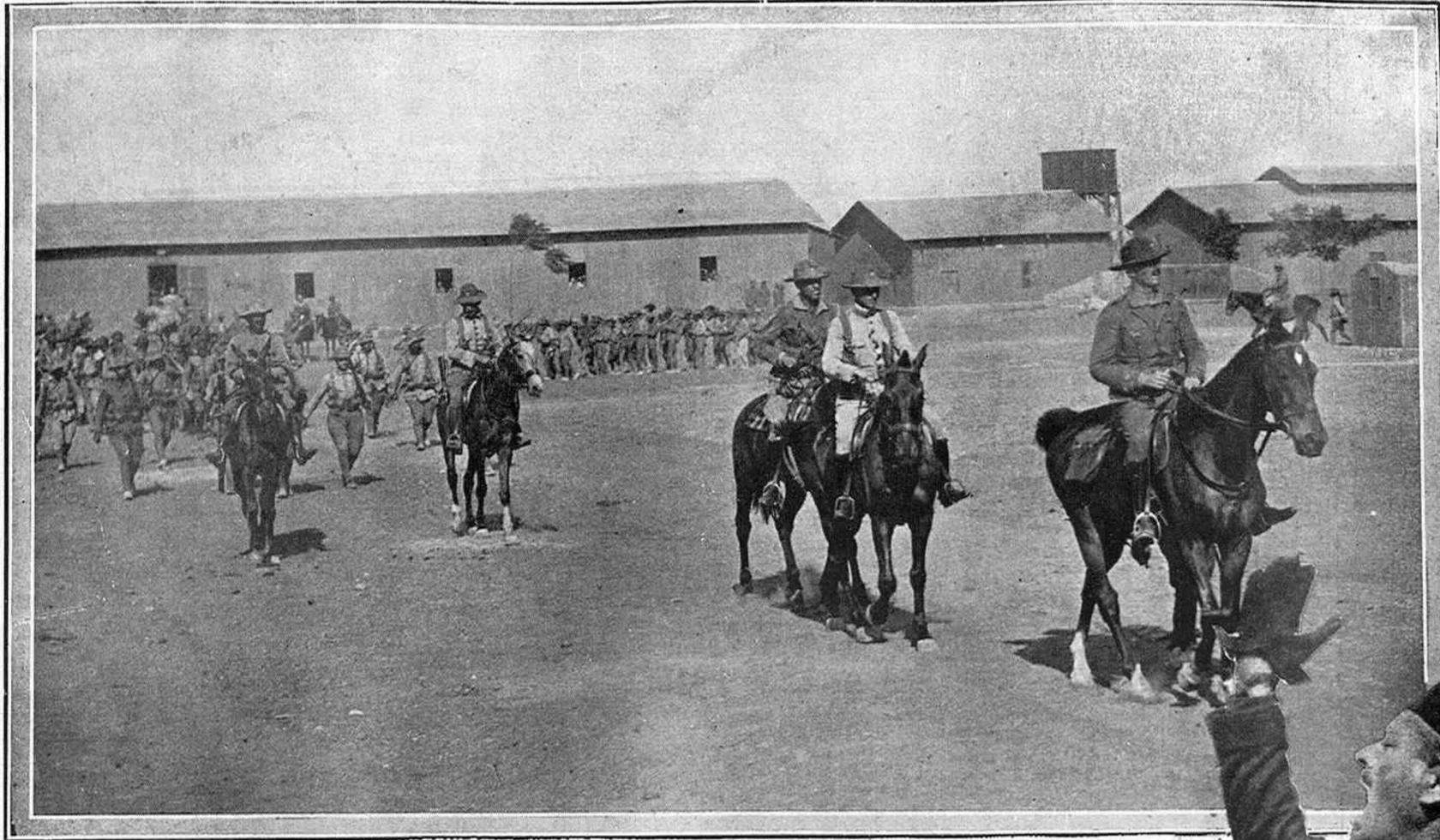
PAISAJE

El tren avanza, raudo, con un bárbaro estrépito, por la desolación de la llanura ocre. Atrás fueron quedando—mariposas gigantes— las nubecillas blancas del humo, en los alcores.

Campo y campo desierto. En una pesadilla de tierras calcinadas, se aleja el horizonte. Los charcos cenagosos de la lluvia reciente tienen reflejos sucios de espejos turbadores.

El cielo se ha quedado como un esmalte, limpio. Más allá de las nubes de fuego, el sol se esconde... —El pastor de las églogas nos ve pasar atónito, temblorosas de espanto las pupilas enormes.

JOSÉ G. DE UBIETA



El fundador de la Legión, al frente de sus bravos legionarios, en marcha á las posiciones avanzadas. La falange heroica del Tercio busca en el corazón del Rif al enemigo, para batirlo y derrotarlo, volviendo á su campamento cargada de laureles y de gloria

MILLÁN ASTRAY ES EL HEROISMO

LAS ARRAS QUE HA ENTREGADO EL CAUDILLO

EL BLOQUE VIVO

MILLÁN Astray. Un brazo menos. Un ojo menos. La patria se está llevando trozo á trozo á este hombre. Poco queda de él; pero lo que queda es valentía.

Millán Astray ha puesto la quilla de su corazón hacia la gloria, y ésta le ha pedido sus adhealas. El brazo cortado á cercén y la cuenca exhausta de su ojo, son las arras que ha entregado el caudillo. Y aquí está este hombre fuerte, duro, henchido de santo amor patriótico, como bloque vivo del que la fatalidad y su bravura van arrancando pedazos. ¡Qué importa! Lo que vale de este bravo compatriota nuestro es el corazón, y ese está encerrado en un pecho de granito.

«¿A dónde está el forzado brazo de Villadrando? ¿Do de Argüello ó de Paredes los robustos hombros? ¿Quién puede sobre la cuera y enmarañada cota vestir ya el duro y centellante peto?», se plañía Jovellanos hace más de un siglo.

—Aquí; aquí hay un soldado arrancado de las antiguas mesnadas castellanas—podríamos decir á Jovellanos. Millán Astray rememora la vieja leyenda, le da actualidad y hace vivir á nuestros ojos la gesta heroica de un pueblo. Fermenta en él la vieja solera, ácida y fuerte, del caudillaje español. Es un espíritu indomable, una voluntad tenacísima, que se curte en la pelea (y como los viejos paños): contra más la golpean, más fuerte es.

LA PATRIA, EL REY Y LA LEGIÓN

Un criado, alto y simpático, que da con la cabeza en el techo, nos abre la puerta. Pasamos al despacho del general. Es un cuartito limpio, modesto, cuyas paredes las cubren trofeos militares y fotografías. Millán Astray tiene cientos y cientos de retratos de jefes, oficiales y soldados de la Legión, muertos en la guerra. Son sus camaradas fenecidos en la dura pugna marroquí. Toda la pared está llena. También hay varias cartas del Rey, felicitando al heroico fundador de la Legión.

Y ya está ante nosotros Millán Astray. Su fuerte mano estrecha la nuestra. Sólido y afectuoso, nos ofrece una silla. Cuando sonrío, el surco de una cicatriz que tiene en la faz se ensancha. Si le hablo de sus soldados, una llamarada de orgullo lo envuelve de arriba abajo. Su palabra es cálida y llena de fuego. Este soldado tiene tres grandes amores: La Patria, el Rey y la Legión.

SIETE MIL CHACALES

—Mi general, ¿quiere usted hablarme del Tercio?
—¿Qué ha dicho usted?

Yo deslizo otra vez, tímidamente, la pregunta.

—¡No diga usted Tercio!—me responde en tono de reconvención amistosa Millán Astray.—Ese nombre es gloriosísimo y venerado en nuestra Historia; pero el cuerpo que yo he fundado se llama la Legión.

—¿Cuántos soldados cuenta ese cuerpo en la actualidad?

—La Legión tiene 7.000 legionarios.

Hace el general una pausa, y continúa:

—Estos 7.000 hombres están repartidos entre nueve banderas. Primera: Los jabalíes; segunda: Carlos V; tercera, El tigre; cuarta, Don Juan de Austria; quinta, El Gran Capitán; sexta, El duque de Alba; séptima, Valenzuela; octava, Colón; novena, Bandera de depósito. Los chacales; el escuadrón de Lanceros Legionarios de Fernando el Católico; las planas mayores de mando y administrativas; la música, y la Granja Agrícola de Riffien.

—¿Tiene la Legión una Granja?

—¡Oh, magnífica! Vale aproximadamente dos millones de pesetas. Se inició en tiempo de Franco. Entre cerdos, ovejas, vacas y aves de corral hay más de dos mil quinientas; de ellos, quinientos cerdos y quinientas ovejas. Como usted ve, en Africa no sólo se pelea, sino que se hace labor colonista creando riqueza. En dicha granja tenemos toda clase de frutas del país, aceite de ricino y tabaco. ¡Ah, y algodón! El

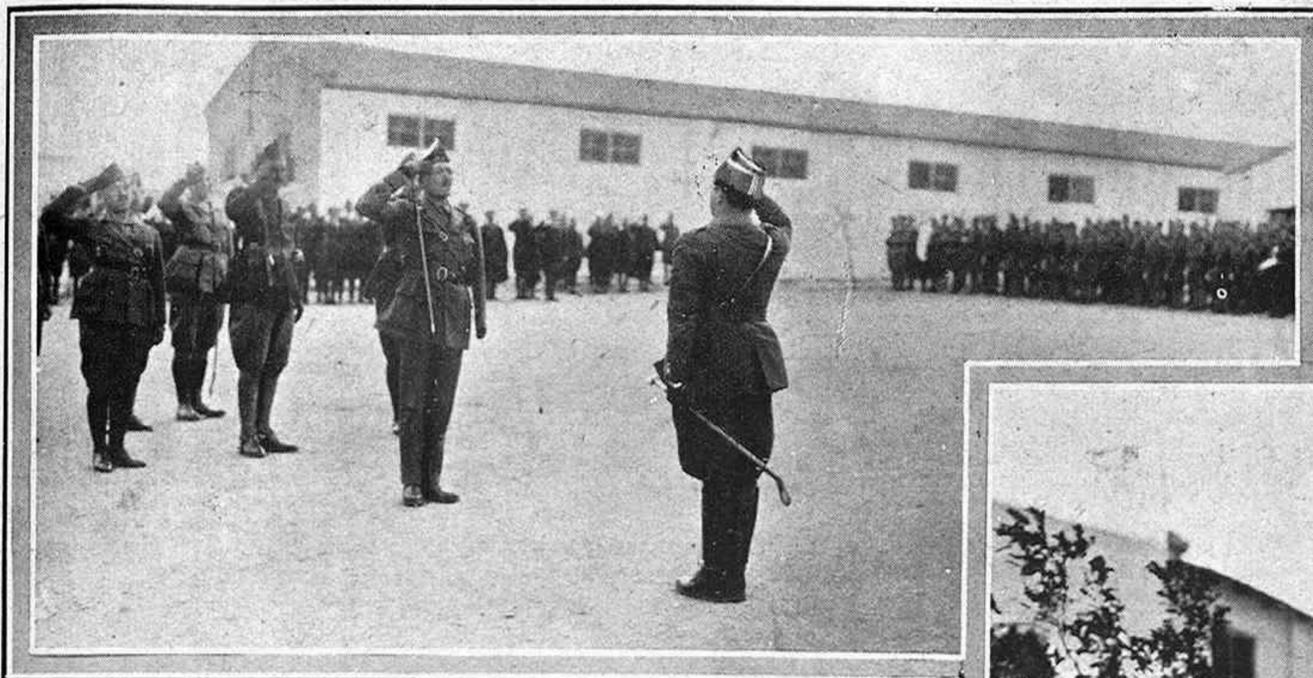


Millán Astray lanzando á sus soldados una encendida y patriótica arenga

algodón lo hemos sembrado por orden expresa de Su Majestad el Rey.

UN ARTÍCULO DE LA «REVUE MILITAIRE SUISSE». EL VALOR Y LA RESISTENCIA DE NUESTROS SOLDADOS

—¿Qué opina usted de sus soldados, «los caballeros legionarios»?
—Esa pregunta no la contesto. Prefiero que hable por mí un militar extranjero, el coronel Diesbach. Este ilustre jefe, después de pasar una temporada en Marruecos viendo luchar á nuestros soldados, publicó un artículo en la *Revue Militaire Suisse* elogiando la labor del



Las nueve banderas de la Legión, formadas en el campamento, donde les pasa revista Millán Astray, después de haber recibido nuevamente el mando de las mismas de manos del general Franco

ejército español en Marruecos, que tradujo el Memorial de Infantería. Ahí tiene usted el recorte—dice Millán Astray, sacando de entre unos papeles y cartas un folleto.

Diesbach comienza diciendo:

«Yo no creo que ningún país haya realizado jamás un esfuerzo tan considerable como el que ha permitido á los españoles reducir, en diez y ocho meses, la resistencia rifeña.

«El oficial español tiene visiblemente el amor y la arrogancia de su oficio. Su culto por el Rey, que manifiesta en todas las ocasiones y con toda sencillez, es verdaderamente encantador.

«El soldado de España vale más que lo que aparenta. Duro á la fatiga y á las privaciones, soportando admirablemente el calor y la sed, llevando pesadas cargas, es increíblemente resistente bajo su aspecto frágil.»

—Perdone usted, señor Millán Astray—digo yo interrumpiéndole—. ¿Y de la Legión? ¿Qué dice de la Legión?

—De la Legión habla aquí—dice el general señalando unas líneas—. Lévese el folleto y copie lo que quiera. ¡Pero no sólo de los legionarios, sino de todos los soldados!

Yo copio las palabras admirables y entusiastas de Diesbach, acerca del Tercio: Dice este jefe:

«Pero hay un Cuerpo, una tropa, que merece especial mención, tanto por su valor único, como por la importancia de sus efectivos: La Legión.

«En esta tropa, el 85 por 100 son españoles. No tiene, pues, en su reclutamiento su indiscutible superioridad sobre las otras unidades; lo debe á su educación y al espíritu caballeresco que su creador y actual jefe, el coronel Millán Astray, ha sabido darla. Rememorando las grandes y gloriosas tradiciones españolas del siglo XVI, el regimiento de la Legión se denomina «Tercio», y el batallón, «bandera». Y no son sólo sus guiones y sus profundos tambores, de sonidos tan graves, los que evocan en el Rif, en pleno siglo XX, las campañas de Flandes de otras épocas.

Millán Astray imbuye en sus legionarios un misticismo casi sobrehumano que hace posibles todos los heroísmos.

Esos miles de hombres, cobijados bajo las banderas de la Legión, comulgan en los mismos afanes guerreros que su jefe. El fundador del Tercio los anima, los alienta y les marca la ruta gloriosa.

Los llama «Caballeros legionarios».

Y cuando se sabe que el alma de todo esto es Millán Astray, se evoca instintivamente las legiones romanas en el país conquistado, depositando sus guiones para la civilización.

La Legión es un Cuerpo escogido. «El solo reproche que se le puede hacer es su facilidad para el sacrificio.»

LA ESCUELA DEL HEROÍSMO DEL SOLDADO ES LA CONDUCTA DE SUS SUPERIORES. EL MEJOR SOLDADO DE INFANTERÍA. UN FERVOROSO COMENTARIO DE UN OFICIAL

—¿Cómo llega el soldado legionario á ese grado de fiereza y heroísmo que es la admiración de todos?

—Por el «credo» y la conducta de sus oficiales.

—¿Cuál es su opinión del moro, señor Millán Astray?

—¿Como soldado?—me retruca el caudillo.

—Sí, señor.

—Es el mejor soldado de infantería del mundo. Valiente, frugal, lleno de acometividad y conociendo á maravilla el terreno donde lucha, es un enemigo de cuidado.

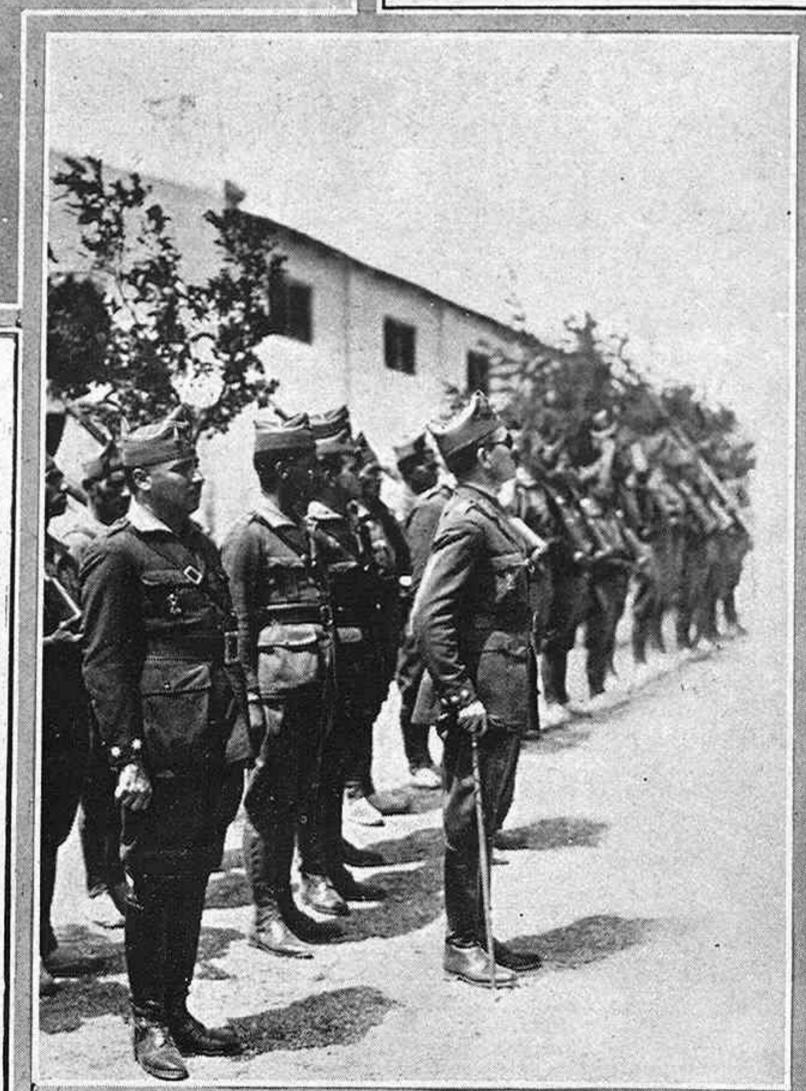
—¿Se castiga mucho á los legionarios?

—Poco. Pero á los malos se les castiga fuerte.

—¿Cuál ha sido el momento más satisfactorio para usted, mi general, en Marruecos?

—El momento más sublime de mi vida en la Legión es la llegada á Melilla el año 1921.

—¿Cuál es el estado actual de nuestra zona marroquí?



Los «siete mil chacales» del Tercio desfilan ante su jefe, el glorioso mutilado Millán Astray

—Perfectamente. Hoy hace dos días que se ha hecho la unión de dos territorios, Oriente y Occidente, en Bab-Tazza, y la Prensa de esta mañana inserta una arenga del heroico general Sanjurjo á su ejército victorioso en el momento de la ocupación de toda la zona del mandato de nuestro Protectorado.

Suena el timbre. El cubano Linares avisa que un teniente pregunta por el general. Pasa el oficial á la salita. El oficial de la Legión tiene una cicatriz en la cara—procede de legionario y tiene gran prestancia.

—Siéntate,—ordena el general.

Millán Astray pasa á un cuartito á buscar unos papeles. El oficial me dice con pena, mientras sus palabras las vela una emoción sincérrima: —¿Qué lástima que haya ascendido!

—¿Por qué?

—Pues porque al ascender deja la Legión. Y allí, jefes, oficiales y soldados, lo queremos con delirio. Su palabra, su consejo, su fortaleza y su benevolencia nos animaba y nos servía de emulación. Le juro á usted, por mi palabra de honor, que todos juntos, y cada uno de nosotros, daríamos la vida por este hombre.

JULIO ROMANO

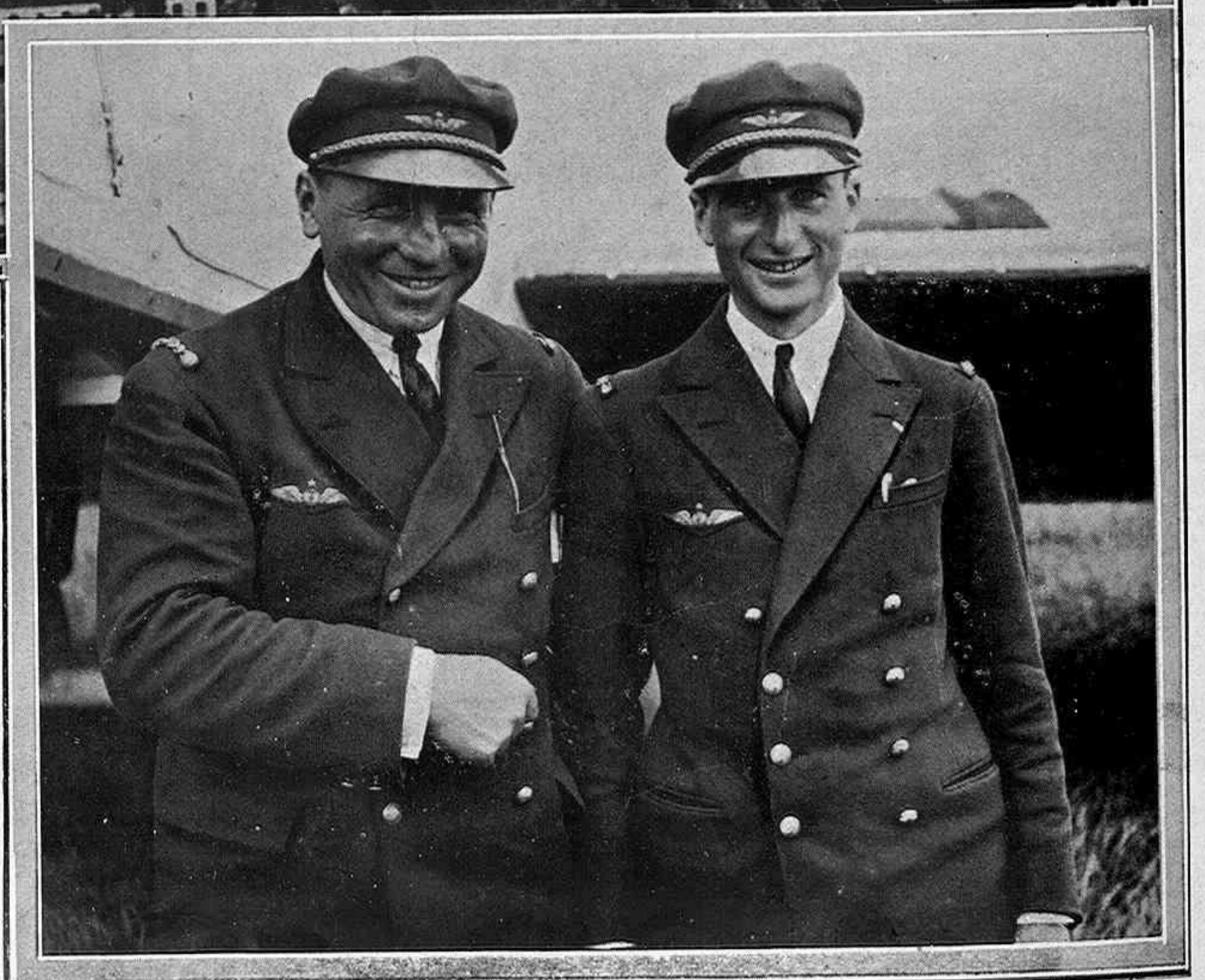


El avión de los americanos Smith y Bronte, con el que intentaron la travesía de San Francisco á Honolulu, sin éxito, á su salida de la gran ciudad norteamericana, volando sobre las vías más populosas y los rascacielos que amenazan estorbar su marcha vertiginosa

LOS GRANDES VUELOS INTERCONTINENTALES DE LOS PILOTOS DE AMERICA Y EUROPA

TRAS las grandes hazañas de los pilotos que cruzaron el Atlántico, el Pacífico fué el objeto de las dilatadas empresas.

Los dos grandes océanos se han rendido á los héroes del aire en jornadas meritísimas, y como si el heroico esfuerzo no fuera suficiente, en todos los países donde la aviación cuenta con hombres experimentados y decididos surgen proyectistas del heroísmo que un día próximo, vencedores ó vencidos, serán el tema de la viva actualidad en el afán infatigable de conquista del azul.



Los pilotos franceses Givony Corbu, que intentaron la travesía del Atlántico de París á Nueva York, utilizando el avión titulado «Pájaro azul», con el cual proyectaban dar el salto

EL CENTENARIO DEL ROMANTICISMO

ALFREDO DE MUSSET, LA MUJER DE SU ENSUEÑO Y LAS MUJERES DE SU VIDA

Si entre todas las grandes figuras literarias del romanticismo francés, y destacando sobre Vigny, Lamartine y el propio Hugo, es Musset el único poeta y el único dramaturgo que aún llega al espíritu y al corazón de la multitud, la causa no está en la calidad de su poesía ó de su teatro, sino en su profunda y sincera humanidad.

Musset fué el poeta del amor: lo fué, por tanto, del dolor... Pero no á la manera convencional de los imaginativos para quienes los tormentos no son sino pesadillas: sueños de los que saben despertar en el seguro de una plácida existencia... Musset vivió el amor y el dolor de sus obras, que no fueron sino oraciones y lamentos de una pasión comenzada en la primera mañana de mocedad y sólo terminada, con la vida breve, en la noche temprana de la muerte...

Al asomarse al mundo desde los florecidos umbrales de la juventud, Musset tan sólo percibió una claridad, tan sólo halló una sorpresa: la Mujer... Y desde su primer paso de adolescente hasta su postrer esfuerzo de moribundo, en todos sus días y en todos sus anhelos buscó inútilmente, por entre las mujeres de su vida, á la mujer de su ensueño: encarnación del ideal, divinizada feminidad, esplendente quimera...

«O femme! étrange objet de joie et de supplice!
Mystérieux autel où, dans le sacrifice,
On entend tour à tour blasphémer et prier!
Dis-moi dans quel écho, dans quel air vivent-elles
Ces paroles sans nom, et pourtant éternelles,
Qui ne sont qu'un délire, et depuis cinq mille ans
Se suspendent encore aux lèvres des amants?...»

•••••

La vida atormentada y ardiente de Musset fué la ignota y verdadera vida de Don Juan: del gran amador legendario, mucho más sentimental que cínico; mucho más iluso que perverso; mucho más víctima que verdugo.

En cada uno de sus amoríos, Musset esperó encontrar el amor definitivo, el puerto de inmutable dicha: y la querencia de ese puerto imaginario llevó al eterno descontento por las peores rutas, hacia los escollos, hacia los naufragios... Las amantes de Musset no acertaron á ver en el mártir signado por la fatalidad sino las inquietudes, las inconstancias, los desdenes de la sumisión sexual, que es límite de ambición para otros hombres... No acertaron á ver, del fuego, sino el humo y la escoria... No percibieron la llama lanzada, como flecha de luz, hacia los cielos... Mariposas de esa llama fueron, cien veces, la fe y la esperanza del poeta, y cien veces resurgieron de sus cenizas para volver á arder:

«J'aime et je veux pâlir; j'aime et je veux souffrir.
J'aime et pour un baiser je donne mon génie,
J'aime et je veux sentir sur ma joue amaigrie
Ausseler une source impossible à tarir,
J'aime et je veux chanter la joie et la paresse,
Ma folle expérience et mes soucis d'un jour
Et je veux raconter et répéter sans cesse
Que'après avoir juré de vivre sans maîtresse
J'ai fait serment de vivre et de mourir d'amour.»

•••••

Esa obsesión de la mujer ideal es el tormento constante de Musset... En una de sus confesiones, el gran doloroso envidia á Praxiteles, que pudo crear su Afrodita reuniendo en cabal y absoluta perfección las relativas y parciales perfecciones de las mujeres más hermosas de Atenas...

... Pero no se forma un espíritu como se talla



ALFREDO DE MUSSET

un mármol, ni se crea una mujer como se logra una estatua. Y en otra página desencantada, Musset nos dice:

«El primer hombre que acertó á construir un instrumento de música, y dotó á este arte de reglas y de leyes, había escuchado atentamente, durante largas horas, el canto de las aves y el murmullo de las aguas. De igual modo los poetas, después de vivir sus amores y de conocer en ellos esos momentos de exaltación en que la naturaleza humana parece liberarse de sus cadenas, despojándose de todo lo que la degrada, dieron eterna vida á los fantasmas amorosos que á través de las edades pasaron sobre los hombres.

Mas buscar en la vida real amores semejantes es como buscar en la calle una mujer tan bella como la Venus de Praxiteles, ó esperar que el canto del ruiseñor pueda decir una sinfonía de Beethoven.

La perfección no existe; imaginarla es el triunfo de la inteligencia humana; desearla y pretender poseerla es la más peligrosa de las locuras...

Y, sin embargo, de esa locura peligrosa—tan peligrosa que es mortal—no pudo librarse Mus-

set en ningún momento... Su vida fué un continuo peregrinar en busca de lo imposible, á sabiendas de no encontrarlo... Pero aquel espíritu, alzado en rebeldía y en soberbia irreductibles contra las «cadenas que degradan la vida», no quiso resignarse á la trivialidad, que es la cordura...

•••••

«George Sand», la ilustre escritora, romántica también, que fué para Musset una amante un poco maternal, le decía en una de sus cartas:

«¡Pobre mío!... Parece pesar sobre ti una misteriosa maldición... Sufres tu propia tiranía, y nunca podrás ser dichoso...»

Tampoco «George Sand», con todo su talento, comprendió... Y quizá la única mujer que vió en Musset la magnífica llama de idealismo, sin percibir el humo ni la escoria de aquel terrible fuego; quizá la única verdadera amante del poeta fué aquella Georgina Smolen, que al cabo murió de amor en un convento, con el triste destino de Doña Inés, pero sin haber podido redimir á su irredimible Don Juan...

ANTONIO G. DE LINARES



La Corte de Amor de Guillermo «el Conquistador», incorporada en las fiestas del Centenario por ilustres artistas de la Opera y otros teatros de París, desfilando por la ciudad de Falaise

LAS FIESTAS FRANCO-BRITANICAS DE FALAISE EL IX CENTENARIO DE GUILLERMO "EL CONQUISTADOR"

Es Falaise una humilde ciudad provinciana, en la Normandía de las heroicas y bellas leyendas de guerra y amor.

Pocos franceses la conocen, no obstante su proximidad á la industriosa y visitada Caen.

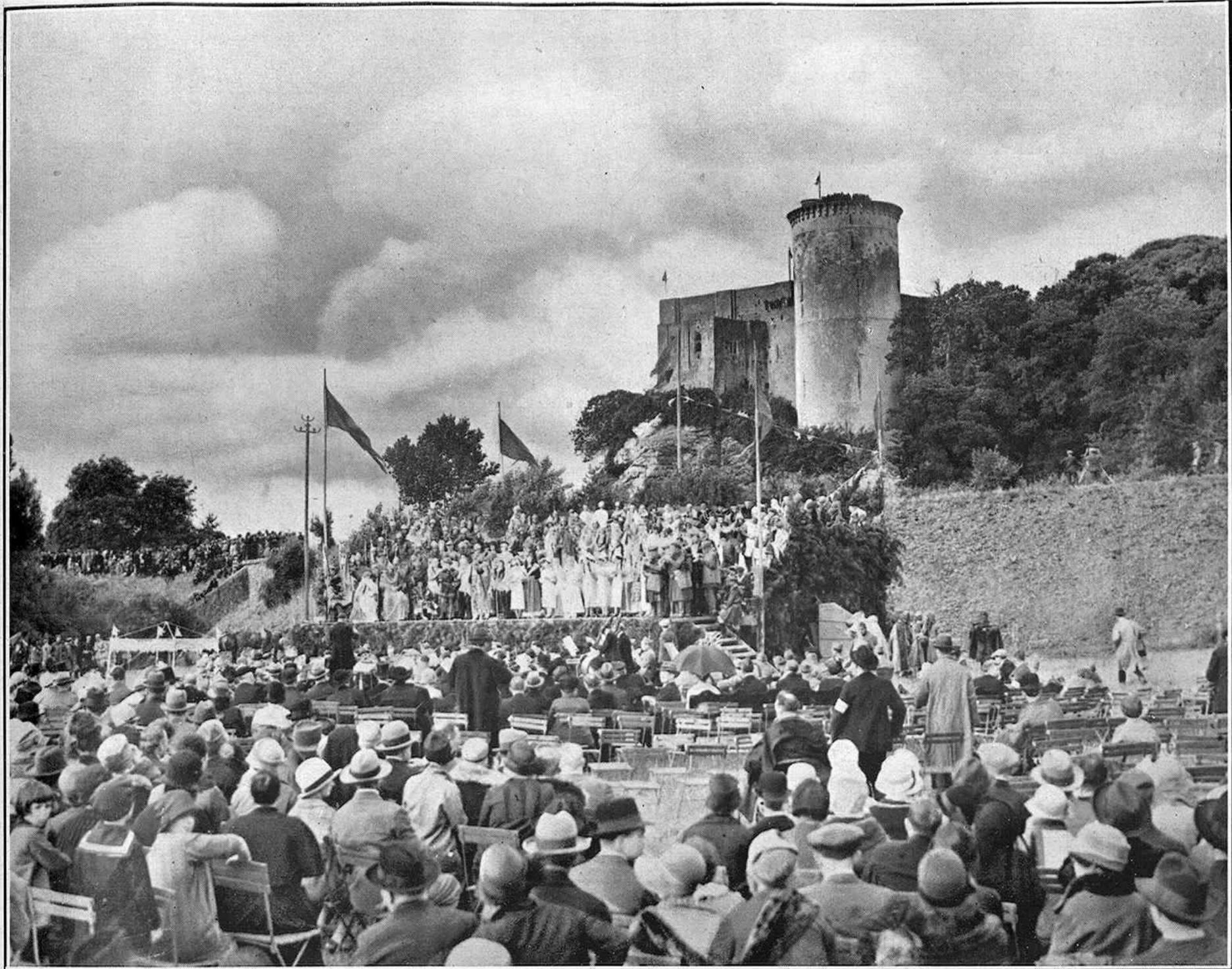
Mas á Falaise, dormitando plácida en sus doradas remembranzas de otrora, no le importa ese desvío. Ni jamás sintió celos de las urbes clamorosas y reclamistas que hacen valer sus cuarteles nobiliarios para acrecentar los beneficios hoteleros.

A Falaise le basta para ser feliz no ignorar que el gran vuelo de la historia se detuvo unos momentos en su castillo feudal, la recia fortaleza donde apoyaban su poder omnímodo los duques de Normandía.

El hijo bastardo de uno de éstos, al que la leyenda llamó Roberto *el Diablo*, vino al mundo en el castillo de Falaise el 3 de Julio de 1027. Y ese fruto del bárbaro derecho de pernada que llevó sobre su nombre, luego glorioso, el estigma de su bastardía, hubo de ser la ingente figura de

Guillermo *el Conquistador*, primero de su nombre en la cronología de los reyes de Inglaterra, invencible guerrero y sabio político, creador de la monarquía más poderosa de Europa.

Por extraño que parezca, he aquí que de la olvidada Falaise, cuna del vencedor de los ingleses en Hastings, en 1066, al cumplirse ahora el noveno centenario del natalicio insigne, se han conmemorado precisamente los que descienden, no de los triunfadores en la batalla memorable, sino de los vencidos y domeñados.



Ante el castillo de Guillermo «el Conquistador», en Falaise. Los artistas de los teatros parisinos en el escenario de la Naturaleza, representando la Corte de Amor que recibe al caudillo, después de la victoria de Hastings



Fueron, en efecto, los ingleses quienes pusieron particular empeño en la celebración del aniversario, organizando de acuerdo con el Gobierno francés y con los municipios de Falaise y Hastings, la noble y bella fiesta conmemorativa que tuvo por poético escenario la humilde ciudad del departamento de Calvados, en la fecha del Centenario. Componentes principales de dichos festejos, al que asistieron, aparte de las representaciones oficiales francesas y británicas, hubieron de ser la cabalgata histórica representando el retorno de Guillermo *el Conquistador* á su castillo de Falaise, después de la victoria de Hastings, y una reconstitución de una *Corte de Amor*, bajo la venerable sombra de la fortaleza, y en la que tomaron parte distinguidos artistas de los teatros de la Opera, el Odeón y Porte Saint-Martin, de París.

D. R.

Los actores Regina Le Quere y Etiéne Armand, en los papeles del Rey Guillermo «el Conquistador» y la Reina Matilde, durante las fiestas del Centenario

(Fots. Agencia Gráfica)

Tierras que fueron de España BRUJAS

CUANDO, pasados los horrores de la guerra, el curioso observador de las maravillas de arte que produce el ingenio humano en los países cultos, quiso someterse á la dolorosa impresión de contemplar los irreparables destrozos causados por la barbarie de la lucha sangrienta en los pueblos que habían sido escenario de la hecatombe sin precedente, en sus edificios monumentales, en todas las manifestaciones más elevadas de su cultura y de su engrandecimiento, debió experimentar honda tristeza al advertir cuánto había destruído en pocos meses, de la admirable obra de tantos años, el odio ciego y la ambición enloquecida.

Pero entre aquellas penosas sensaciones pudo experimentar algunas sorpresas consoladoras. Si en muchas de aquellas ciudades la metralla había destrozado grandiosas construcciones y reducido á escombros hermosos monumentos con los tesoros de arte que encerraban, en otras, las más, parecía como si un hada protectora de la belleza que el genio humano pudo crear hubiera querido protegerlas del viento destructor, logrando que quedaran incólumes y á salvo de los efectos de la horrenda catástrofe.

Pudo observar también el viajero que, acaso por un inexplicable dictado del Destino, las ciudades que más sufrieron en aquellos días luctuosos de la guerra, en las que más se cebó la fatalidad, fueron precisamente las que en las horas tranquilas de la bienandanza gozaron de mayor alegría, atrayendo con el bullicio de sus fiestas y con los tesoros de su arte mayor número de curiosos de sus bellezas, ó de opulentos gozadores de sus encantos, siendo aquellas otras más olvidadas en los gloriosos días de prosperidad y pacífica ventura las que respetó el huracán de la catástrofe, como para que su recogimiento silencioso de entonces, no turbado por los fragores de la lucha, encontrara su dichosa continuación en la paz recogida de hoy, que permite admirarlas en la grandeza que la paz bienhechora fué acumulando en ellas durante siglos.

Al recorrer el suelo de la heroica Bélgica, agitan nuestro ser y asaltan nuestro espíritu estas dos impresiones. Las grandes ciudades que fueron teatro de las espantosas escenas de desolación y de muerte, muéstranse tanto más entristecidas bajo los efectos de la desgracia que las arruinara cuanto más brillante fué su esplendor y su alegría en los tiempos de la paz dichosa; tal Bruselas y Amberes, Lieja, Lovaina, Iprés, Namur; y, en cambio, aquellas otras que respetara el invasor empuje del enemigo siguen brindando á los ojos el mismo sosiego de siempre y el propio encanto de su belleza artística y de su tranquilidad silenciosa no troncada, como si muy distantes del suelo estremecido no hubiera podido llegar hasta ellas ni el rumor lejano de la espantosa catástrofe.

Brujas, la silenciosa y la olvidada, es una de las ciudades belgas á las que más favoreció este privilegio. Al pisar actualmente su recinto siéntese el propio encanto que inspiró siempre la histórica ciudad flamenca, y la poesía que trasciende de aquellos edificios evocadores de remotos días, de aquellos canales que la asemejan á Venecia, de aquellos lagos que copian su cielo limpio y su vegetación fragorosa, produce un efecto de reposo espiritual grato á los sentidos y al pensamiento, que, absorto ante la contemplación de su belleza, se remonta á los días de su remoto origen.

Brujas es una de las ciudades de mayor ambiente artístico del mundo y de las que mejor han sabido conservar, á través de la obra de los siglos y de los sucesos, ese carácter que parece evocar toda su historia.

Largos períodos decadentes no han podido borrar las huellas de su pasado esplendor, y en sus calles y en sus plazas, en sus bellos edificios y en sus museos, parece revivir el espíritu de los fastuosos mercaderes de la Hansa flamenca.

Este aspecto sugestivamente artístico fué causa de su renaciente prosperidad, á la que contribuyeron las persistentes investigaciones de los arqueólogos, de los poetas y los cronistas que extendieron por todo el mundo el prestigio de su belleza y de su arte.

Fué allá por el año 865 cuando el Morgrave Bolduino I, *Brazo de Hierro*, plantó en ella sus pendones, edificando para su adecuada vivienda un soberbio castillo.

Roberto *el Frisón* estableció más tarde su residencia en esta ciudad, y en ella se proclamó conde de Flandes á Thierry de Alsacia en 1128. En el siglo XIII su comunicación con el mar del Norte por el Zwyn hizola una de las más florecientes ciudades mercantiles de Europa, en la que tenían su representación por factorías, ó asociaciones comerciales, 17 reinos, residiendo en ella más de veinte cónsules de distintos países.

Su mayor prosperidad corresponde á principios del siglo XV, cuando tenían su corte en Brujas los duques de Borgoña.

De entonces datan la mayoría de los monumentos que constituyen su riqueza arquitectónica y la pléyade brillante de artistas cuyas obras son aún el orgullo y el galardón de la ciudad.

De entre los edificios, el más interesante es el de las Lonjas, en cuyo centro se alza la es-

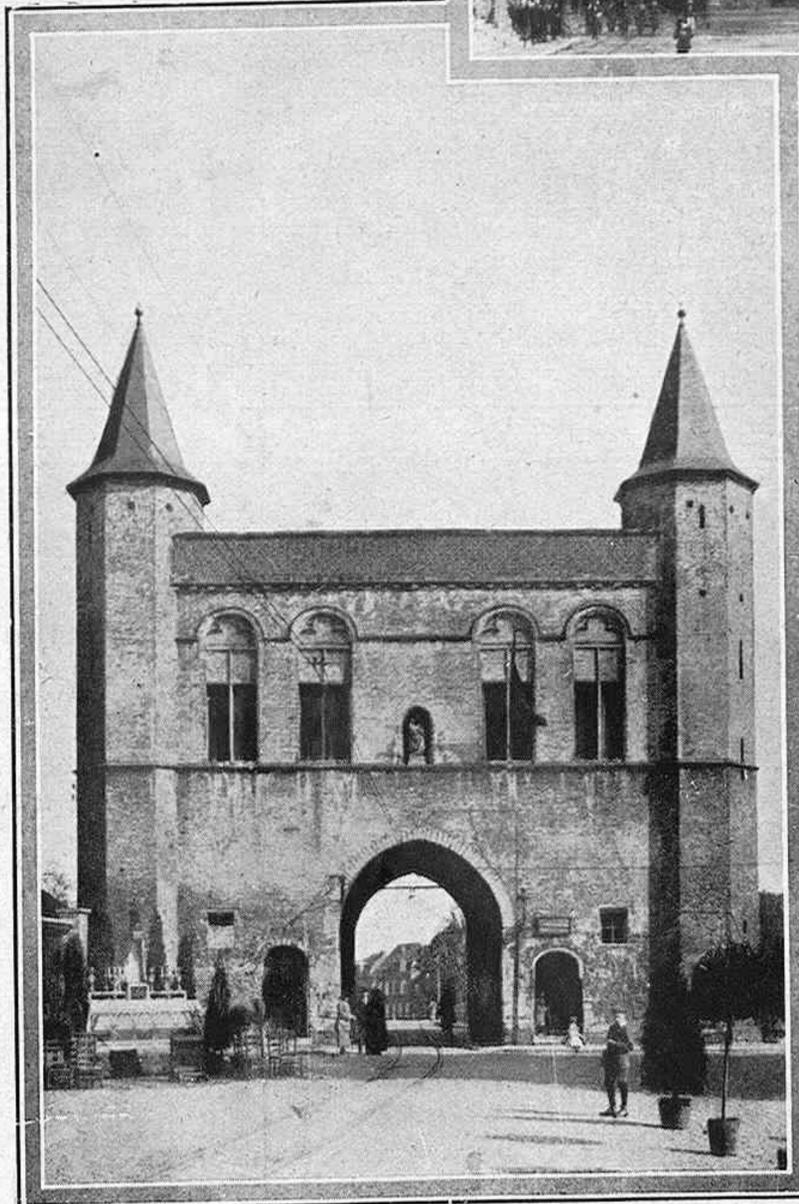


La atalaya de la Lonja de Brujas

Esta torre consta de tres grandes cuerpos, y su construcción, comenzada en el siglo XIII, no se terminó hasta doscientos años después. En el último piso se halla instalado el carillón famoso, que consta de cuarenta y siete campanas, que además de tocar automáticamente cada cuarto de hora, sirve para ejecutar bellas melodías de campanas mediante un teclado que las hace sonar.

En la planta baja de este edificio está instalado el Museo Municipal Arqueológico, en el que se conservan notabilísimas colecciones de hierros artísticos, armas, monedas, muebles, cofres, lápidas, instrumentos de música, estufas de loza, tapices, bordados y multitud de objetos más. Entre los más notables cuéntanse un busto de Carlos I; un modelo de navío, ex voto de los marinos de Gante en 1674; una carroza del siglo XVIII; dos paneles pintados por Pedro Porgbu, y una magnífica vidriera procedente del antiguo gremio de pintores de Brujas.

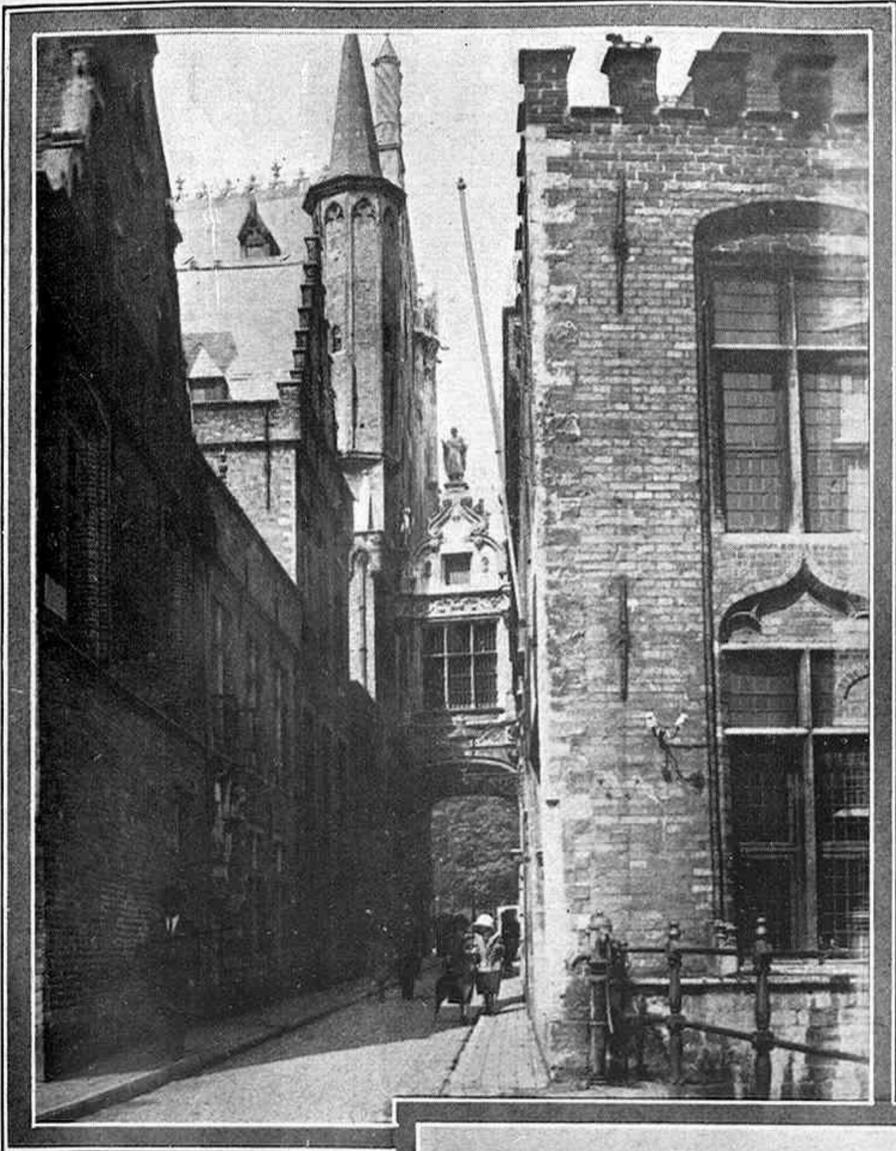
La plaza del Burgo, donde estuvo emplazado el castillo de *Brazo de Hierro*, es uno de los lugares de más característico ambiente y de mayor belleza de la ciudad. En ella encuéntrase el Hotel de Ville, magnífico edificio cuya construcción data del siglo XIV, y á su lado



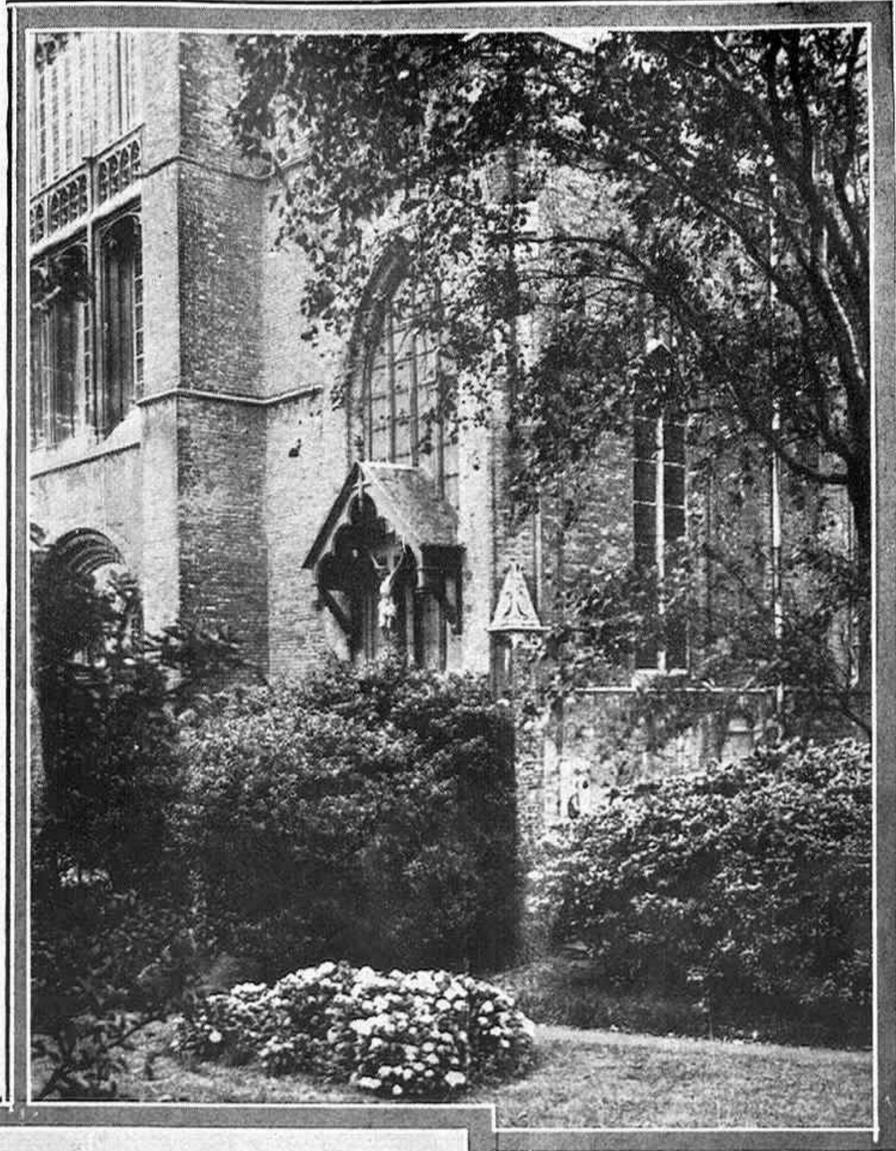
La Puerta de Gante

destácase la soberbia fachada estilo renacimiento del Juzgado de Paz, separada del edificio del Ayuntamiento por la calle del Asno Ciego y el bello arco policromado del mismo nombre, que establece comunicación entre ambos edificios.

destácase la soberbia fachada estilo renacimiento del Juzgado de Paz, separada del edificio del Ayuntamiento por la calle del Asno Ciego y el bello arco policromado del mismo nombre, que establece comunicación entre ambos edificios.



Arco y calle del Asno Ciego



Un poético rincón en el jardín de la Catedral

La Catedral, que hoy constituye uno de los más interesantes monumentos religiosos de Brujas, tuvo su origen en una capilla fundada por San Eloy, el apóstol de Flandes, en el año 646, y el 961 era ya parroquia, bajo la advocación de San Salvador.

Sufrió varios incendios, el último en 1839. Del exterior, lo más notable es el macizo campanario románico. Las capillas absidales ofrecen la particularidad de que su parte superior es del siglo XIII, mientras que la inferior corresponde al XV. En el coro figuran los blasones de los caballeros del Toisón de Oro, que en Abril de 1478 celebraron allí su décimotercero capítulo.

Existen en la Catedral hermosas pinturas, entre las que destacan: un tríptico que representa el martirio de San Hipólito, atribuido á Bouts; el *Descendimiento de la Cruz* y la *Muerte de la Virgen*, de Van der Goes, y otros de Porbus, Lancelot, Blondel van Oost, Claciseus y Quellin. En la sacristía se conserva un rico tesoro artístico que comprende báculos, entre ellos los de San Maclón y San Marcial; telas, bordados y otros objetos, á más de ocho magníficos tapices, que se exponen durante la octava del Corpus, tejidos en Bruse-



Vista exterior de las Casas Consistoriales y el Palacio de Justicia (Fots. Bonilla)

las en 1731 por van der Borgh.

El templo de mayor mérito arquitectónico es el de Nuestra Señora, que se dice fundado en el siglo VII por San Bonifacio, y continuado por el conde de Flandes, Carlos el Bueno. Es de estilo ojival, y tiene una bella portada. Entre las obras de arte que se conservan en su interior, figura una *Virgen con el Niño*, de Miguel Angel, y las tumbas en bronce de Carlos el Temerario y de la hija de éste, esposa de Maximiliano de Austria.

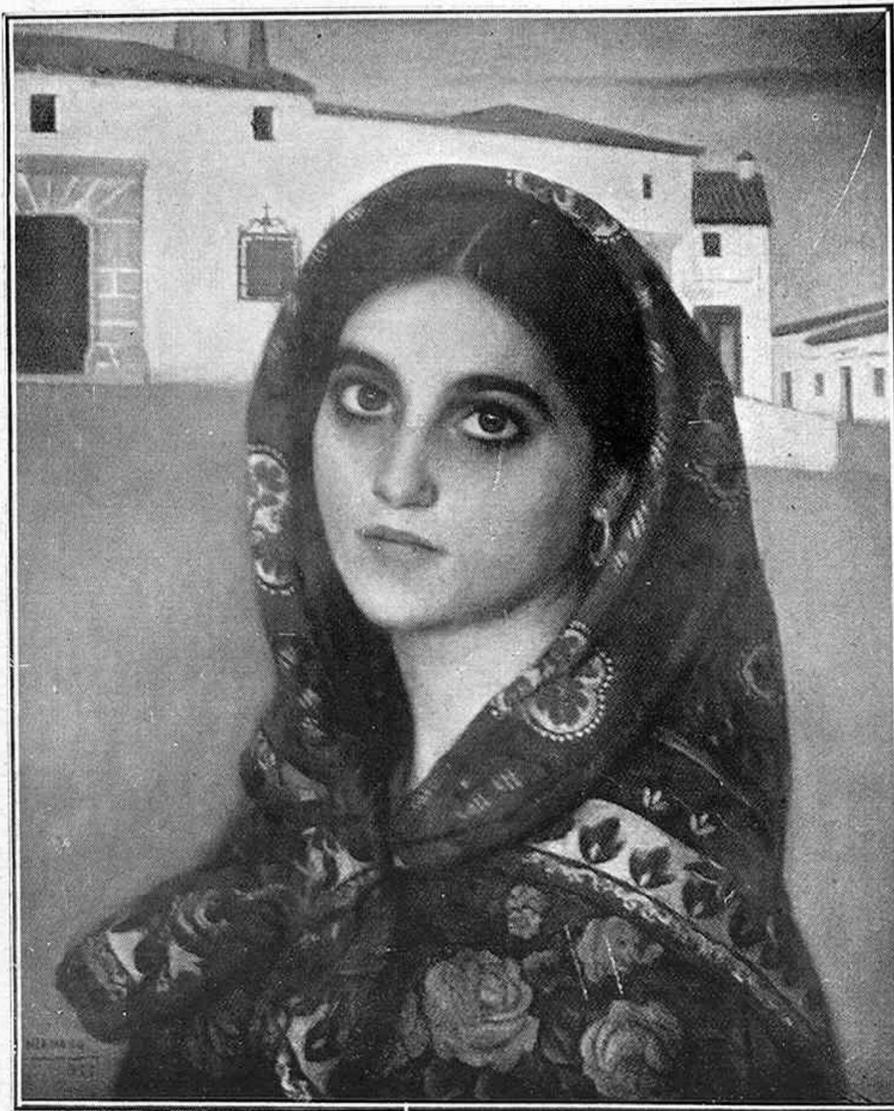
Vetustos palacios de nobles flamencos avaloran el arte arquitectónico de Brujas, entre ellos el de los duques de Borgoña, en el que nació Felipe el Hermoso, y los que fueron residencias señoriales de las familias españolas; como las de Francisco de Puebla, Clemente de Castilla y González de Aguilera, en el que vivió en 1529 San Ignacio de Loyola, que con los nombres de varias calles, como las de Vizcaya, Córdoba, etc., recuerdan perpetuamente el poderío español en aquella ciudad flamenca, donde, como en todas las del territorio, consérvanse aún tantos recuerdos de nuestra Patria.

E. CONTRERAS
Y CAMARGO



ESCOLIOS

MUJERES DE HERMOSO



«Victoria la Aldeana»



«Chulita madrileña»

(Fots. Cortes)

EUGENIO Hermoso no es de los pintores lentos en producir y remisos en cotejar su arte con la opinión ajena. No rehuye los Certámenes del Estado; no evita las Exposiciones colectivas; pero, además, procura mantener directo y reiterado el contacto entre su obra y el público.

Ciertamente, eso no podría cumplirse de la forma que él lo cumple sin una labor constante y apasionada, donde los desalientos y las dudas—si existen—son tan escasos que no dañan a la tensión cotidiana del esfuerzo.

Eugenio Hermoso continúa trabajando con el fervor moceril, con aquella ansiedad e impaciencia de hace veinticinco años, cuando la vida le era difícil y el presente estaba sordo a los ecos de su nombre.

Cada mañana se sitúa frente al modelo femenino que viste humildes atavíos y va interrogando el alma dulcemente melancólica ó traviesamente juguetona de sus mujeres.

Las mujeres de Hermoso repiten á lo largo de los años el aroma campesino de su sencillez y de su casta ternura. En Museos y en colecciones particulares, estas mujeres—que el pintor gusta ver en Extremadura ó evocar en ellas Extremadura fuera de la región natal—remansan la mirada y aquietan el espíritu.

Mujeres de hogar y de campo, hay en ellas siempre el encanto modesto de su honestidad tranquila. Aun aquellas que aparecen desnuda la carne morena y gordezuela, alejan toda idea de torpe sensualismo, de voluptuosa molición. Rostros y actitudes de novia ingenua, de esposa recatada, tienen estas mujeres á las que se busca en los feriales artísticos de cada dos años por cómo aguardan, sosegadas y afables, con sus gayos pañuelos y sus pupilas soñadoras...

He aquí algunas de estas mujeres que Eugenio Hermoso enviara recientemente á la Expo-

sición de Sevilla ó que han retornado á Badajoz, donde, junto á ellas, los escopeteros y contrabandistas de Adelardo Covarsi, muestran en estos días el ímpetu y la gallardía viriles

MENDIGA

Es la chiquilla en el umbral de la pubescencia. El gran misterio se ha empequeñecido y desposeído de inquietudes dentro de la enorme ansiedad de su desamparo. Antes de ser mujer fisiológicamente, era ya mujercita infortunadamente.

Mira la vida sin rencor ni deseo. Cruzada de brazos, muestra una actitud de estática melancolía, de una mansa tristeza. Se piensa en aquellos rapaces mendicantes de Murillo, tan alegres con sus harapos y sus atracones de frutas, animalejos voraces y parlanchines, mientras á esta chiquilla se la comprende silenciosa, resignada y sin prisa para calmar su hambre...

Otras muchachas de Hermoso tienen en la mano una flor ó un fruto que no sabemos bien si es ofrenda ó han recibido, pero que animan los tonos suaves, los tonos agrios del traje y riman con el paisaje del fondo. Y en el rostro adolescente, la risa blanca ó la sonrisa encendida como una floración prematura ó una fructificación prematura...

Pero esta mendiga vestida de gris, siluetada sobre gris, tiene en la mano el «pedazo de pan» de la súplica diaria y han olvidado la sonrisa sus labios descoloridos. Todo el vulgar drama de su razón de existir está en los ojos. Unos ojos grandes, inconscientemente acusadores de una fijeza que hiere y angustia, pero no se puede evitar. En el silencio de la palabra, estas pupilas oscuras y quietas hablan, reprochan, enjuician sin cólera ni odio, con la infinita serenidad de una infancia nacida del dolor y de la miseria.

No le hacen falta las lágrimas para conmover. Les basta mirar, así, frente á frente, para que nos sintamos avergonzados y culpables.

VICTORIA LA ALDEANA

Esta otra muchacha no nos mira. No le importa sino su recuerdo ó su ensueño. Es la de sus pupilas una mirada que no quiere perder la imagen furtiva ó que la acecha en el horizonte. ¿Viene del amor? ¿Va hacia el amor? Engalanada está como para el amor con el pañuelo de la cabeza que le recorta el rostro en forma de corazón, con el pañuelo de talle encendido de rosas estampadas. El busto se recorta sobre la traza candorosa y graciosa de los blancos muros aldeaneros. Las puertas están cerradas; las calles, solitarias. Una luz incierta, de orto ó de véspero, cae con el silencio en torno de la mocita. Luz dominical, acaso en la que pronto sonarán la campana de misa ó callará el tamboril festero. En el aire no hay, como otros amanecidos ó atardecidos, cantos de arrieros ó de labradores al ritmo cansino de las colleras de recuas y yuntas, sino los picarescos ó bucólicos que preludian ó epilogan los lances amatorios.

Victoria la Aldeana, inmóvil, en medio de la plaza, ¿añora ó presente? ¿Va á sonreír con el gozo de la bienvenida ó se aquietó ya en su boca el rictus amargo del adiós?

Enigma vivo é inquietante como el de esta luz, que no sabemos si nace ó muere; como el de esta soledad hermética del pueblo, que ignoramos si está henchida de rumores al otro lado de las puertas y de las tapias ó es hermana del silencio y del abandono. Pero en el fulgor levemente húmedo de las niñetas juveniles habrá algo cierto: una figura de hombre que agita sus manos saludando.

Desde lejos todavía... Desde lejos ya...

DESPEDIDA

Otra mujer triste. Otra mirada indiferente á los demás; plena, en cambio, de angustia íntima. Mirada sin reproche ni ansiedad, la de estas pupilas que el llanto reciente ha nublado. No es la pubescente que aguarda sin miedo ni ilusión á la vida; no es la muchacha enamorada que va ó vuelve del amor. Es la mujer que conoció la infancia desolada, el trabajo rudo y la mentira erótica. Detrás de ella se ven las casas del pueblo que ha de abandonar. A su derecha comienzan los cerros hispídos que habrá de subir. Hace un alto en el camino. Tan pequeño, la pesa su pobre hatillo; tan liviano, la acalora el pañuelo y afloja el nudo sin cuidarse de una coquetería ya inútil. Lleva la toquilla que se hiciera ella misma en las largas jornadas invernales; los pendientes que al rozar su cuello la recuerdan tal vez los besos de quien se los regaló. Su historia vulgar podría dar, no obstante, acento á un relato de la época naturalista. Así terminó cuatro líneas á una gacetilla periódica en la sección de sucesos. Mujeres así, expulsadas porque fueron débiles al donjuanismo zafio de los amos de granja ó de fábrica, de los señoritos carne de cacique y de diputado, se van siempre por los caminos polvorientos ó frondosos, á ras de llanura y por entre montes, de España. Y también por las callejas sucias y sórdidas de las grandes ciudades. Mujeres así, calladas y trágicas para las que cada mañana se abren las puertas de los hospitales, de los prostíbulos y de la cárcel...

LA MUJER QUE SONRÍE

Es como un poema de Gabriel y Galán dicho en castellana y límpida ternura, sin las jotas y las eses y las erres dialectales que asperezan el sonoro influir de sus estrofas. Como el ama joven que lloraban luego con el hijo vaquerizos y cabrerros, los mozos de labranzas y los criados de la alquería...

Todo en ella está unguido de inocencia y de paz: las ropas que viste, el peinado, la carne limpia y pura, las tareas habituales, los ademanes, las palabras.

Y esta sonrisa inefable que díriase la ilumina desde el seno hasta los pies...

En la obra tan vasta, tan colmada de aciertos en la interpretación del alma femenina, de Eugenio Hermoso, esta mujer que sonríe dando de



«Las Palomas»

comer á unas palomas, que sólo ella ve, es uno de sus más bellos aciertos por la sobriedad, la espiritualidad con que está sentida.

No es fácil descubrir en mujeres de hoy y, sobre todo, de gran urbe, esta sonrisa buena y tranquila, esta tibieza casta y ese armonioso recato...

Inevitablemente, este cuadro donde las palomas no se ven, nos ha hecho pensar en sitios y en

mujeres donde las palomas se ven demasiado, como en el prodigio urbano de la Plaza de San Marcos de Venecia.

Mujeres de todo el mundo acuden allá á verter granos de trigo sobre las palomas y á recibirlas en sus brazos, en sus hombros, en su cabeza, mientras las enfoca una máquina fotográfica.

Sus dengues, sus descocos, sus cabelleras cortadas, sus vestidos extravagantes, sus palabras, sus pensamientos, sus ademanes, cuán remotos de la suave ternura de esta mujer que en la mañana campesina va derramando los granos sobre el surco cálido y el aroma ardiente de las aves glotonas...

¡Qué inaccesible é ignorado para aquellas mujeres la sonrisa de luz y de candor!...

LA MUJER QUE RÍE

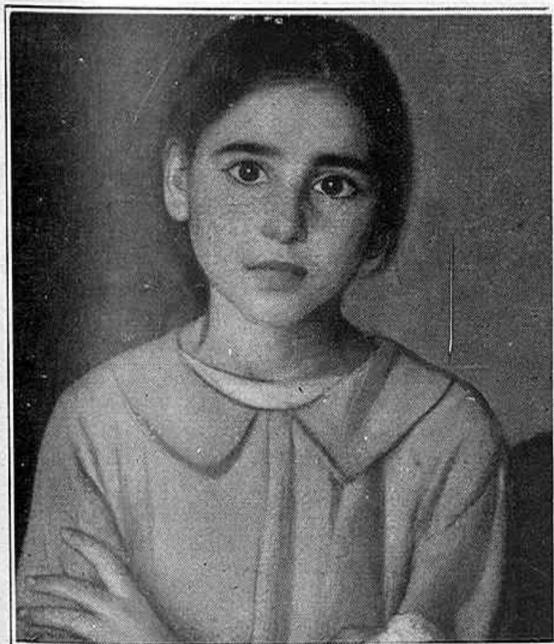
Pero no siempre las mujeres de Eugenio Hermoso son muchachas extremeñas en tareas de romance pastoril, chiquillas de pueblo, romeras que vuelven cantando por los campos ó melancólicas seducidas que buscan el cobijo y el silencio nocturnos.

Hermoso gusta de pintar igualmente las damas aristocráticas ó descubrir en las postizas simulaciones europeas de hoy á las menestras un poco chulas de ayer. Y hacerlas reír con la risa infantil de la *Juma, la Ruja y sus amigas*. Dentro del mantoncillo de crespón borbolla la risa y agita los senos núbiles; sale de entre los dientes blancos sin descomponer la línea graciosa de la boca un poco grande—boca de madrileña—; brinca en los ojos francos, maliciosos y burlones; excita al piropo y al madrigal picante; risa que

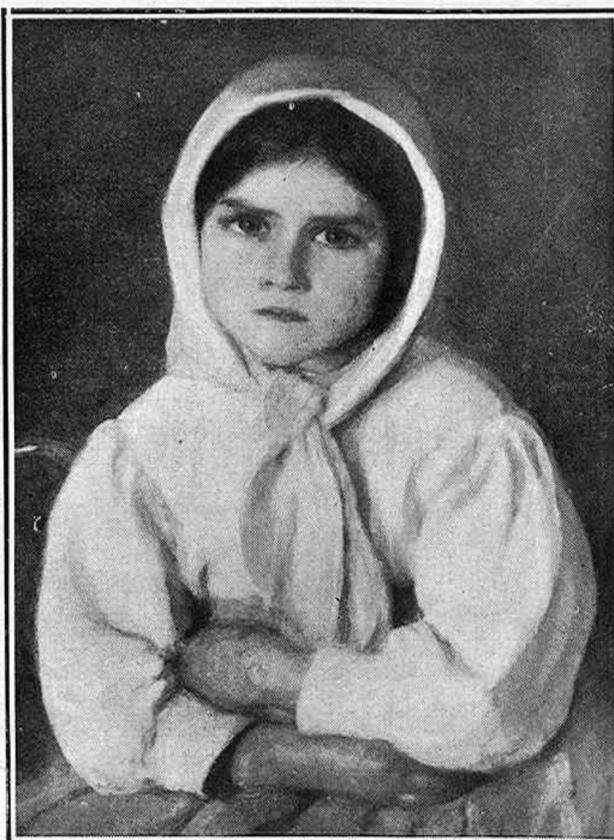
imaginábamos marchita como una flor conmemorativa entre las páginas de un libro de madrileñista obstinado; pero que, sin embargo, brota, fresca, eternamente juvenil, entre decires ingeniosos de recortado acento, á cada instante, en las calles de Madrid, en cuanto se reúnen dos muchachas de «oficio» ó dos presumidas taquimecas de oficina...

Flor también de romance á la manera de aquellos que se van olvidando, por cómo las musas que les inspiraban cambian de indumento y de tareas. Musas de los tiempos de *La Revoltosa*, de *El Santo de la Isidra*, de los primeros sainetes de López Silva y Arniches...

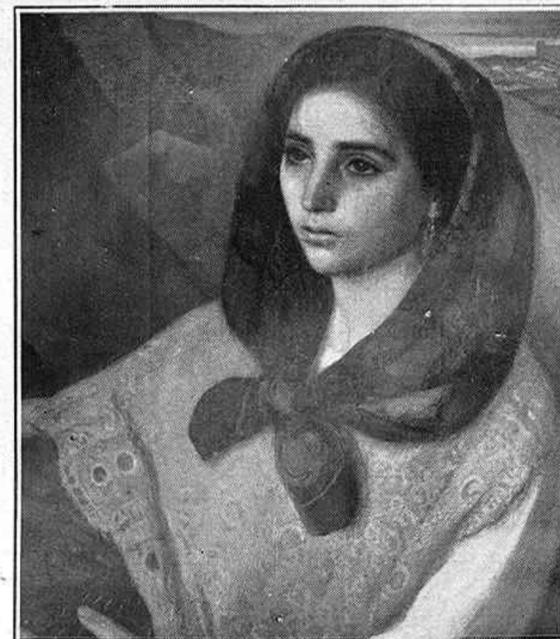
SILVIO LAGO



«Mendiga»



«La niña de los ojos verdes»
(Fots. Cortés)



«Despedida»

LA VIDA LITERARIA

UNA NUEVA EDICIÓN DEL «QUIJOTE»

RECORDÁIS aquel viejo soneto que Rubén dedicó á Cervantes en *Cantos de vida y esperanza*?

«Horas de pesadumbre y de tristeza
paso en mi soledad. Pero Cervantes
es buen amigo. Endulza mis instantes
ásperos, y reposa mi cabeza...»

He aquí que, como en la estrofa de Rubén, Cervantes, el buen amigo, llega de nuevo para endulzar nuestros instantes ásperos y reposar nuestra cabeza... Nos llega su espíritu—heroísmo y desilusión—en el cuerpo de su obra más famosa. Una nueva edición del *Quijote* está ante nosotros, sobria y noble, cuidada y clara, llena á un tiempo de alcurnia y de sencillez. Desde ella, el caballero «rey de los hidalgos, señor de los tristes», nos mira con su eterna mirada, en la que luchan la luz heroica y la sombra del desencanto. A través de las nuevas páginas, pasan las viejas aventuras: horas crueles, ilusionadas y burlescas, en que el gesto implacable de la realidad truncaba todo afán redentor.

Ante esta visita que ahora nos hacen el escritor y su héroe, tiene nuestra devoción de siempre un más vivo florecimiento. «Horas de pesadumbre y de tristeza» caen sobre nuestra soledad. Un poco cansados de los hombres, buscamos el refugio de los libros. Y «Cervantes es buen amigo»...

¿Cuántas ediciones se habrán hecho de la obra capital de Miguel de Cervantes? La bibliografía cervantina (ediciones, estudios, comentarios) es copiosísima... La Casa Calleja lanza ahora una nueva, impecable edición, en dos volúmenes. Todo en ella es claro y terso. Tipográficamente, es irreprochable. Un criterio del más exquisito buen gusto, de la más depurada selección tipográfica, ha presidido los trabajos de esta nueva edición, digno marco de la magnífica creación cervantina...

Hay una nota que se destaca en estos dos volúmenes ahora publicados por Calleja: no hay en ellos comentarios y dibujos, cosas que, en verdad, venían pareciendo hasta ahora, y casi siempre, inseparables de toda nueva edición del *Quijote*. Está, de este modo, el texto cervantino desnudo, puro, sin ajenas aportaciones, tal como apareció en las impresiones primeras del libro famoso. La glosa continua y abundante á la obra—más exagerada, sobre todo, últimamente—hacia aparecer al *Quijote* como libro necesitado de interpretación, llenos sus capítulos de un intrincado sentido esotérico. Y una de las cualidades de la obra es, precisamente, esa: su gran claridad, la transparencia magistral con que el hondo valor humano y simbólico del libro se revela...

Acerca de los dibujos, podemos recordar lo reiteradamente que se ha expuesto la dificultad de dar una interpretación plástica en las figuras del *Quijote*. A través de

una lectura y una sensibilidad de siglos, el pueblo español se ha formado una idea, imprecisa, indefinible, del héroe y de los otros personajes. Y, aunque en ilustración del *Quijote* se han hecho obras meritisimas, el lector no encuentra en ellas—aparte, claro, de su mayor ó menor mérito artístico—la transcripción exacta de lo que ha llegado á ser ya, en el cerebro y en el corazón de la multitud, un arquetipo... Es esta la misma dificultad, nunca vencida, de una escenificación del *Quijote*...

Sin dibujos y sin comentarios, la nueva y lujosa edición del libro inmortal ofrece exclusivamente, á las pupilas y al pensamiento del lector, el texto cervantino, para que así la lectura y la sugestión sean más puras, más libres de ajenas coacciones... Todo devoto del libro bello guardará con amor esta edición reciente del *Quijote*: dos volúmenes que son un legítimo orgullo para el moderno arte tipográfico español...

•••••

Desde hace algún tiempo parece más fervoroso el culto de Cervantes. Casi diariamente se

habla de homenajes y monumentos. A propósito de ello, queremos recoger lo que recientemente dijo *Andrenio* en una certera crónica:

«Esta bella edición de Calleja, que parece hija de las ediciones de Sancha, me hace pensar en una deuda que España tiene con Cervantes, quien, entre todos los españoles, es quien ha dejado á su patria una herencia más pura y más duradera. Se va á elevar, no uno, sino varios monumentos á Cervantes y al *Quijote*, y nunca la afición monumental del hombre de todas las épocas estuvo mejor empleada. Pero el mejor obsequio á la memoria de Cervantes no es de piedra ni bronce. Sería la fundación de una biblioteca cervantina, donde se reunieran todas las ediciones del *Quijote* impresas en cualesquiera idiomas, y al mismo tiempo todos los estudios y comentarios que se pudieran allegar, aspirando también á la colección completa, sin otra excepción que la de lo que fuere en absoluto despreciable. Iniciada de esta suerte, la biblioteca cervantina podría irse ampliando á las demás obras de Cervantes. Sería la bibliografía de Rius completada y convertida en biblioteca. Una colección semejante vendría á ser el punto de cita de los cervantistas de todo el mundo, casi su Meca, y resultaría una de las atracciones intelectuales de España, como los archivos históricos de Indias y de Simancas y las grandes bibliotecas existentes.

Es probable que se haya proyectado antes de ahora la Biblioteca Cervantes, pues la idea es tan obvia que ha de ocurrírsele á cualquier aficionado cervantino. Como no pretendo patente de invención, me da lo mismo que esta aspiración sea inédita ó repetida. La realización del proyecto exige constancia, gastos, dirección competente; pero no faltan elementos para llevarla á cabo. No ignoro que estos monumentos de papel son más difíciles de levantar que los otros, pues tienen que defenderse solos, sin ayuda de contratistas, arquitectos ni escultores.

Para dar variedad á la Fiesta del Libro, que al cabo de tres ó cuatro años se hará inaguantable y adquirirá la monotonía de una función de iglesia ó de un molino de oraciones, podría iniciarse en ella la fundación de la Biblioteca Cervantes.»

Admirable espíritu el de estas palabras, que deben ser seguidas y apoyadas unánimemente.

Nada de tan alto contenido espiritual, ningún homenaje más bello y á la vez más práctico, que esa «Biblioteca cervantina». Hay, actualmente, en la Biblioteca Nacional una Sala Cervantes. Esta Sala debe ser convertida en esa Biblioteca-homenaje, para que todo, absolutamente todo lo relacionado con nuestro escritor insigne, estuviese allí, como en un culto callado y ferviente. Esa Biblioteca sería, en los caminos espirituales del mundo, una estación de luz y de pensamiento.

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Compuesto por Miguel de Cervantes
Saavedra

DIRIGIDO AL DVQUE DE BEJAR,
Marques de Gibraleon, Conde de Benalcazar, y Bañares
Vizconde de la Puebla de Alcozer, Señor de
las villas de Capilla, Curiel, y
Burguillos.



Año.

1927.

Edición Selecta en dos Volúmenes
EN MADRID, EDITORIAL "SATURNINO
CALLEJA" S.A. Casa Fundada en el año 1876



MENDIGOS DE CASTILLA

El arte admirable de José M.^a Mendoza Ussía ha acertado á recoger estas dos siluetas que todos hemos visto en el pórtico de una iglesia ó al borde de un camino. Pobres de España, viejos mendigos, en cuya traza lamentable ha dejado sus huellas una vida larga y estrecha, azarosa y penosa. Se han detenido un momento. Enseguida, nuevamente el paso lento por las carreteras de Castilla, en la diaria busca del pan...
(Fot. J. M.^a Mendoza Ussía)

EL FONDO DEL MAR

EL capitán subió al puente por la escalerita guarnecida de cobre que desde junto á su litera iba al cuarto de derrota, simbolizando la vida del marino, que pasa desde el sueño al deber y al peligro, sin transición. Era hombre casi viejo, de ojos muy suaves en el rostro duro, habituado á servir de reflector á las voces de mando. Las tempestades no habían logrado peinar su pelambre crinosa, y aun cuando extremaba la cortesía desde que le confiaran aquel gran barco de pasaje, se advertía el esqueleto rudo de su genio, donde las palabras de reproche ó de mando parecían escritas con letras mayúsculas, mientras las otras eran minúsculas, borrosas.

El oficial de cuarto y el agregado, luego de responder á sus «buenas noches», callaron para observar en el horizonte de sus pupilas si venía ó no de mal talante, como si él solo constituyera otro elemento de observación difícil, igual á la mar, á las nubes, al viento.

—¿El médico subió por aquí?

—No, don Cristóbal.

—Parece que marchamos mejor.

—Cien revoluciones poco más ó menos. Pero regulares. Deben haber encontrado una veta de carbón bueno... De todos modos, hasta muy de día no veremos Júpiter.

—De Hércules á Júpiter—dijo el agregado, saboreando una remembranza mitológica.

En la noche palpaba el navío con repentinos sobresaltos y abría una herida fosfórica en las aguas, que se iban poco á poco cicatrizando tras el remolino de las hélices, bajo el calor ya tórrido. Inquieto, el capitán iba de uno á otro lado, con un contradictorio deseo de silencio y de confianza visible casi en sus ademanes. Al fin entró en el cuarto de bitácora, y lo vieron inclinado sobre las cartas, ajustando á la superficie el cartabón traslúcido y tomando distancias con un bramante. Alejándose un poco del timonel, rígido y mudo, con algo de faquir en su quietud, galvanizada por la rosa de los vientos, presa en la caperuza de cobre, el oficial le advirtió al agregado, que hacía su primer viaje á bordo:

—No lo busque usted... Probablemente, ó se irá ó vendrá á hablarnos. Ningún mal tiempo le pone del humor que esto. Yo lo he observado dos veces. Debe ser una superstición. Lo de tirar un hombre á la mar lo enferma. Ahora era capaz de pagar de su sobordo más carbón, con tal de poder dar sepultura en tierra á ese pobre hombre.

Los marinos le llaman siempre la mar, acaso para resarcirse de las largas abstinencias de amor ó para resignarse á sufrir sus crueles arbitrariedades. El oficial sabía escrutar bien en la lejanía del paisaje y en la de los ojos del capitán, porque éste salió, se acercó á ellos y empezó á

hablar, primero entrecortadamente, luego con ritmo seguro, ajustado casi á la regularidad del giróscopo:

—Doscientas cuarenta y siete millas hasta la entrada del Canal... El barco que pasó á sotavento debió ser uno de la *Flota blanca*... ¡Si llega á morir siquiera mañana, descansa en tierra!... Lo fondaremos á las tres. No hay remedio... Se para una hélice para dar un cuarto de vuelta, y que no lo vayan á tocar las aspas, y, en último caso, se paran las dos un momento, aunque eso no me gusta, porque siempre hay algún murciélago en el pasaje que se da cuenta... Y menos mal que ahora van en caja... Antes, hasta hace

casi viva, una cara de angustia y un cuerpo esquelético, pero con piel y vestido, que me tiende los brazos, en vez de seguir el camino de los demás.

Un bulto enjuto acababa de surgir. Era el tercer oficial.

—A la orden. ¿Me llamaba usted?—dijo, acercándose.

—Ah, ¿eres tú?—repuso el capitán, cambiando de tono—. Sí, te llamaba. ¿Ya están listas las actas y toda la papelería del sobrecargo? Bien. A las tres. El primer oficial y el médico ya lo saben. Bueno... Supongo que ni las enfermeras ni ningún camarero se habrán ido de la lengua.

Bien... Bien. Yo estaré levantado; no para bajar, ¡no!... Pero estaré aquí.

Cuando partió el tercer oficial, quedóse un rato ensimismado, observando el cariz del tiempo con cirrus apelonadas á estribor. La lona del puente, henchida, crujía, y el viento dejaba á ratos de gemir para tomar bronco tono de amenaza entre los cordajes. Hacia el cenit rebrillaba la flota viva de las constelaciones. En uno de sus paseos, el agregado, hartado joven para soportar el silencio, dijo al acercarse á él:

—La marejadilla nos corta rumbo.

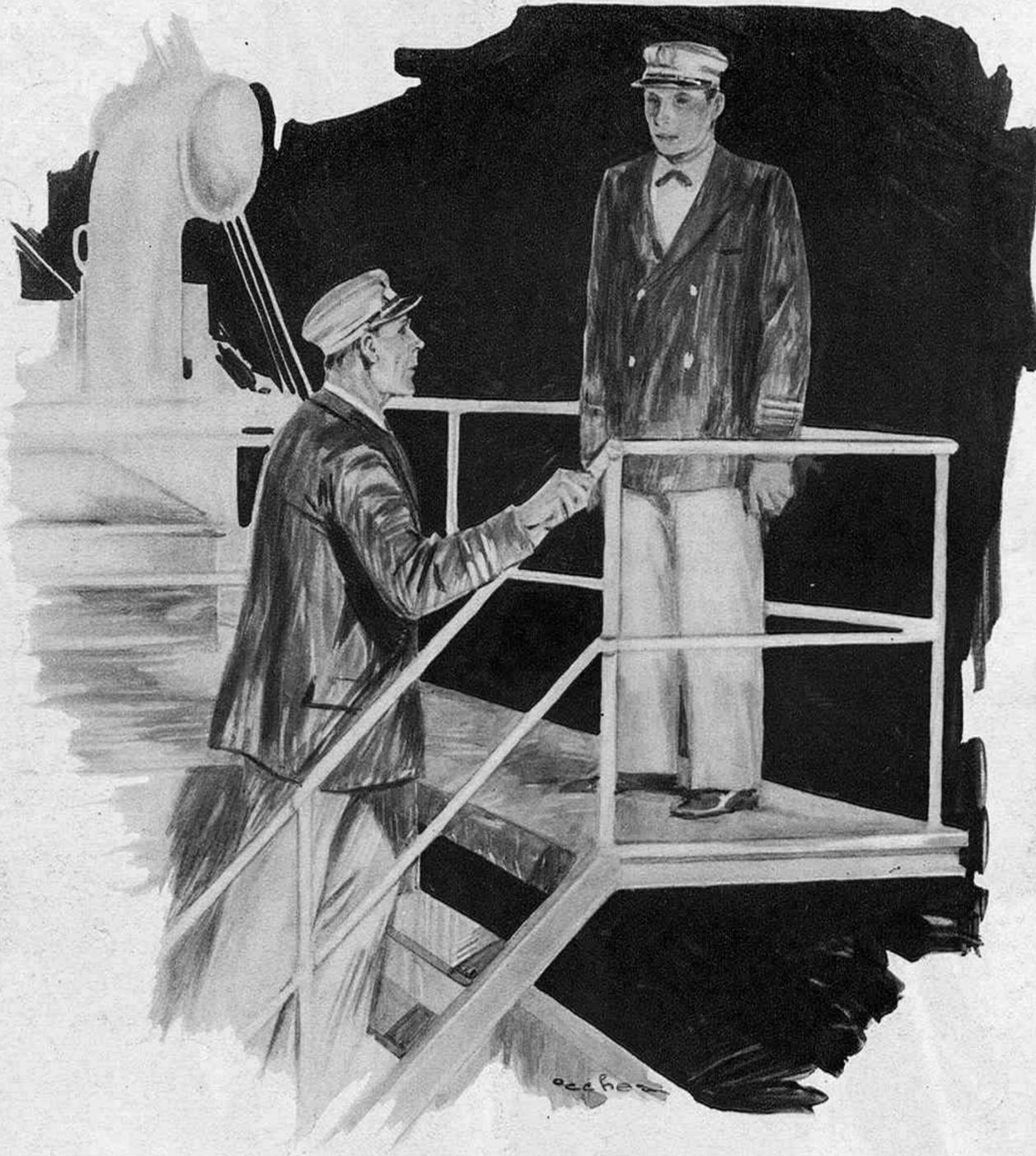
El capitán no contestó. El oficial, que se había acercado también, dijo, mientras el serviola picaba la hora desde lo alto del mástil:

—Poco será. Mañana a levantará el tiempo de seguro.

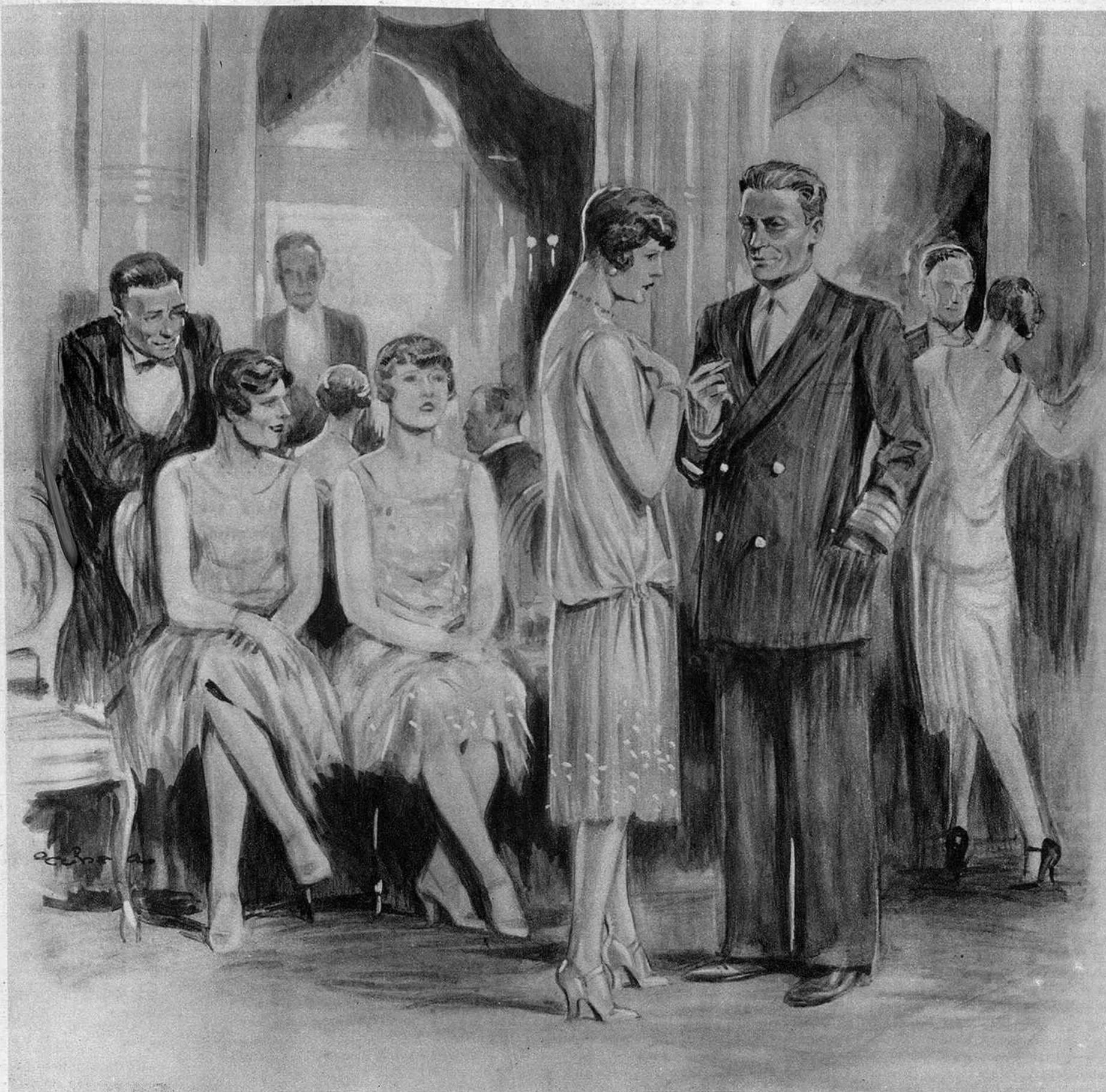
Entonces el capitán sacó de dentro de sí, en palabras lentas, la evocación que desde hacía rato le mantenía sombrío:

—¿Se acuerda usted de hace dos viajes en Tampico el baile aquel? ¿Sí? Pues también se acordará de que yo fui á sacar á una muchacha de ojos grandes que me desairó. Desde que entré en

el salón me fijé en ella. Y no por su bonitura, que era extremada, no. Me fijé porque estaba seguro de conocerla. Como sabe usted, soy un fisonomista enorme. Me ocurre recordar á pasajeros que han venido conmigo una sola vez; á gentes que han subido en cualquier escala á visitar el barco... Y la muchacha aquella se me resistía... Me acercaba á su sitio, le daba vueltas... ó me iba á un rincón y cerraba los ojos para recoger el recuerdo... ¡Todo inútil! Y yo la conocía. Conocía hasta el menor repliegue de sus facciones: la frente, el pelo rizado, el hoyuelo de junto á la boca, los ojos, el cuello... El cuerpo no..., del cuerpo no me acordaba nada; pero mientras más me fijaba ó me aislaba, nuevos pormenores del rostro puntualizaban mi recuerdo. A ratos parecía que la memoria iba á venir de lo hondo de mí. La sentía detrás de la frente, igual que se siente en la lengua un nombre olvidado... Y se alejaba, se ahogaba. Me atreví á



muy poco, una lona y unas cuantas parrillas de la caldera, y... abajo. Hacía mucho tiempo que esto no me ocurría... En cambio, cuando la repatriación... Un viaje echamos treinta y uno... Ya no nos hacía impresión; bueno, á mí siempre. ¿Ustedes saben la causa de que me haga ese efecto estúpido? Yo casi nunca sueño... Una vez ó dos cada año... Pero desde niño, de tiempo en tiempo, me viene un sueño raro: veo el fondo del mar, claro, y no veo tesoros ni barcos hundidos, ni peces... Veo sólo esqueletos, que, muy despacio, empiezan á ponerse en pie y á buscar el rumbo más corto hacia la playa, para ir á buscar una fosa de veras... Es, mejor dicho era, todas las veces lo mismo. Conozco las calaveras y son infinitas, como si tuvieran facciones... Así que antes de pisar un barco yo sabía que á todo me acostumbraría menos á echar un hombre al agua. Pero después de lo que les voy á contar, á esas calaveras, á esos esqueletos se une una cara



acercarme de nuevo, y mi insistencia fué peor acogida... Ella, que había estado bailando con aquel otro agregado de vitrina al que llamábamos el bello oficial, un mentecato, me aseguró que acababa de torcerse un pie. Hubo risitas, y tuve que aguantarme. Estuve de mal humor varios días, mellado por dentro... Ya recordará, Ezcudí, que aquel viaje, á pesar de tener la corriente á favor como nunca, al salir del canal y de encontrar mares buenos hasta el mismo Finisterre, hubo tronadas para todos. Creo que hasta á usted le reñí... En vano muchos días y muchas noches en las dos travesías siguientes espoleé el recuerdo. Era en la memoria una laguna, un muro.

Al fin hoy pudo ser... Pero no normalmente, sino después de ese sueño del fondo del mar de que les hablé antes... Me desperté con angustia, como siempre que veo la procesión submarina de los que piden salir del hondo cieno para buscar hoy en tierra firme, y la visión de la primera

vez que vi echar un hombre á la mar se me apareció clara, igual que si fuera de ayer. ¡Y hace ya más de treinta años! Era en el *Ciudad de Cádiz*, un cascajo que ustedes no han conocido. Yo no tendría más bozo que tú ahora, muchacho... Y un barco era un mundo nuevo para mí. De la sentina á las crucetas lo recorría á diario. Husmeaba, hablaba con todos, y desde el palero más negro hasta el cura, que había sido carlista y nos hacía ir á la misa á coscorrónes, lugares y gentes eran para mí ventanas por donde asomarme al mundo. Cada puerto era una fiesta. ¡Me divertían hasta los ciclones!... Sólo nublaba mi alegría el maldito sueño, que de tarde en tarde, por fortuna, me hacía ver el fondo del Océano en la forma macabra que les he dicho... Oír decir que alguien estaba enfermo á bordo y echarme á temblar, todo era uno. La fiebre de los elementos me impresionaba menos que la de cualquier persona... Por eso cuando vi embarcar aquel hombre en Veracruz se me encogió el alma.

Apenas si tenía vivos los ojos y la boca... Y la boca no por completo: cuando hablaba. En torno de él había siempre un vacío; pero yo, obligado por el mismo miedo, me acerqué á él, le pregunté por su salud, y su agradecimiento fué tan grande, que estaba siempre con su poco mirar puesto en el puente, en busca mía. Al segundo día recibí sus confidencias: desde mozo estaba en México, y hasta hacía pocos años, después de una vida de trabajos, de esperanzas, de decepciones, no había logrado encadenar la fortuna. ¡La fortuna! No... Ni el bienestar siquiera. El cobre de América parece desde Europa oro; y eso era lo que pudo reunir á costa de dolor y sudor: un poco de cobre... Durante los primeros años casi no tuvo tiempo ni de soñar: fué esa vida dura del campo en que, igualados en la labor, las bestias le llevan á los hombres la ventaja de la resistencia. Cambió de profesión muchas veces. Bajó á los pozos de las minas; despachó pulque en el campo á gentes para quien la

sangre humana costaba menos que la carne y el pan. Tuvo sus *chinas* de paso, y se creyó tan lejos ya de su patria, tan mexicano por completo, que olvidó la imagen tutelar de su caserío para rezarle á la Virgen morena de Guadalupe. Pero para el soldado de la gleba, los méritos de paz, más arlictivos que los de guerra, cuentan doble. A los treinta años quedóse enjuto, canoso, y el sueño, hasta entonces enterizo, empezó á ser cortado por una tos ardiente. Además se le despertó la fantasía. La mujer con quien vivía ya de asiento, una mestiza enérgica, medio india, soldadera de paz que, según las otras siguen á los reclutas á la batalla con los chamacos y el ajuar á cuestas, lo seguía desde algunos años antes en sus difíciles éxodos, solía decirle, al sentirle dar vueltas durante los insomnios:

—¿Quieres dormirte de veras, gachupín?

La causa de sus desvelos era más ruerte que la voluntad de la mujer; era tan fuerte como la niña de pelo rizado que dormía en la cuna. La hija tardía le hacía pensar en los padres; los rasgos aztecas, vivos juntamente y en una armonía de belleza extrema-

da en la carita de la chícuela, hacíanle pensar en su raza, en su tierra; y algunos lugares muertos en el recuerdo resucitaban para tomar facciones humanas también y decirle: «¿No has sembrado vida ahí? ¿No estás ya arraigado para siempre en esa niña que será mujer y tendrá hijos que serán de esa patria? ¿Pues ven á ver á la tuya una vez siquiera antes de morir! Ven á verla de hombre, á respirar su aire... Luego te vuelves allá para siempre...» La ilusión se trocó en obsesión. Despierto, como en lo más hondo del sueño, tenía alucinaciones. Ternuras dormidas se levantaban dentro de él con el anhelo de abrazar primero tal rincón de su pueblo, tal pedazo de

costa rubio ante la verdura tumultuosa del mar, visto desde el buque; hubiera querido abrir los brazos, alargarlos, ¡y abrazar entera la patria, de que sólo conocía, como tantos, una parcela mínima, y que gravitaba íntegra sobre su corazón! Trabajó hasta extenuarse por lograr un ahorro que no mermase el presupuesto familiar. Su ansia era tan fuerte, que formaba en torno á su persona una atmósfera impenetrable. La enfermedad misma pareció detenerse. Vivía en esa tensión jubilosamente febril de las vísperas. Y cuando, al cabo, se vió en el buque y una faja de agua empezó á ensancharse entre el muelle y él—entonces fué cuando yo lo vi por vez primera—, aquella galvanización cesó de súbito y la tisis curvó su figura, ahondó sus ojos y puso en todo él ese impalpable paño amarillo que es anticipación de mortaja. Apenas levamos, hubiera querido volverse atrás. Sin duda, España seguía siendo á proa un imán misterioso; pero á popa la hijita se agrandaba, se agrandaba y tendía las manecitas en ademán de auxilio. Y entre los dos, una figura alta y pálida tendía, á modo de barrera infranqueable, su guadaña. A cada rato me preguntaba:

—¿Por qué andamos tan poco?... ¿Cuándo veremos las Azores?

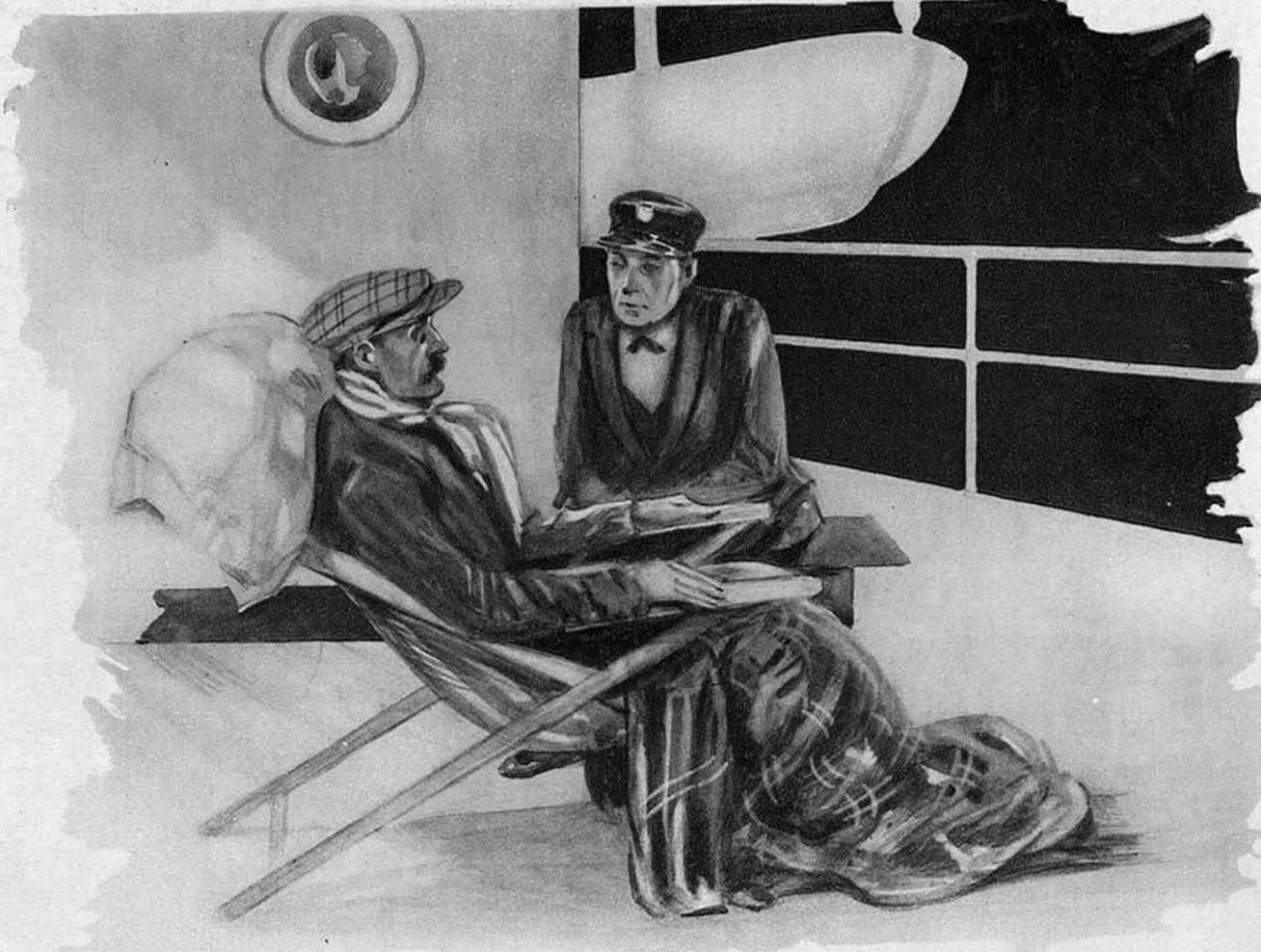
—Dentro de tres días. No sé si veremos San Miguel.

Un barco se cruzó con nosotros, camino de

América, y hubo el revuelo de siempre en el pasaje. Yo leí en sus ojos el impulso de ganarlo á nado para renunciar á su locura y atender al llamamiento de las manecitas indefensas. Su hija era, detrás ya, ¡ay!, una realidad viva que lo necesitaba, y la patria que había sido tantos años ante él una ilusión difusa, aparecía ahora, quizás, como una encrucijada de decepciones que iba á concretarse en su aldehuela habitada ya por desconocidos. ¡Hubiese querido saltar á aquel barco y volver á México! Y hubiera sido también un salto inútil, porque sólo dos días le quedaban de vida, y desde allí hacia el Este y el Oeste del Atlántico había mucho más aún en barcos de mayor andar que aquel. Al sentir que la sombra de la guadaña se inclinaba contra él inexorablemente, me llamó á su litera:

—Me voy á morir... Lo sé... Ya no veré ninguna de las dos tierras.

—¡Por Dios, no diga eso!... Creo que le dije. Pero como yo era muy joven y no sabía aún mentir bien, comprendió que no tenía que insistir y prosiguió descansando entre frase y frase.



para que las palabras y los estertores no se confundieran:

—Quiero pedirle un favor... Este Hidalgo y este retrato se lo lleva usted á ella. No á la china; á ella, á la chamaca, y le dice que lo guarde para cuando sepa comprender lo que es un padre en medio del mar... Un padre y un hijo... España delante, ella allá... Y dígame que tan sólo de ella me acuerdo... Que si se puede desde el otro lado de la vida, yo velaré por ella... Que me perdone el haber cedido á esta locura... Y eso que me alegro, porque así no me ve morir... Dele también... Dígame también...

Los estertores y las palabras que ya al final se confundían dejaron de mezclarse, y fueron un rato estertores nada más y silencio después. No supe cuándo dejó de mirarme. El oro de la moneda brillaba junto al tono verdoso oscuro y opaco del daguerreotipo. La misma curiosidad que me hizo acercarme á él me impidió separarme de lo que de él quedaba. Lo vi envolver en la arpillera y coserlo. Velé toda la noche, á pesar de tocarme el cuarto de ocho á doce, para verlo bajar á su gran sepultura. Me parecía aquel el primer deber serio de mi vida. Ya saben ustedes lo que es la ceremonia. Emoción tremenda... Es como la primera misa oída en el mar; por poca fe que se tenga, se encoge el alma. En torno á la plancha cuatro marineros estaban casi más rígidos que el cuerpo inerte dentro del burdo sudario.

Pesaba el aire, el silencio era como si todos nos viéramos en un espejo posible, como si aquel muerto fuera carne de nuestra carne, como si la vida y la muerte encerradas en aquel espacio corto de planchas de hierro con remaches incrustado en el mar fuese toda la vida y toda la muerte, como ustedes saben lo que es eso... Se le descubrió la cara por vez última, para que pudieran firmar los testigos. El cura rezó el responso despacio, destacando las palabras latinas que, sin entenderlas, pesaban en nuestras almas lo mismo que los hierros atados al bulto fúnebre con esos nudos nuestros hechos para luchar con la mar, y á un «¡arría!» ronco, triste, del primer oficial, lo deslizaron. Un segundo, en el extremo de la tabla, el cuerpo pareció resistir; luego cayó, y jamás he oído sonar el agua así... Era un ruido hermano del de las paletadas de tierra sobre el ataúd... Aquella noche soñé por vez primera que entre los miles de esqueletos inconformes en el fondo del mar había un rostro: el suyo. Al llegar á Bilbao me desembarcaron, y fui á la línea de Filipinas; pero confié el encargo al agregado

que me sustituyó en el *Ciudad de Cádiz*. Dos años después me lo devolvió, diciéndome que le había sido imposible hallar á la viuda. Al volver yo á la línea realicé pesquisas, también inútiles. Años y años he llevado en mi camarote el paquetito... Y al día siguiente de salir de Veracruz este viaje, cuando ya era inútil, se me reveló de pronto que la muchacha que no quiso bailar conmigo, la que me creyó un viejo ridículo atraído por su hermosura, era la misma que desde el verdioscuro retrato de hojalata sonreía entre los bucles negros... ¡Yo sentí su atracción, y ella permaneció indiferente á la mía! ¡Si eso que llaman los tontos fuerza de la sangre existiese, debió

presentir que yo tenía un mensaje para ella!... Sin saber por qué le he tomado una especie de odio y tengo impaciencia de llegar á Tampico otra vez para buscarla y cumplir, al cabo de tantos años, la súplica del que habiendo muerto del todo hasta para su hija, vive aún de tiempo en tiempo en mis sueños.

Se oyeron pasos, y un bulto se destacó en la toldilla. Era el mismo oficial de antes.

—Capitán: dice el médico que un pasajero de primera se ha enterado del entierro y pide permiso para asistir.

El capitán se enfureció. Todo, hasta los ojos, se hizo obscuro en su rostro, y refunfuñó:

—¿No mandé que no se enterara nadie? ¡Dígame que no!... ¡Si se habrá creído que es una fiesta!

Y de pronto, con súbita y amarga dulzura: —Y si no dígame que bueno... Que baje y que lo pongan muy cerca, para que oiga bien el responso y el ruido del agua. ¡Así no se olvidará del viaje nunca más!

Las estrellas fulgían intensamente y punteaban la gran sombra del mar, cual si quisieran alumbrar el abismo donde iban á sumergirse poco tiempo después los restos de un hombre que gozó y sufrió sobre la tierra.

A. HERNANDEZ CATA

(Dibujos de Echea)

EL TRAJE Y LA EMOCIÓN

JACINTO Benavente ha dicho que con la falda corta no dan bien las actrices la emoción de la tragedia, y muchas artistas han afirmado que tiene razón.

Sin duda, la observación se funda en lo de *chiquillo* que tiene la mujer con la melena y la falda corta. Las lágrimas de los niños nos conmueven menos, por la costumbre de verlas derramar por cosas útiles, á nuestro entender, aunque para ellos sean tan dolorosas como para los mayores lo serio y fundamental.

Pero la emoción que han de transmitir las actrices á los espectadores no depende del traje.

El que la emoción escasee en el teatro no hay que achacarlo á la falda corta, sino á que la emoción va desapareciendo de la vida real.

Todo sentimiento un poco exaltado, desinteresado y romántico recibe, á poco trabajo, el dictado de *cursi*.

El ideal de la vida moderna, que es carecer de ideales y pasarlo lo mejor posible, sin mirar alrededor, no puede comprender ya las pasiones de las grandes tragedias.

El concepto de las vindicaciones del honor ha cambiado: Si una esposa es infiel, el marido se divorcia. Si una jovencita es engañada, se pide una indemnización á los tribunales. Seguramente la protagonista de *El Gran Galeoto* acudiría al juzgado por injuria y calumnia.

Acostumbrado el público á estos desenlaces armónicos en la vida real, no quiere que sus nervios sufran, y le parecen ridículas las soluciones violentas. Por eso prefiere comedias sentimentales, como *Canción de cuna*, ó novelas como la tan discutida de Anita Loos, que es la novela blanca de la cocotería, en la que se finge una ingenuidad que no existe, para que las señoritas puedan leer la vida de una cortesana sin ruborizarse, aunque se presente solo en el libro la parte más descarnada de la avaricia, sin una sola emoción de amor.

En el convencionalismo del teatro, donde las máscaras de los actores llegaron á tomar valor de personajes, y donde durante tanto tiempo prevalecieron los procedimientos ingenuos, que aun usa el teatro chino, el traje tiene poca importancia, respecto á la emoción.

Hasta tiempo relativamente cercano, cuando se estrenaron las obras de Racine, no se usaban los trajes de la época á que pertenecían los personajes de las tragedias. Luego se abusó tanto de los trajes de épo-



La ilustre y famosa artista zaragozana D.^a Teodora Herbella, conocida con el nombre de Teodora Lamadrid, que estrenó con Valero «Los Amantes de Teruel» y «El Trovador»



La bella actriz Concepción Ruiz, esposa del célebre empresario [Gualdi, que fué la principal intérprete de las obras de Mariano José de Larra

ca, que costó verdadero trabajo implantar de nuevo el traje de la actualidad.

Es indudable que estamos llenos de recetas y fórmulas, de tipos hechos, de frases y de gestos convencionales: si se habla del infierno, se mira al suelo, y si se invoca á la divinidad, se dirigen los ojos al cielo; Don Quijote tiene que ser alto y escuálido, y Sancho gordo y chiquitín; las jovencitas inocentes deben ir envueltas en muselinas blancas, y las viudas desconsoladas, en amplios crespones y gasas negras. Y gracias que ya, ante lo falsas que resultaban en la vida, hemos ido saliendo de tipos, que nos decían con su aspecto, al aparecer en el escenario, su carácter y su profesión.

La emoción brota de lo sincero en la vida y de lo que aparenta serlo en el arte. De la situación en que las personas se hallan colocadas.

Tengo á la vista gran copia de fotografías de artistas de todas las épocas; las hay con suntuosos trajes recamados de bordados y de oro, solemnes y majestuosas; y con sencillos tocados de graciosos tules de la época romántica; algunas visten el miriñaque y el polisón, y las hay con las modas más nuevas y exageradas de su tiempo, tan cercano al nuestro, que se han quedado en la peor situación; modas viejas, sin ser antiguas, en el sentido de lejanía y depuración que adquieren al alcanzar épocas remotas.

Nunca impidió el traje—ridículo y antiestético á veces—á la Gran Sarah, la Réjane, la Duse, Matilde Díez ó Teodora Lamadrid comunicar la impresión de tragedia á los oyentes. Con zagalejos aldeanos cortos, como la protagonista de *El Alcalde de Zalamea*, nos conmovieron las representaciones de muchas mujeres de Tirsó, Lope y Calderón.

Los recursos de la ropa y de soltarse el cabello son innecesarios á las grandes artistas, que con la expresión del rostro, los ojos, los matices de la voz, la actitud y el gesto todo saben vestirse de tragedia.

No es ya el tiempo en que los pintores representaban de espaldas á *Ifigenia*, porque no sabían interpretar la expresión, y en que los actores se cubrían con inmóviles máscaras.

No toleraríamos ya una obra de actualidad en que las actrices no vistiesen á la moda. Por el contrario, se les exige que sean algo así como el figurín perfecto de la última novedad. Veces hay en que tiene más importancia para los espectadores, dentro de la creciente frivolidad, el traje de las artistas, que la obra que representan.

No es cosa de que se vistiesen de antemano con trajes de tragedia, ó que al surgir ésta se echase el telón para cambiar de traje.

Una buena actriz comunica la emoción con falda corta y hasta con pijama. Lo que se necesita es que exista la emoción en la vida, si queremos encontrarla en el teatro.

CARMEN DE BURGOS
(Colombine)

CECILIO PLÁ Y SUS APUNTES INFANTILES



«En la playa de Valencia»

La playa de Valencia, que ahora recobra el bullicio y la policromía de las jornadas estivales, conoce bien esa silueta ávida é inteligente del pintor copiando sobre pequeñas tablitas y lienzos pequeños los juegos del agua, de la luz y de los chiquillos.

En un ayer todavía no remoto, era Joaquín Sorolla el que interrogaba así á las formas inquietas y alegres sobre el cadmio cálido de la arena y dentro de la calma azul del Mediterráneo. El maestro amaba sobre todas las sugestiones pictóricas aquella de las carnes desnudas y húmedas, reflejándose en zizagueos de extraordinario movimiento en el mar y en la tierra espejeante.

Así se pudo decir bien que la sonrisa del arte sorollesco era el hervor feliz ó melancólico de los niños levantinos.

Pero también la playa de Valencia está familiarizada con la silueta de otro admirable pintor valenciano: Cecilio Plá.

Año tras año le ha visto en esa



«El baño de 3aby»

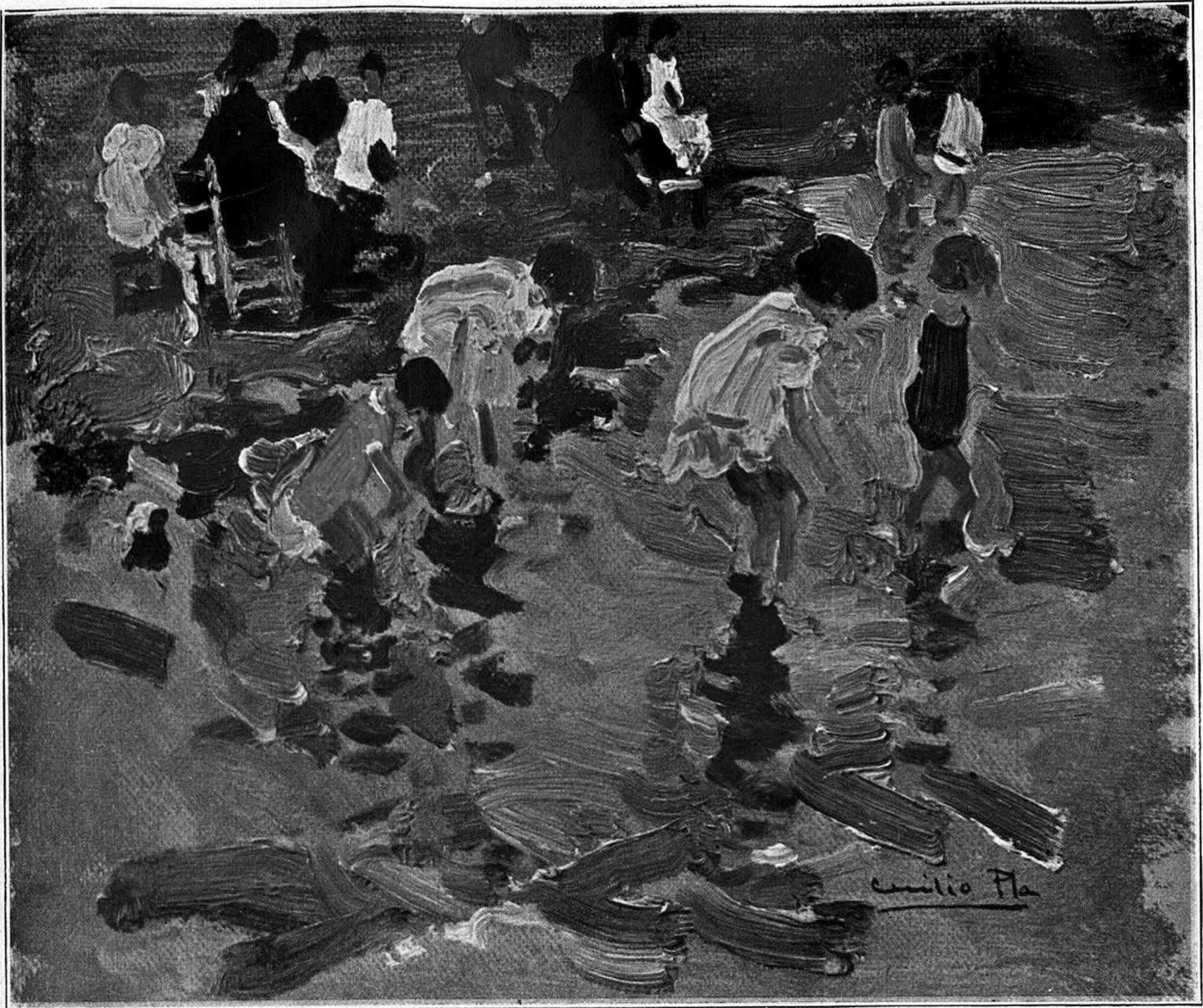
misma actitud de atrapador de colores y de ritmos, de apasionado cazador de fugentes actitudes infantiles.

Con ser muy importante su labor de retratista, de ilustrador editorial, de autor de cuadros donde nunca faltan el sentimiento y la idea, como aliados nobles de la visión del natural; con estimarse de Cecilio Plá aquella condición didáctica que también es una de sus cualidades, se manifiesta esencialmente el ilustre artista valenciano en sus apuntes.

Son notas inquietas, brillantes, expresivas, dotadas de una extraordinaria vivacidad y de un brío cromático que reproduce, embelleciéndoles, momentos transitorios y vulgares á los ojos de los demás, pero con singular hechizo para el pintor que sabe descubrir sus rasgos y colorido.

Son, además, el más grato deleite del artista, donde se refugia y desquita con el entusiasmo no extinto de los tiempos moceriles.

En el estudio de Plá hay milla



«Alegria infantil

res de pequeñas obras maestras de este género. Cada verano vienen centenares de ellas á aumentar la colección. Con la quinta parte de esa obra bastaría para hacer la reputación de dos ó tres pintores.

Plá, aun amándolas, no les concede toda la importancia que realmente poseen. Para él significan recuerdos íntimos, horas remotas, instantes en que la vida se marchaba sin otra emoción que aquella de ir sorprendiendo los movimientos ajenos, los caprichos de la luz sobre las cosas y el ondulante encanto del Mediterráneo...

En esos apuntes, que ni los años ni la mudanza de las preferencias estéticas y las alternativas de la moda pictórica pueden depreciar, se sigue la niñez de varias generaciones.

¡Siempre el gozo de saltar sobre la playa, de entrar al agua las piernecillas desnudas y remangados los pantaloncillos cortos y las faldillas blancas, rojas, verdes, azules!...

Siempre el hormigueo humano de las dulces mañanas estiva-



«Los dos amigos»

les en el Cabañal de la Malvarrosa!

Son graciosamente evocadores estos apuntes que el ilustre artista cosecha cada estío, entregándose á ellos en un curioso descanso que expresa hasta qué punto el divino embrujo del arte no deja sosegar á quien está imbuido de él.

Hubo un año en que Cecilio Plá cambió su playa mediterránea por otra norteña. Por la de Salinas, en Asturias, acaso la más hermosa de todas las españolas...

De aquel año conserva apuntes no menos admirables y no menos justos de color, aún luchando con el brusco cambio de la luz entre la lumbrarada levantina y los delicadísimos matices nórdicos.

Pero Plá volvió pronto á su Mediterráneo, á su playa del Cabañal, donde, incesantes, las generaciones se renuevan y donde es familiar y como de tradición augusta la silueta de un pintor sentado en su silla y con la caja de apuntes en la mano infatigable.

FORTUNIO



DE AHORA Y DE ANTES

AÚN no hace mucho tiempo, cuando la exigua temporada circense tenía en Madrid una corta y limitada vida, venían á ser coincidentes las primeras brisas vanales con la aparición de payasos, *mimos* y *augustos* en la pista del circo recién inaugurada.

Ahora, más dilatada y fecunda la actividad en los circos, tienen una amplia convivencia con los públicos que gusta de ellos cada vez mejor y con un ansia inédita cada día.

Porque ellos vienen á ser como el paréntesis jovial en la grave preocupación cotidiana. El payaso, además, con sus chanzas y decires de mejor ó peor aticismo, nos infantiliza también un poco... ¡Y eso es tan agradable!

Es difícil que no logre arrancar la carcajada ajena. Porque se le espera siempre con cierta predisposición franca á la hilaridad; se le desea por como, siquiera en unos instantes, nos hace amable la vida, ser pueriles é ingenuos y sentir el regusto de que nuestra alma retoce al son de una limpia carcajada.

No es propiamente de hoy ni de estos tiempos el *clown* ni el titiritero, aunque no falte por ahí gente con alma y visajes de payaso y quien se pasa la vida haciendo equilibrio; ni son nuevas sus gracias, ni sus maneras, ni estilos. Acaso sea de las pocas manifestaciones humanas que no han sentido la comezón de renovarse y cuyo espíritu aparece cada vez más aferrado á una norma anacrónica, aunque reconozcamos que tiene la rara virtualidad de no haberse anquilosado.

Porque si evocamos con las figuras de hoy los *mimos* de ayer y las más remotas, vemos á lo largo de los años, de los siglos, una rara unanimidad de forma y expresión acusada y destacada con brío singular.

No vamos á referirnos ni á considerar, claro está, los *orchestes* de los tiempos primitivos con sus danzas *chopeia* y *chlope ton colon*, en donde podríamos ver ya los antecedentes de los excéntricos de hoy; pero no podemos ahondar en diferencias entre un *Ramper* de ahora y muchos de los bufones italianos enumerados por Ateneo, verdaderos *mimos* que imitaban á los luchadores, pugilistas y cantadores, ni más ni menos que lo hace nuestro popular *mimo*, porque no las encontraríamos.

Como no hay diferencia entre los *circulatores* romanos y los charlatanes, prestidigitadores de plazuela y titiriteros de nuestro tiempo. Como muchas veces también ante un Esteso ó un Alady de esta época hemos tenido que evocar necesariamente los *opprobria rústica* y los *staticuli* de que nos habla Catón.

Que ya los *mimos* han salido del estrecho círculo en que antes actuaban, y no solamente se extendieron como en los días remotos por las calles, sino que también buscaron ahora cobijo en los febles tablados de variedades, con singular fortuna.

Y así, sobre el marco redondo, de una pista ó bajo la emboadura de un escenario, nos han hecho evocar muchas veces la rancia estética de antigua ejecutoria de su arte fragante y agradable que tiene tan larga tradición.

Tan larga que se remonta nada menos que á los tiempos del teatro en el templo. Pero en los templos paganos de los tiempos primeros. A los días de Epicarmo de Cos, que vivía en Sicilia, su patria, y que escribió en un principio breves poesías satíricas para que las recitaran los *Mimos*.

De Sicilia, este género, de cierto parentesco con la comedia, se fué extendiendo y adquiriendo preponderancia, surgiendo con caracteres que parecen actuales, en las Floralias, sobre el escenario, y terminando por ser insustituibles en el teatro, en los grandes convites de las casas particulares, en los funerales y por todas partes; con

LA ESTETICA DEL «MIMO»



... ellos vienen á ser como el paréntesis jovial en la grave preocupación cotidiana

tal impetu que aún subsiste y ha sufrido los embates de los tiempos, conservándose en algunos sitios, en el *qaragöz* turco, por ejemplo, con el mismo impulso y carácter de los tiempos de Catulo y Cicerón.

Por conservar el espíritu de entonces, por más y mejor coincidencia, hasta se puede señalar el hecho de que los *mimos* primitivos, á diferencia de todos los actores coetáneos de ellos, no usaban la máscara para trabajar.

No puede señalarse, ni ahora ni antes, otro carácter que no sea, en cierto punto, libre á los *mimos*, y hasta cuando el teatro tenía un ambiente religioso—época de las moralidades, de los autos, de los misterios—los *jaculatores* y ellos, licenciosos, procaces, impíos, de cuando en vez, daban á sus representaciones un matiz tan diferente, realista y descarnado, de mal gusto y de una irreverencia que hoy seguramente no se toleraría tan á las claras.

El *mimo*, á la manera que actualmente se nos ofrece en algunos tablados de variedades, apareció en las Compañías inglesas y alemanas del siglo xv. La mayor parte de las figuras principales de estas Compañías representaban el tipo de *Pickelhering* ó de *Hans Knaphase*. El duque Julio de Brunswick escribió gran número de papeles cómicos para Sackville, primer actor y director.

Generalmente, el *Pickelhering* no tenía nada

que ver ni era personaje de la obra, sino que al modo del coro antiguo, salía á escena en los entre actos para recitar sus fragmentos, decir chistes y bailar.

El indumento, ciertamente, no tenía nada de los abigarrados colores de los *clowns* de hoy; pero á la manera arbitraria con que suelen vestirse los *augustos* de ahora, era condición de capital importancia que todo artista mímico había de tener unos calzones negros de terciopelo, unas medias blancas, unos zapatos con broches, casaca de ancho faldón y largo chaleco, indumentaria de la que ya nos habla Devrient.

El arte mímico guarda muy estrecha relación con las «arlequinadas» que allá por el año 1708, y mediante un privilegio imperial, obtuvieron licencia para representar y le dieron hogar en el Karntnertortheater de Viena. En este teatro, Stranitzky, después de piecitas improvisadas siempre, hacía unos números chocarreros las más de las veces. Representaba el popular tipo del Hanswurt (Juan Morcilla). Más tarde, José Kurtz creó la figura del torpe *Bernardón*, que, como los Jackerl, Leopoldo, Lipperl, se hicieron populares y subsisten en espíritu en el tipo *Kasperle* de hoy.

El arte mímico, que nació con el teatro, y siguió paralelamente en mucho sus vicisitudes, en más de una ocasión lo desprestigió y contuvo su desarrollo acaso sin proponérselo. En la época de Augusto, por ejemplo, cuando España, al fin, había sido sometida completamente, el teatro estaba en franca decadencia, sosteniendo la competencia difícil de los *mimos*, pantomimas, juegos de circo, gladiadores, etc., que seducían mucho más.

Parece cosa de minucia el arte popular, esencialmente tosco, de ingenua picardía del mimismo; pero este arte, en otra época mucho más floreciente é importante, requirió la atención de la Iglesia y de los legisladores. Para Alfonso X no pasaron desapercibidos, y los Concilios tercero de Constantinopla, Tours y Aquisgrán deliberaron sobre ello y prohibieron á los clérigos y monjas la asistencia á las representaciones de los artistas mímicos.

Sin los antecedentes de los comediantes ingleses y alemanes, posiblemente el bolonés Croce no hubiera creado Pierrot nunca, y el triángulo conocido con alma de comedia francesa moderna no hubiera existido jamás. Pierrot es una modalidad bastante expresiva en el arte mímico, y así, como es ecléctico con Jean Richepin ó trágico con Paúl Margueritte, ó sombrío con Huysmans, ó bueno y honrado con Legraud, y frío, serio, satírico con Dehwan—uno y diverso siempre—, nosotros, dentro de la generalidad *mimo*, incluimos no solamente á los actores de pantomimas y á los que en su otra variación—*tontos* excéntricos, *augustos*, *clowns*—producen la hilaridad, sino á los que en un principio recibieron los nombres de *divvini*, *petacurulae*, *funambuli*, etcétera, por su íntima coyunda, por su fraterna tradición estética.

Todos continúan aún en circos, teatros y plazas con idénticos procedimientos de hace siglos, como si en la vida circense no hubieran transcurrido los años. Alusiones políticas, imitaciones personales, caricaturas, gestos, extravagancias, son al cabo del tiempo iguales motivos para el regocijo popular... Los decires, las maneras de los Albano, de Coó-Coó, de Pompoff, Tedy, de los Fratellini, de Pipo, de Scheiffér, de los etc., tienen el mismo carácter simplista, ingenuo y pueril de los primitivos. Entonces cabe preguntarse si nuestro espíritu no ha cambiado en las mudanzas de los tiempos, ó si la risa sólo tiene un aspecto vulnerable—lo sencillo é infantil—, único y capaz en los siglos de los siglos...



No hay diferencia entre los «circulatores» romanos y los «clowns», los charlatanes de plazuela y los titiriteros de nuestro tiempo que hacen corro en la plaza pública

E. ESTEVEZ-ORTEGA



EL ARTE EN LAS REPÚBLICAS
DE HISPANOAMÉRICA

He aquí un bello patio del templo del Carmen, en Puebla (México). Este templo es una admirable obra arquitectónica del siglo XVII. El gran escudo que se ve es de la Orden del Carmen, y está primorosamente tallado en piedra

(Fot. J. López)



Sobria, honda emoción la de esta admirable escena de «film»

CINEMATOGRAFÍA

EL COLOR PREFERIDO DE LAS GRANDES ARTISTAS DE «FILM»

Cuando un americano—y máxime si es periodista—no sabe qué hacer, se dedica á estadís-

ticas é informaciones extravagantes. Así hemos podido enterarnos de muchas aficiones de *estrellas* de todos los géneros, y por ello sabemos hoy cuáles colores son más gratos á las figuras principales de Hollywood.

Según esta detallada investigación, contra lo que todos creíamos, Bebé Daniels no es elegan-

te, pues si bien es cierto que tiene buen gusto en los vestidos que se pone para *filmar*, al natural es bastante cursi la pobre; tiene demostrada su preferencia por los colores chillones, tal como son el rojo, el verde fuerte. Casi siempre los lleva. Sus sombreros preferidos son las formas anchas.



Dos actitudes de Dorothy Sebastián en la película «El gringo galante», obra de ambiente fantástico, en la que se mezclan trajes mexicanos y mantillas españolas

Norma Shearer es el árbitro de las elegancias americanas. Tiene una natural distinción para escoger sus colores, y, como es castaña, sus preferidos son el rosa pálido y el lila claro.

Marie Prevost tiene una singular manía en ir vestida toda de blanco, menos cuando se casó, que se vistió de azul marino. También es bastante elegante.

Aileen Pringle tiene una señalada preferencia por el color gris claro. Es una elegante al estilo de nuestra Tórtola Valencia. Algo excéntrica.

Greta Nissen, con toda su alegría y buen carácter, elige siempre los colores azul claro y beige. Greta Nissen reúne siempre la elegancia y la sencillez, mostrándose enemiga de llamar la atención.

Greta Garbo demuestra preferir el azul eléctrico á ningún otro color.

Marion Davies adora el verde Nilo.

Corinne Griffith, que se ha quedado viuda tantas veces, adopta casi siempre el negro y el gris oscuro.

Lya de Putti dice que su color preferido es el

rubio ó tostado, y, efectivamente, siempre lleva este color.

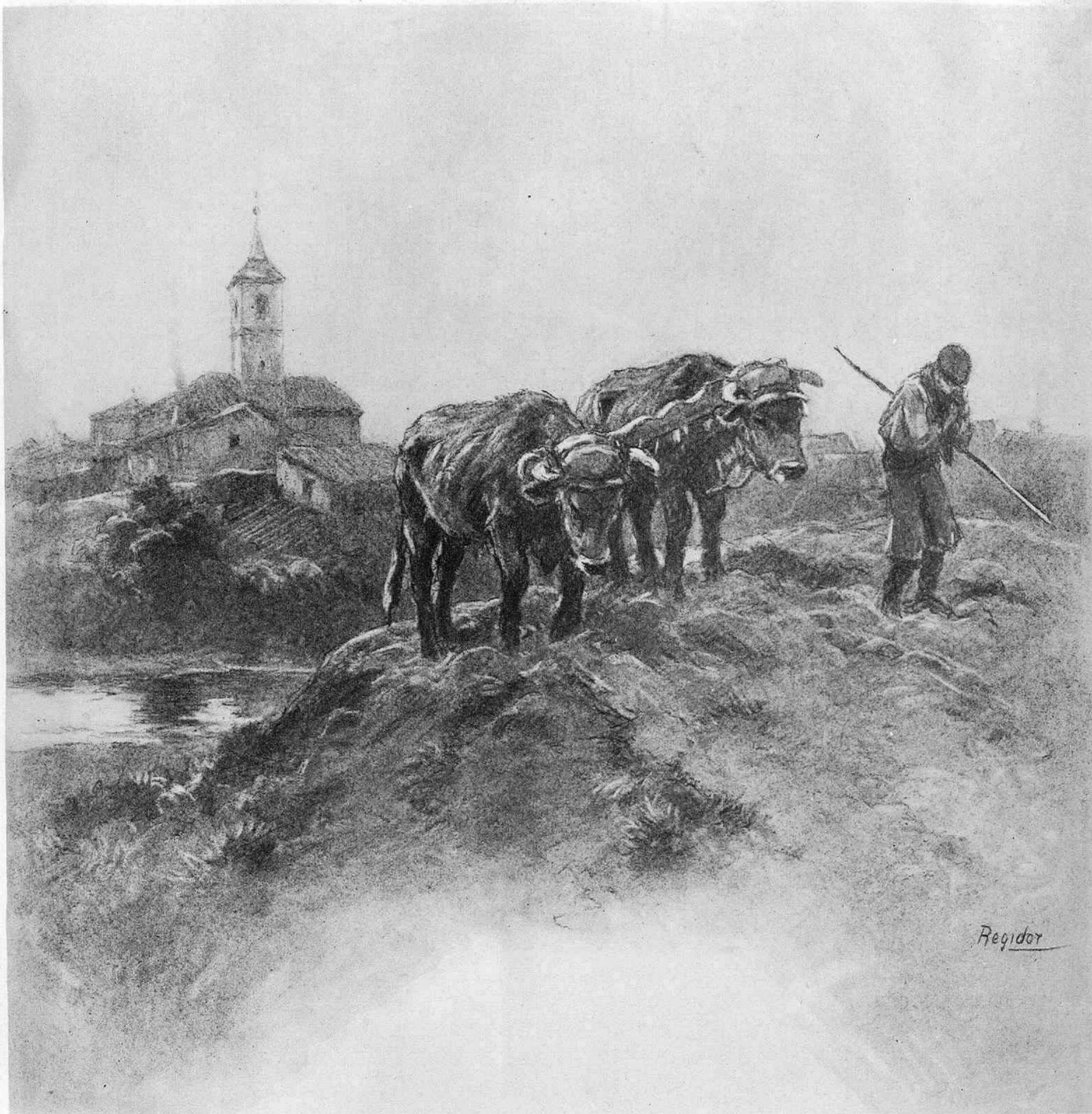
Gloria Swanson tiene sus preferencias por el color carne.

Pola Negri adora el lila, el azul y el verde.

Clara Bow dice que entre todos los colores le agrada el granate y rubí.

Dolores del Río casi siempre va entre blanco y negro. Son sus tonos preferidos.

Betty Compson declara sinceramente que su color preferido es el blanco, sobre todo si puede ser combinado con negro.



Regidor

SINFONÍA MATINAL

Se va dorando la aldea
y, como en un nacimiento,
el río es plata y cristal.
El viento
da su canción matinal.
Todo canta en coro,
todo se hace sonoro
al alba de oro,
y en cada casa, la chimenea
humea...
Despiertan los palomos;
en las tapias, los gatos enarcan los lomos.

Un mendigo
pasa;
en una casa
le dan un puñado de trigo.
—Dios se lo pague, hermano.
Un perro le ladra, furioso.
—Que el diablo te lleve—le dice me-
[droso—,
que el diablo te lleve, villano.
Los aldeanos,
curtidos de rostros y de manos,
van con los bueyes á sus trabajos.

Llaman á misa las campanas.
Van á misa las aldeanas,
y los rojos refajos
manchan de púrpura los caminos
que siguen los bueyes cansinos.
Y pían las divinas
golondrinas,
que arrancaron de la frente
doliente
del Galileo, las espinas.
VÍCTOR GABIRONDO
(Dibujo de Regidor)



CIUDADES DE ESPAÑA

ZARAGOZA

ENTRE las ciudades españolas cuyo presente es magnífico, pero cuyo porvenir es todavía más espléndido, se destaca en primera línea Zaragoza. Día a día se ven aumentar sus posibilidades. Una mejora engendra otra, y cada vez son más certeras las orientaciones de la gran ciudad y más amplias las perspectivas que se le ofrecen.

Hay una Zaragoza tradicional, literaria, hecha con notas de color y de tipismo. La jota, el baturro y el Pilar. La Zaragoza del dicho agudo y de la copla vibrante. Pero junto a esta Zaragoza de la tradición está la del progreso continuo, la atenta a toda inquietud de modernidad, la que se esfuerza en ser cada nuevo día mejor y más bella que el anterior.

De este modo la capital aragonesa es completa. Porque hay ciudades de tradición y de leyenda, pero de las cuales está ausente toda nota de vida actual, como si el tiempo se hubiera detenido allí. Y hay ciudades en que es intensa y vigorosa esta palpación actual, pero sin la sombra noble de lo pasado.

Los dos aspectos están fundidos íntimamente, como si en realidad fueran sólo dos caras de una misma cosa. Ayer y hoy, lo viejo y lo moderno, la tradición y el progreso, la evocación y el porvenir, se abrazan, apretadamente, en Zaragoza.

•••••

Las sombra augusta del Pilar tutela, tradicionalmente, á través de los siglos, la ciudad, la provincia, la región. La Virgen famosa tiene lámparas de fervor, perpetuamente encendidas, en los pechos y en los hogares de todos los ara-

goneses. En el triunfo, en el desaliento, en el combate, en la hora de dolor y en la de alegría, en el recuerdo y en la esperanza, esa llama que arde en las almas de Aragón no cesa de dar su luz generosa. Hace más intensa la alegría y dulcifica el dolor. En la ciudad y en el campo, el fervor adquiere cualidades apasionadas. Todos los anhelos, todos los ruegos del espíritu aragonés se prenden en esa imagen «que quiere ser capitana—de la tropa aragonesa».

En toda hora—de dolor ó de angustia—vívida por Aragón, esa fe por la Virgen famosa está presente, viva, alentadora. Es antorcha entre sombras, luz en el camino cerrado y oscuro. Basta—en confirmación de esto—un ejemplo, el más sangriento, el más admirable: el de los días de los Sitios, cuando el alma indomable de los aragoneses, sostenida por esa fe inextinguible, alcanzó las más altas cimas de heroísmo bajo el rojo sol de una lucha titánica...

•••••

Hay actualmente un tema que es capital en la vida y el porvenir de la ciudad: el próximo establecimiento de la Academia General Militar. Ante lo que muy pronto se convertirá en realidad, hay en Zaragoza un legítimo júbilo y una noble esperanza. Esa Academia General significará allí una nueva y enorme posibilidad de vida.

Múltiples son los factores que han aconsejado el establecimiento de la Academia en Zaragoza. Por una parte, la importancia de la ciudad, su ventajosísima situación geográfica, la gran facilidad de comunicaciones con toda España. Por otra, la incomparable situación de los terrenos

en que se establecerá la Academia. Por otra, finalmente, el valor espiritual, simbólico, que guarda la ciudad. Una Academia militar ha de ser crisol de virtudes cívicas y guerreras, ejemplario de nobleza y de heroísmo, forja de entereza y de amor patrio. Zaragoza, por su tradición gloriosísima, es el fondo ideal, el arca viva para una institución de esa clase. Sería pueril destacar ahora, porque está en el espíritu de todos los españoles, lo que significa en nuestra historia el nombre de la ciudad inmortal. Ella es una de las páginas más bellas, más significativas del breviario de heroísmo y de gloria que es nuestro pasado.

•••••

En cuanto equivale á mejora y á iniciativa, es justo destacar elogiosamente al alcalde actual de Zaragoza, D. Miguel Allué Salvador. Inteligencia, actividad, fervor por todo lo aragonés. He aquí las características de este hombre admirable, cuya gestión al frente de su Municipio está produciendo los más excelentes resultados. La ciudad recordará siempre con el mejor afecto la labor de su alcalde, cuidadoso siempre de cuanto significase engrandecimiento de la ciudad de sus amores.

Zaragoza es hoy—y en ello hay que atribuir una gran parte á hombres como éste, de espíritu y de fervor—una de las más bellas ciudades españolas. Con la doble belleza de sus reliquias de arte, de tradición y de fe, y de sus adelantos de ciudad muy actual.

GABRIEL ARACELI

(Fot. Gaspar)

NUESTROS DIBUJANTES

F E D E R I C O R I B A S

NINGÚN dibujante realiza el tipo de artista que soñó ser. O casi ninguno. Es una pregunta que suelo hacer á todos, al entrevistarme con ellos. «¿Es usted en arte lo que aspiró á ser?» Este soñaba con la escultura. Aquel con la pintura. El otro con un dibujo independiente, rebelde al gusto habitual de la muchedumbre.

Ribas también es un descontento. Pero su caso es más considerable. Es un descontento por partida doble. Ha soñado con dos formas de arte: la escultura y la pintura en su sector marinístico.

—A los diecisiete años—me dice—me fui á América, á Buenos Aires, después de un año de instrucción académica, aprendiendo escultura. La aspiración de mi niñez era ser escultor. Ahora, ya hombre, mi sueño irrealizado, y tal vez irrealizable, es ser pintor marinista. Soy un apasionado del mar. Pero, entiéndase, del mar en invierno. El mar en invierno es una cosa seria, una cosa muy grave. En verano es un cromó de un convencionalismo, de una friolidad irritantes. Y lo terrible es que el mar sólo es para mí abordable en verano. Todo el resto del año tengo que pasarlo necesariamente en Madrid, absorto en el formidable trabajo que sobre mí pesa. ¡Qué quiere usted! No somos lo que creemos ser, sino lo que los demás han decidido que seamos. Ya conoce usted mi clasificación, mi encasillamiento: «Ribas es un dibujante frívolo.» A nadie se le ocurre, pues, encargarme una marina. Además, ¡pobre de mí si me la encargaran en invierno! Como no fuera á inspirarme al estancó del Retiro... Recuerdo que en una ocasión... Exponía yo unas cuantas cosas en el Salón de Arte Moderno. Figuraban unas marinas entre ellas. Para mí eran lo más interesante de la Exposición. Por lo menos, lo que yo había hecho con más entusiasmo y con más cariño. Pues, nada, no se fijaba nadie en las dichas marinas. Las mujercitas, las frivolidades cabaretianas eran lo que constituían para el público lo verdaderamente interesante. Estoy por creer que esto de la clasificación es algo más grave, muchísimo más grave que el mar en invierno.

Estoy conversando con un hombre pequeñito, de ojos verde claros, ojos de mar, de ese mar tan deseado, como si en ellos se reflejase el que encierra Federico en su cabeza, contemplándolo constantemente, dentro de sí, como una obsesión, no sólo tolerable, sino confortadora...

Los labios de Ribas sonríen con una sonrisa auténtica, inmanente, no repentizada como fórmula elemental de cortesía. Lo que se dice, vaya, una sonrisa respetable, aboliendo esa impresión de interinidad, de máscara urbana, más aún, de mueble de tramoja, que hace tantas sonrisas despreciables. No es lo mismo un hombre sonriente que un hombre que sonrío. El primero ha adquirido legítimamente su derecho á encantarnos. El segundo se ha arrogado ilegalmente su derecho á humillarnos.

Como casi todos los compañeros de su promoción—¿quedamos, por fin, en lo de la generación de dibujantes 1905, vinculada á la gloriosa epifanía de LA ESFERA?—, como Penagos, Bartolozzi y otros, Federico Ribas ha pasado varios años en París.

—Mi estancia en Buenos Aires duró cinco años. Como fui allí á ganarme la vida, y no ha-

llaba un ambiente muy favorable para mis aspiraciones de escultor, derivé, tuve que derivar hacia el dibujo. De Buenos Aires me trasladé directamente á París. Ya había trabajado lo suficiente en mi nuevo arte para poder considerarme un profesional. Esto no quiere decir, claro, que ya por entonces dominara el dibujo. Por la sencilla razón de que no creo haberlo dominado todavía, ni me hago la ilusión de poder dominarlo nunca. Sinceramente, créame usted... Terminó

circle que constituyen una barrera casi infranqueable los valores consagrados. Publicaba usted, por ejemplo, un dibujo en *La Vie Parisienne*, y no era exagerada suposición figurarse á Kischner ó á Fabiano preguntando al director: «¿Esto qué es? Pero, ¿quién es este señor que publica aquí esto?» Kischner no era francés de nacionalidad. Pero, por su temperamento, por su manera, por su residencia, en fin, de muchos años, se le consideraba francés.

—¿Cuánto tiempo en París?...

—Cinco años. De allí á Madrid. Y aquí estamos. Una escapada de vez en cuando al Extranjero, para no envejecer prematuramente, para no quedarse atrás; una labor de doce horas diarias—excepto en verano, que no hago nada, absolutamente nada—, y una sordera inconmensurable para los señores iconoclastas de turno.

A cierta pregunta que nosotros ingenuamente hubiéramos preferido ver acogida, nos responde Federico Ribas con tanta prontitud como naturalidad.

—Me tienen completamente sin cuidado. ¿Qué dicen de mí? ¿Que soy superficial, que estoy demodé, que hay que hacer otras cosas, que hay que sentir más en hombre moderno? Se lo repito, Milla: jamás he sentido la preocupación de lo que puedan pensar de mí los que se consideran en arte más avanzados que yo. Esto no quiere decir que me desintere de la inquietud de las vanguardias. Pero una cosa es la vanguardia y otra los jovencitos vanguardistas. Indiscutiblemente, este no conformismo con las normas tradicionales, toda esta inquietud, esta ansiedad de búsqueda redundará en beneficio del arte. No se sabrá con exactitud qué es lo que se busca, pero algo quedará de todo este desasosiego. Ya mismo se están logrando cosas muy interesantes. Algunas, alemanas, he visto que no dejaban lugar á duda: aquello era arte de verdad. Y otras, también alemanas, tampoco dejaban lugar á duda: aquello era camelo puro.

Creo que es el cartel lo que más se presta á novedades y audacias. Admite perfectamente, por ejemplo, toda clase de estilizaciones de planos. Respecto á la pintura, soy un poco más conservador. No veo en ella tan fácil la posibilidad de abolir ciertos cánones. Ahora bien: de esta comprensión, de esta simpatía, más aún, de estas ansias renovadoras, á admitir desmesuradamente cuanto se cree al margen de las normas de siempre, cuanto se presente, sin

más título de libre circulación que el marchamo de modernidad; de una actitud á otra, amigo Milla, se abre un abismo. No. Ni lo tradicional por tradicional, ni lo moderno por moderno. Lo tradicional bueno y lo moderno bueno..., perfectamente, admitido. Estoy convencido que emboscándose en el estado de anarquía necesario á todo movimiento de vanguardia, andan por ahí ocultos muchos «señoritos» con falsa patente de artistas. Me comprometo á decir que un setenta por ciento, cuando menos, de los vanguardistas en dibujo no saben dibujar. No rectifico: el setenta por ciento.

¡Qué más quisiera yo sino que, de la noche á la mañana, se dejara de dibujar, terminantemente, radicalmente, como se ha dibujado hasta ahora y como se dibujará por los siglos de los siglos! Yo me enriquecería como por ensalmo.



un trabajo, y me parece siempre deplorable. Hasta el extremo de que jamás entrego ninguno yo mismo, por vergüenza, por miedo á una frase reprobatoria ó á un gesto desilusionado.

Le pregunto si colaboró en revistas francesas. No porque yo crea que el franco acceso á revistas nacionales ó extrañas supone un testimonio indiscutible de triunfo. Por el contrario, se me antoja que cierta asiduidad de esta índole, más que una victoria, atestigüa una forma moderada de claudicación. Pero, indiscutiblemente, el consenso general difiere de la acaso un poco extravagante y, sin acaso, modesta opinión del reportero.

—Colaboré en *Le Rive*, y me publicaron algunas cosas en *La Vie Parisienne*. Es muy difícil lograr una colaboración asidua en revistas extranjeras. De Francia, por lo menos, puedo de-

Porque, libre de preocupaciones, que considero fundamentales, sin más limitación que la ilimitada soberanía de mi capricho, yo dibujaría á una velocidad vertiginosa. Hablo de ilimitación refiriéndome á la libertad de hacer como á uno le venga en gana. No quiero decir con ello que el arte de vanguardia ofrezca—por lo menos hasta ahora—un campo amplísimo de posibilidades. Que yo sepa, se trata de unos cuantos efectos nuevos, de unas cuantas *trouvailles* en número muy reducido. Imponga usted á un «señorito» que se defiende con esos trucos, una tarea de dos dibujos diarios, y entonces hablaríamos. Acabaría por ser de una monotonía insportable. Recuerde usted esos brazos deliberadamente deformados de Lepape. No ve usted ya un dibujo de vanguardia sin unos brazos de Lepape. Está visto: uno inventa una cosa y todos los demás repiten el detalle inventado. ¿Y esto es una liberación? Yo, la verdad, creo que entre imitar á



Muy al contrario. Tan al contrario, que desearía ser rico para poder dedicarme al dibujo con la libertad é independencia de aquel ruso de París.

Suelen envidiar nuestros dibujantes las limitaciones, las especializaciones habituales en los artistas de otros países. En mis charlas con ellos les he oído lamentarse de la multiplicidad de temas que se ve obligado á desarrollar el dibujante español. Federico Ribas, al pronunciarse participante de la misma queja, ha sabido legitimarla con una justificación imprevista.

—No le quepa duda. Tenemos razón al enviar la suerte del dibujante especializado. Todo artista que vive de su arte—y, sobre todo, en mercados tan restringidos como el nuestro—tiene que conceder mucho al gusto de quien le hace

el encargo. Es, pues, muy lógico que quiera reservarse unas horas al día para realizar las obras que él se encarga á sí mismo; esto es, las obras en cuya realización no influirá más complacencia que la de complacer su propio gusto... El especializado en automóviles, al dominar el tema, dispondrá razonablemente de más tiempo y de más tranquilidad de espíritu para hacer la obra propia, la no encomendada, que el forzado que tiene que dibujar lo mismo un automóvil que una catedral ó que una escena suburbiana.

De acuerdo. Por la misma razón yo no escribo las comedias maravillosas que desearía escribir para gloria del teatro español, y, de camino, para honra y provecho del muy desgraciado señor Milla. Precisamente el día que charlé con Federico—por la tarde—redacté por la mañana dos fondos sobre la importancia de la «Petite Entente», y por la noche, un admirable artículo sobre la necesidad del bandoneón en la orquesta si se quiere bailar un voluptuoso tango argentino...

FERNANDO DE LA MILLA



la Naturaleza é imitar á Lepape, la elección no es dudosa...

—Tiene usted fama de gran trabajador.

—Yo creo que en ese sentido se me hace justicia. Trabajo doce horas diarias. Pero ya por costumbre. Aunque los encargos no me apremien, me quedo muchas noches en casa trabajando.

—¿Dibuja usted también sin un designio inmediato, por el solo placer de dibujar?

—A veces. No todas las veces que yo quisiera. Soy de opinión que el artista debe ser rico.

—Hay casos de sacrificios heroicos por el arte. El de Hebbel, por ejemplo...

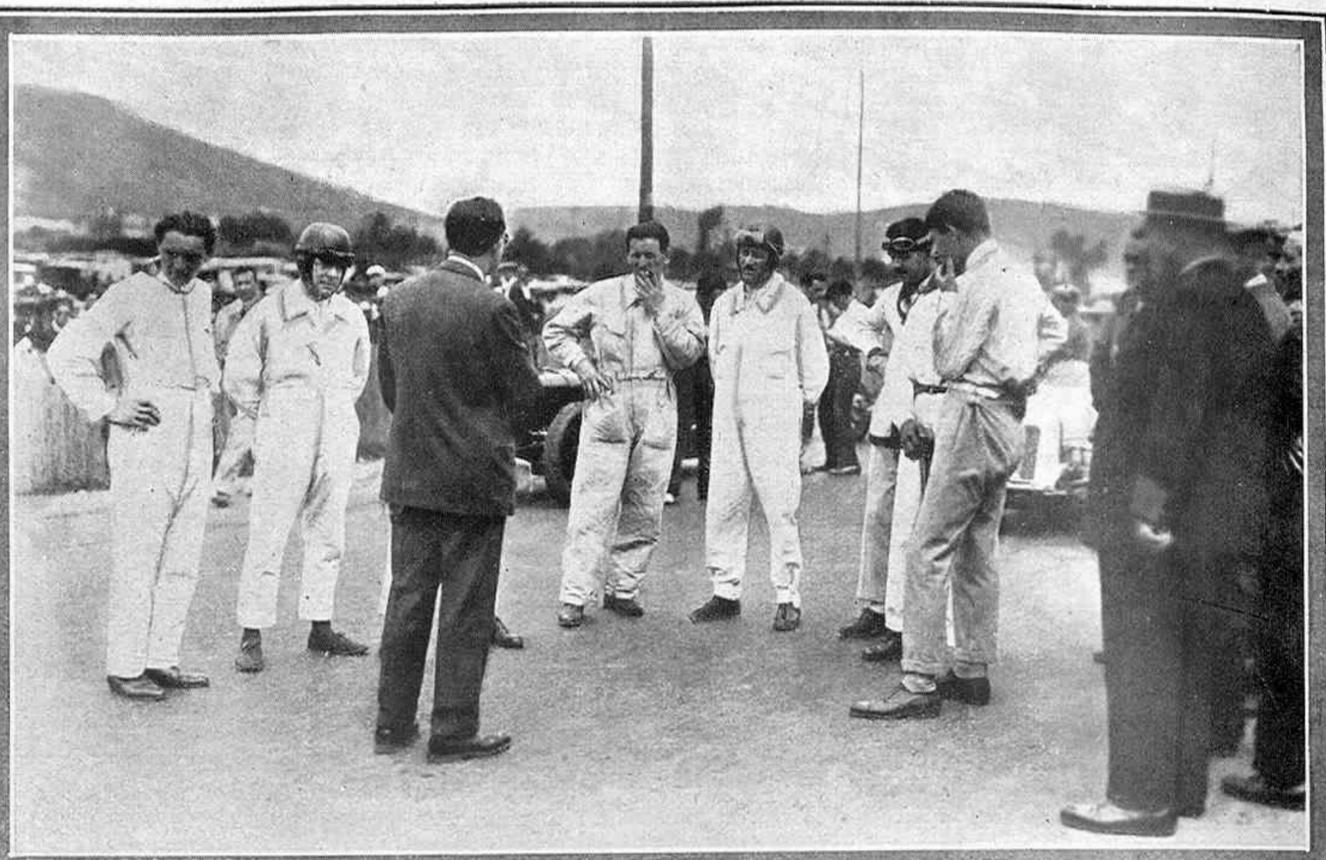
—Sí; pero no todos tenemos vocación de mártir. Yo he conocido un caso ejemplar de sacrificio. En París. Un ruso. Se ofendía cuando le hacían un encargo. No quería colaborar en revistas. Y se moría de hambre; pero ni aceptaba encargos ni colaboraba en periódicos. Con toda sinceridad, yo no soy así. Quizás ello dependa del concepto que se tenga del arte. Para algunos es una religión. Yo no creo que el arte tenga tanta importancia. Además, no comprendo la actitud del artista que se acerca al caballete con el deliberado propósito de hacer una obra magnífica. La obra resulta buena ó mala, con absoluta independencia de la calidad del propósito. Aunque quisiera ponerme á trabajar con tan formidable designio, no lo conseguiría. Había de impedírmelo el recuerdo de aquel periodista español que se sentaba en la mesa del café y anunciaba al coger la pluma para improvisar un artículo de fondo: «¡Bueno; lo siento mucho; pero voy á hacer polvo á Clemenceau!» No quiero insinuar con todo esto que para mí el dibujo significa exclusivamente una manera de ganarme la vida.

(Fot. Díaz Casariego)

DEL CIRCUITO AUTOMOVILISTA DE SAN SEBASTIÁN

CUANDO escribimos estas líneas ya se han celebrado las tres carreras anunciadas en el circuito de Lasarte, organizadas por el R. A. C. G.; y más que una nota de actualidad, ofrecemos á nuestros lectores un comentario de dichas tres pruebas y un resumen general de las mismas.

El Gran Premio de San Sebastián reunía varias marcas á la salida; pero desde el primer momento eran los Bugatti, justificadamente, los favoritos, teniendo descontado el triunfo, que consiguieron en forma rotunda, entrando tres coches con escasa diferencia de tiempo en los primeros puestos. Claro que los Bugatti, sin competencia posible, hubieran podido hacer una carrera de conservación; pero sus corredores, dando una prueba de gran deportividad, entablaron entre sí un ver-



Los corredores que tomaron parte en el Gran Premio de España oyendo las instrucciones de un Comisario momentos antes de empezar la carrera



El gran corredor Materassi, al que un grav accidente cortó la carrera que le llevaba al triunfo, y del que milagrosamente salió ileso

dadero duelo, haciendo alarde de sus excepcionales dotes de conductores.

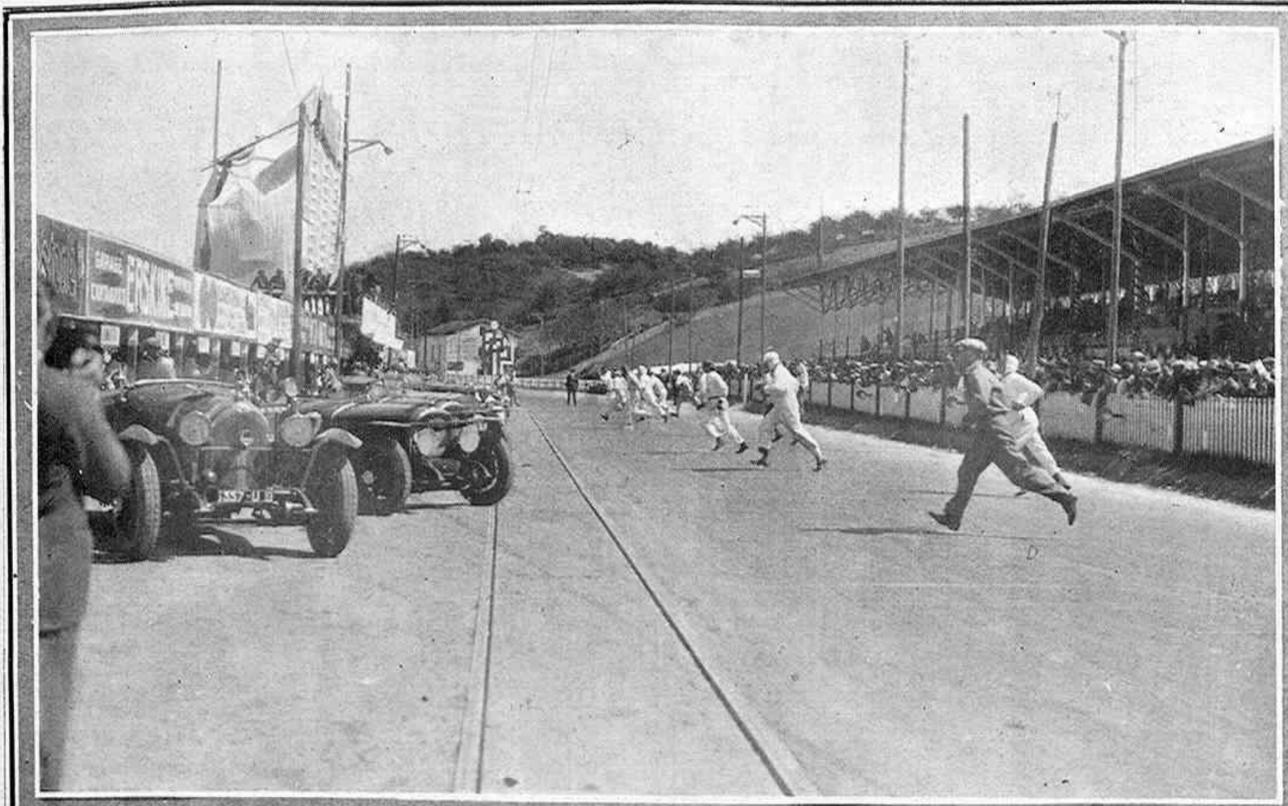
Materassi, el gran vencedor de la Targa Florio, era el que desde el primer momento nos dió la sensación de mayor arrojo, tomando los virajes á una velocidad fantástica y de una forma impresionante; y así logró el record de la vuelta en 7 minutos 26 segundos, á una velocidad media de 139,760 kilómetros por hora, y terminó la carrera, cerca de 700 kilómetros, en 5 horas 28 minutos 9 segundos, á una velocidad de 125,200 kilómetros por hora. Cuatro minutos después entraba Dubonet, y después Conelli, á 12 minutos del vencedor.

El Criterium de las XII horas, que tan alto interés podía haber ofrecido, careció de él, á causa del escaso número de participantes y la falta de competencia dentro de cada categoría.

Vencedor absoluto de la prueba fué el coche conducido por Rost y Lehoux, que alternaron en el volante y cubrieron en



S. A. el Príncipe de Asturias, durante el «pesage», examina el magnífico coche propiedad del famoso constructor Mr. Bugatti, al que S. M. el Rey ha encargado le fabrique uno igual (Fots. Tort y Foto-Carte)



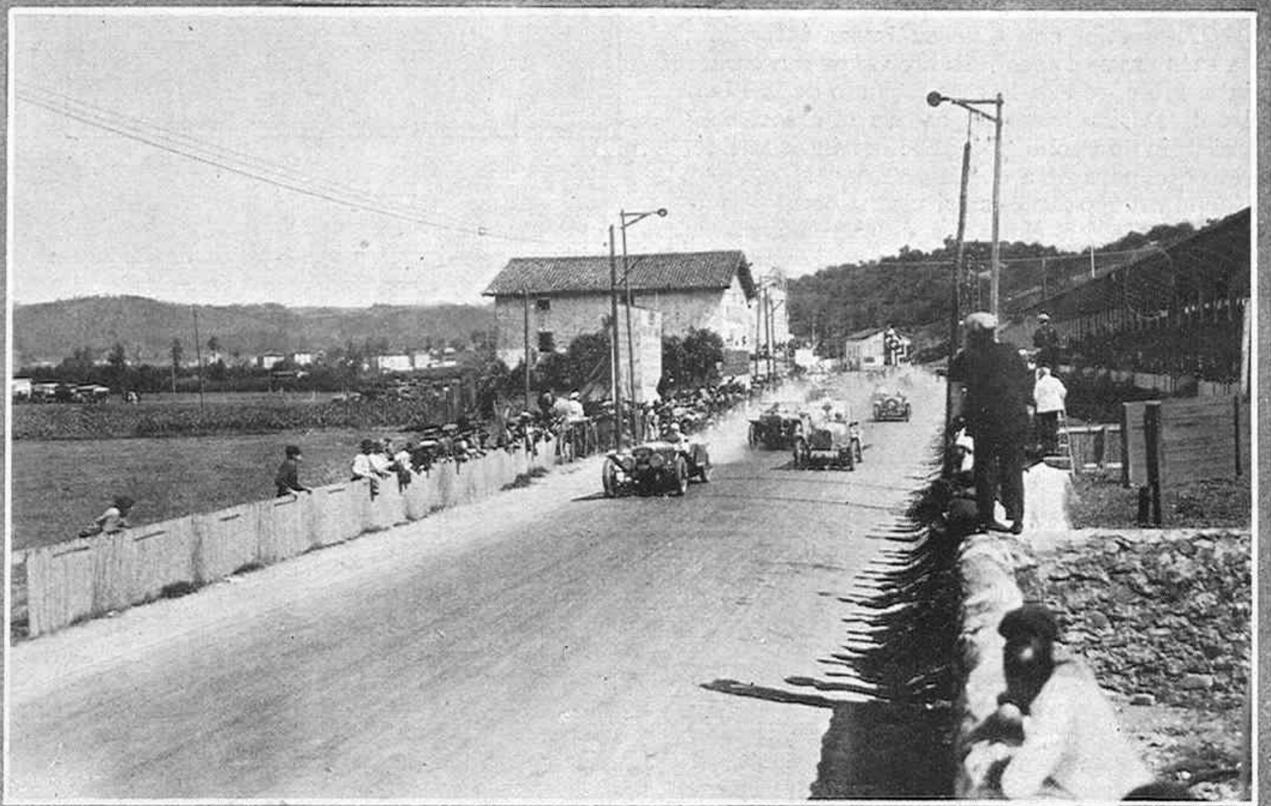
En el momento de darse la señal de salida, los corredores se precipitan á sus coches para emprender la carrera de las XII horas

se concentró en los corredores Materassi, gran favorito, y Benoist, que entablaron una lucha emocionante, destacándose netamente del resto de los corredores.

Al principio, Benoist en cabeza, á un tren fantástico, fué atacado por Materassi, que en la vuelta 23 logra tomar el mando de la carrera y ocupar el primer puesto, en el que á su vez le ataca Benoist, que logra acortar la distancia y ponerse á cuatro segundos de Materassi.

Este, que ya había dado un derrapazo que le costó destrozar la cola de su coche, en la vuelta 31, cuando sólo le faltaban nueve para terminar, tiene la desgracia de que se le estrelle el coche contra un muro, cuando iba á una velocidad de más de 150 kilómetros por hora, de cuyo accidente resultó milagrosamente ileso.

Desde este momento la carrera perdió todo su interés. Benoist, seguro vencedor,



Los participantes en el Gran Criterium Internacional de las XII horas al tomar la salida

y la mejor demostración de ello es que no acuden á disputarlas.

Acaso se lograría despertar de nuevo el interés por las carreras y reunir un número grande de participantes, buscando una fórmula para coches de verdadero turismo, y á las que pudieran concurrir los verdaderos *amateurs* con probabilidades de ganar.

De seguro no se lograrían esas velocidades que al ser anunciadas por el altavoz, levantan exclamaciones de admiración; pero, en cambio, habría el interés personal por los corredores.

La organización de esa clase de pruebas precisa un gasto infinitamente menor y, por lo tanto, mayor posibilidad de éxito. El R. A. C. de G., que ha demostrado que puede hacer cosas, sobre todo en sus primeras actuaciones, acaso recoja esta indicación, y en años sucesivos incluya en su programa esas pruebas de aficionados, con lo que les prestaría un interés nacional, ya que, por lo menos, los conductores serían españoles.

L L L L

ANTONIO GAY

El coche núm. 12, conducido por Rost, vencedor absoluto de las XII Horas, en plena carrera (Fots. Foto-Caste)



EL DERECHO AL AMOR

Beethoven y otros genios é ingenios contra la Eugenesia

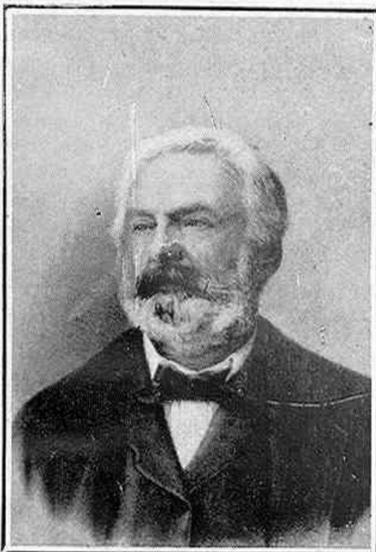
La mejor prueba de lo valioso de la célebre conferencia del Dr. Marañón está en las numerosas contradicciones que sugiere, además de las que él mismo deslizó durante ella. Ya dijo Zola que obra discutida es obra que vale.

No obstante la brevedad de *Amor, Conveniencia y Eugenesia*, se podría hablar muchos días rebatiéndole afirmaciones, no sólo en nombre de la moral, que, por parecerles entelequia, á bastantes espíritus tiene sin cuidado, ni de la poesía de la vida, esencia imprescindible sin la cual la realidad sería una desolación infernal, sino hasta en nombre de la sociedad, y desde luego y sobre todo—pues desde luego y sobre todo debe estar—en nombre de la sagrada integridad de la individualidad humana, para mermar y menoscabar la cual no pasa día sin inventar algo. Con achaque de conveniencia colectiva van surgiendo dictaduras no sólo en distintos países; pero en distintos sectores de la sociedad ese ídolo que todo se lo exige al individuo á cambio de problemáticas ventajas y de seguras incomodidades y vejaciones.

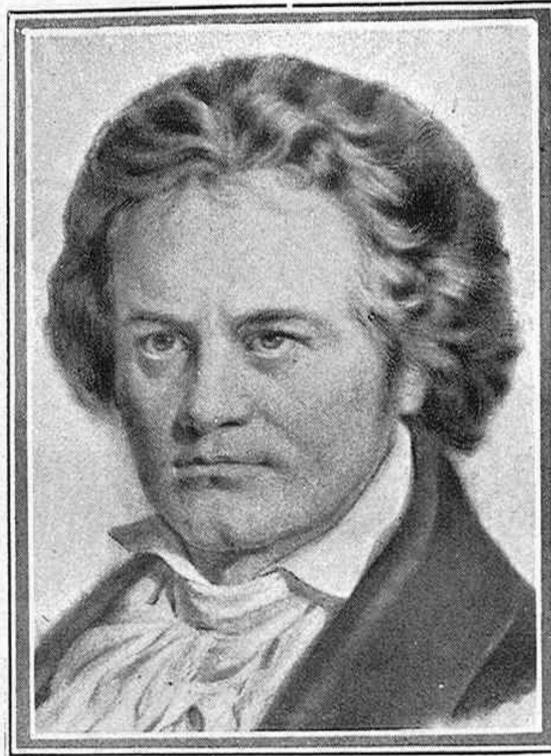
La Eugenesia, con toda su buena intención, es la más grave é insopertable tentativa contra lo intangible, contra lo más sagrado de la libertad del espíritu humano: contra el amor, contra el único derecho que debe ser indiscutible, puesto que para otra cosa no se nace.

No comprendo cómo espíritu tan liberal y mentalidad tan culta como los del Dr. Marañón, arrastrados por el ardor científico, se hayan alistado entre sus paladines, siquiera lo haya hecho en una bella y graciosa disertación donde los rasgos de humorismo escéptico, propios de su gran talento, tienen mayor fuerza disuasiva que de persuasión los argumentos parciales. Así, cuando afirma que en todas estas cuestiones «el amor será siempre quien diga la última palabra»; cuando sostiene del hombre que renuncia al amor y á la paternidad, en evitación de una prole enfermiza y doliente, que es «un caso esporádico y excepcional de pureza de conciencia», ó «simple neurasténico lindante con la patología».

Desde luego, yo no me alarmo, como el insigne Cristóbal de Castro—cuya finura sentimental y espiritual se ha rebelado contra la inducción—de que haya aconsejado á las jóvenes elegir para reproductor y mejorante de su propia casta, al varón más fuerte, al de mejor traza de apto para vencer en la lucha por la vida. Si no se lo aconsejasen sus progenitores no lo pensarían como lo piensan igualmente todos. Escudriñese si no en el tesoro de ilusiones de cualquier niña y se hallará que sueña un vencedor cuajado ó en canuto. No haya cuidado por eso. Más tarde, el amor, esa fuerza cósmica, elemental, fatal, á la cual ningún mortal puede resistir según la demostración de un gran dramaturgo contemporáneo, Stanislas Przbyszewski, llama á las puertas del alma femenina, y le impone el apareamiento—término de expresión obligado tratándose de Eugenesia, aunque parezca más propio de zootecnia—y la que creyó llevar dentro palacios para albergar príncipes, se da con un canto en los dientes al hallarse en su



VICTOR HUGO



BEETHOVEN

interior un zaquizamí para alojar un desdichado, y si no lo logra, se desespera y sufre, á pesar de todos los defectos y deformidades físicos y morales del varón apetecido. Y la infeliz que nosintió abrasarse el alma en la llama divina del amor, como los vencedores son menos que los vencidos, cuando no puede atrapar un hombre del *standard* de los primeros, apencha con uno tarado con todos los estigmas de los segundos, antes que quedarse para vestir imágenes, pese á inducciones ajenas y á deseos propios. Y otro tanto puede decirse de nosotros, varones: ¿quién no soñó una princesa para regir el hogar de su ilusión? Pues luego el amor—ó su espejismo, á quien le fue negado aquel don—no le llevó á conquistar una, y menos mal cual no haya que avergonzarse de la condición de la fémina conseguida.

En cambio, no puedo ocultar mi sorpresa ante la afirmación de que las uniones «de mujer pobre y hombre rico son con frecuencia felicísimas». Me extraña en labios de un hombre de mundo y de ciencia. Precisamente no hay que ser muy mundano para saber que nele ocurrir todo lo contrario cuando el esposo no es un rico improvisado ó hecho de prisa. Cuando lo es; cuando recién salido de la pobreza se casa con mujer pobre, allá se va con ella en cuanto á educación, ideas y sentimientos, y no hay temor á infelicidad por discrepancias. Mas en los matrimonios compuestos de hombre rico de casta, ó, por su carrera, espíritu cultivado, en fin, y mujer pobre—me refiero á mujer pobre de bienes de fortuna y de educación—, lo corriente es la infelicidad de ambos cónyuges. En unos, la falta de educación de la esposa se traduce en infinitas ridiculeces en el trato social—y nada hay que mate tan pronto el amor y la admiración, y en aquél hay mucho de ésta: el ridículo—que ruborizan al marido hasta amenguarle el ánimo; en otros, en indelicadezas insopertables en la intimidad conyugal, y siempre, mal que pese á los pregoneros de la igualdad ante el amor—el falso y viejo tópico—, la diferencia de gustos, ideas, modales, sentimientos, inclinaciones, es vivero de desdicha, si ella es inteligente, y cuando no también, porque caída de los ojos viriles la venda del amor, pasada la luna de miel, hasta la coincidencia, *en todo*, con la esposa asusta y avergüenza al marido... al ver que la tal coincidencia obedece precisamente á no haber *nada* en la cabecita que idealizó, á hallarse ante un caso de mimetismo inconsciente, algo así como un mono que razonara con la cabeza de su dueño,

un caso de falta de mentalidad. De todos modos, pensado de buena fe, es de alabar la valentía del eminente doctor al decirlo en público, sin temor á que se aleje la clientela aristocrática, enemiga de *mésalliances*, disgustada de que se les muestre á sus retoños grandes probabilidades—en las que ella no cree—de posar la dicha conyugal en las capas inferiores de la sociedad. En las que no cree ella, y, científicamente, con razón. Mi sorpresa de que un hombre de ciencia—y de verdadero prestigio—crea compatible la Eugenesia con el matrimonio de hombre rico con mujer pobre, se debe á recordar los estudios del profesor de la Universidad de Lausana, Alfredo Nicéforo: la *Antropología de las razas pobres*. Esta nueva ciencia estudia, en vez de la miseria, como se hizo hasta ahora, el menesteroso, como la antropología criminal estudia, en lugar del delito, el delincuente. De sus investigaciones se desprende que dentro de una raza se dan otras, no sólo distintas, sino abiertamente opuestas: la de los ricos y la de los pobres. Ya Tocqueville había descubierto que las clases de la sociedad constituyen otras tantas naciones diferentes.

Los estudios del sabio antropólogo, después de demostrar la inferioridad de las razas pobres—por el examen desde el esqueleto y la fisonomía hasta de la psicología, etc.—, destruye la antigua creencia de que las formas más puras é intactas de la belleza física se conserven en las últimas clases sociales; y hasta tal punto no cree en la belleza del individuo pobre, que la llama verdadero lujo de la miseria. Así se explica la rapidez con que se marchita la belleza de la mujer de baja extracción. Bien es verdad que, según el propio antropólogo, llegan á la pubertad uno ó dos años antes que las de casta bien acomodada; por algo el pueblo tiene su refrán pertinente al caso: «cada oveja, con su pareja». Resulta, pues, y de ahí mi sorpresa, que, científicamente, una mujer pobre, con su organismo depauperado por siglos de miseria en su casta, aunque la depauperación se oculte bajo una belleza y una lozanía fugaces, propias de la juventud—no hay quince años feos para el adagio vulgar—, no debería ser apta para un matrimonio eugenésico. Se explica, pues, científicamente la instintiva aversión de la sangre azul á admitir inyecciones de roja.

La Eugenesia, pese á la buena intención de sus apóstoles—y también, podría añadirse, á su insensibilidad para el dolor individual *vivo* por evitar el aun *non nato*, el que pueda nacer—, sobre tener algo del chusco horror de Juana la lista, la protagonista del gracioso cuento infantil, sería además impuesta por la ley, coronación y remate de todas las injusticias y de todas las iniquidades sociales, si no fuera también contraria al verdadero interés social, aunque parezca una humorada ó una paradoja.

Como mis hijos, gracias á Dios, no podrán maldecirme por taras fisiológicas que por lo que se llama culpa propia les legue, puedo con absoluta despreocupación gritar á quienes las hayan heredado ó las hereden: «¡No tenéis derecho á maldecir á vuestros padres, porque esa maldita herencia no fué culpa su-



ALFREDO DE MUSSET

ya, sino de los abandonos, los descuidos, la ignorancia, y hasta de las iniquidades del régimen social en que vivieron ellos y vivís vosotros. Hartos castigo—sin culpa, que es lo más triste—y dolor muérdenles ante el vuestro y ante vuestras lacerías. ¡Cuánto dieran ellos por el placer de contemplar sanos y alegres á sus vástagos!... Con el mismo derecho podrían maldecir á sus padres los hijos de los pobres por haberlos traído solamente á sufrir miserias y humillaciones.» Después de todo, allá allá se van en tristeza, la enfermedad y la miseria. Por eso, ante la proposición de una ley que prohibiera el amor y la paternidad á quien sintiese sus impulsos, por graves que fueran sus taras fisiológicas ó constitucionales, no es solamente la moral quien «se cubre horrorizada la cara con el manto», ni el sentimiento, sino el más elemental raciocinio de justicia y de equidad. Sería como crear una ley penal con efecto retroactivo. Aun más cruel que prohibir ambas me parece la de prohibir la paternidad. ¿Cómo negar á un matrimonio un sentimiento tan natural y tan exquisito? Y cuanto más enamorado, más cruel la negación. Como se desea, en los primeros tiempos del amor, la satisfacción del sexo una vez lograda, se apetece llenar su vacío con los hijos. Y aun más que por llenarlo, dijérase que fundidos y compenetrados los espíritus, necesitan encarnar aquella fusión en otro ú otros seres que sean carne y alma de aquella pasión. ¿Ignoran los médicos acaso la tristeza, la infelicidad y hasta las enfermedades que corroen á los matrimonios aciéscidos? ¡Misericordia inmisericordiosa la de la Eugenesia! Si, por consideración á los hijos que hubieran de nacer, es decir, á lo meramente posible, se hubiera de sacrificar al individuo capaz de traerlos á este mundo, ó sea á lo real, los ginecólogos, ante un alumbramiento peligroso, acudirían á salvar á la criatura antes que á la parturienta, y hacen todo lo contrario. Menos cruel que la Eugenesia sería la antigua costumbre china de arrojar á un muladar los hijos deformes ó enfermos. Después de todo, bien mirado á la luz de la ciencia, un recién nacido apenas si posee sensibilidad. Y, sin embargo, el sentimiento paterno se rebelaría contra tal impiedad, horrorizado. Se ama á los hijos como sean: bellos ó feos, buenos ó malos, sanos ó enfermos. Un padre no es el ganadero que desecha en seguida para el consumo la criatura que no nazca con una buena estampa ó con arreglo á un *standard*.

Si al menos la Eugenesia ofreciera garantías de eficacia... Figurémonos realizado el más cabal matrimonio eugenésico. ¿Y después? La carestía y la adulteración de los alimentos; lo caro y lo antihigiénico de las viviendas; las mil dificultades y privaciones de la lucha por la vida, y otras circunstancias, desde el salto atrás hasta las imponderables, ¿no depauperarían aquellos organismos y no podrían dar origen á degenerados, enfermos y anormales? Como se ve, antes que este problema de la Eugenesia han de resolverse otros muchos sociales, clave del mejoramiento del individuo y de la especie humanos. Y aun así... ¿No le ha ocurrido aún al doctor Maraño en su colmenar—según mis noticias, es, como yo, aficionado á la apicultura en sus escasos ratos de ocio—que, no obstante lo riguroso, y podría llamarse eugenésico, de la selección de pretendientes á la boda, con la reina de la colmena, de pronto en una y sin que se sepa la causa, degenerar la descendencia hasta la extinción completa del enjambre y el vacío de la casa de la miel?

Y luego, ¿le conviene verdaderamente á la sociedad, tal como está hoy organizada, la perfección corporal y mental de las nuevas generaciones, la desaparición de todos los degenerados—legión innumerable hoy—, llegar á producir solamente seres humanos cabales y perfectos? Si todos fuéramos igualmente inteligentes, sanos y fuertes, el tipo ideal eugenésico..., antes de un siglo media sociedad civilizada habría devorado á la otra, y el resto volvería á la época de las cavernas, á la vida ancestral de la selva. Sería horrible la lucha por la vida. Precisamente esta sociedad se mantiene en pie por la desigualdad física y moral de todos sus componentes, que á unos da la superioridad para dominar y



GOETHE

utilizar en su beneficio á los demás, á los «normales», que constituyen la mayoría. No se crea por eso que normal quiere decir perfecto. Hay una anécdota del gran humorista inglés Bernard Shaw que explica mejor su significado. Fué á ver á un oculista para que le reconociese.

—Tiene usted una vista normal—le dijo el médico después del reconocimiento.

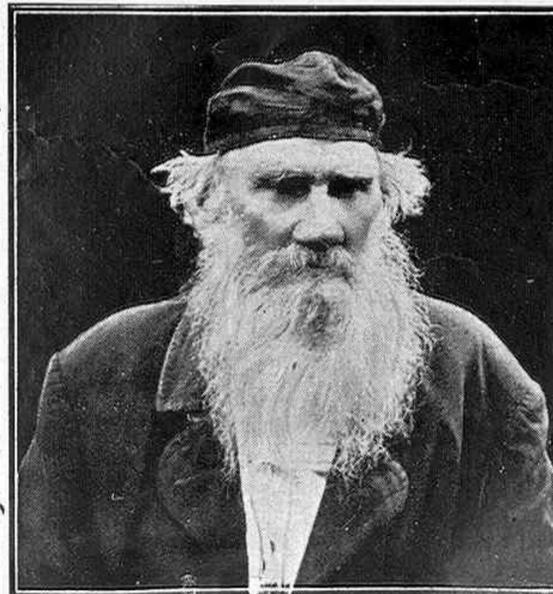
—Pues me extraña—replicó Shaw—, porque yo veo las cosas de distinto modo que los demás.

—¡Ah!—exclamó el oculista—, es que una vista normal la poseen pocas personas.

Véase, pues, cómo lo que se llama en sociología normal es todo lo contrario de la normalidad. La sociedad necesita, para subsistir, muchedumbre de seres sumisos, bien hallados con todo, hasta con su propio sacrificio por el bienestar ajeno, y con el dolor y la miseria propios; que no molesten con ninguna rebeldía; seres precisamente así, por su imperfección física y mental, y de ellos apetece descendencia, aunque ella traiga aparejado el fin del mundo que profetiza un personaje de mi novela *La Libertadora*: ¡por imbecilidad universal!

Por eso me parece la Eugenesia una entelequia y una crueldad innecesaria por ineficaz. Si ella hubiera de mediar rigurosamente en la concertación de matrimonios, acabaría por no hallar contrayentes.

Aun cuando ofreciese aquellas garantías, y á un régimen social como el presente le conviniera, en verdad, la suicida producción de generaciones cada vez más perfectas de cuerpo y de alma, de seres realmente normales, quedaría por considerar otro aspecto de aquella conveniencia, y sería muy arduo pronunciarse en favor de la Eugenesia. ¿No necesita la sociedad de otra clase de anormales? Voy á mentar unos cuantos, menos de los que podría, porque escribo en los



LEON TOLSTOY

Pirineos, á seiscientos kilómetros de mi biblioteca y de mi archivo, y con una memoria nada oportuna.

Goethe, de quien, pese á su fama de genio sano por excelencia, los estudios de Moebius, Max Seiling y Han, nos descubren una psicopatología inesperada, una neurosis que, complicada con los abusos de Venus y de Baco, y el exceso de labor, le llevaron al extremo de sufrir el fenómeno de la autoscopia externa, consistente en ver ante sí su propia imagen. Alfredo de Musset, alcohólico, como Hoffman y Edgar Poe, y que también padeció aquel fenómeno, gracias al cual pudo darnos luego su bella obra *La Nuit de Décembre*. Guy de Maupassant, alcohólico, cocainómano, morfínmano y, finalmente, víctima del *hachisch*, que también padeció la autoscopia y enloqueció al fin de sus días; pero que, gracias á sus alucinaciones, dió obras maestras, como *El Horla*, *El Hambre*, *Magnetismo*, *¿Quién sabe?*, *El miedo*, *El, Sobre el agua*; Augusto Comte, Schumann, Swift, Hugo Wolf, G. de Nerval, que murieron locos los cinco. Flaubert y Dostoiewsky, epilépticos. Mme. de Stael, William Wilberfoce, Coleridge, Baudelaire, Jean Lorrain, Tomás de Quincey, eterómanos, sobre todo el último, que, merced á su vicio, pudo crear su admirable obra la *Confesión de un inglés aficionado al opio*. Glatigny y Verlaine, neuróticos impulsivos. Neuróticos, en mayor ó menor grado, como Víctor Hugo de enfermizo orgullo; Schiller—tísico, además—, que no podía componer sus versos sin aspirar el olor de unas manzanas podridas que guardaba en un cajón; Bossuet, que para laborar se encerraba en una cámara *fría* y se envolvía la cabeza con lienzos *calientes*; Montesquieu, que trabajando pataleaba como un caballo; Ampère, que meditando se paseaba agitándose convulsivamente; Tolstoy, que de joven, en presencia de las tres hijas del Dr. Berce, se prendía súbitamente de la mayor, se enamora en seguida de la segunda y acaba por guillarse por la menor, cosa nada extraña en quien á los ocho años, sintiendo deseos de volar, abrió una ventana y, sin vacilar, se arrojó de cabeza al espacio desde una altura de cinco metros. Tuberculosos como Mozart, Millevoje, el ya mentado Schiller, Schubert, Chopin, Mérimée, Rachel, Tchecov, Watteau, Van-Dyck, Rafael, Rosales...

A anormales así, que tal vez—y en muchos, seguramente—por su anormalidad han creado obras admirables que son deleite, enseñanza y orgullo de la Humanidad, ¡á *Esos!* genios é ingenios que son la sal de la vida, ¿podría negárseles las dulzuras del amor y de la paternidad por temor á una descendencia patológica?

Pero, ¿es que de una descendencia patológica solamente puede esperarse males y desdichas para la sociedad?

No es que yo crea que solamente los anormales pueden producir obras maestras. Son numerosos los hombres célebres que al genio ó al ingenio unieron una envidiable sanidad corporal, Leonardo de Vinci, por ejemplo..., mientras no salga algún espíritu perspicaz estudiándole como á Goethe.

Pero se da la casualidad de que el más grande músico que ha existido—por su obra y por su influencia en la ajena—ha sido Beethoven.

¡Y Beethoven fué hijo de un alcohólico y una tísica!...

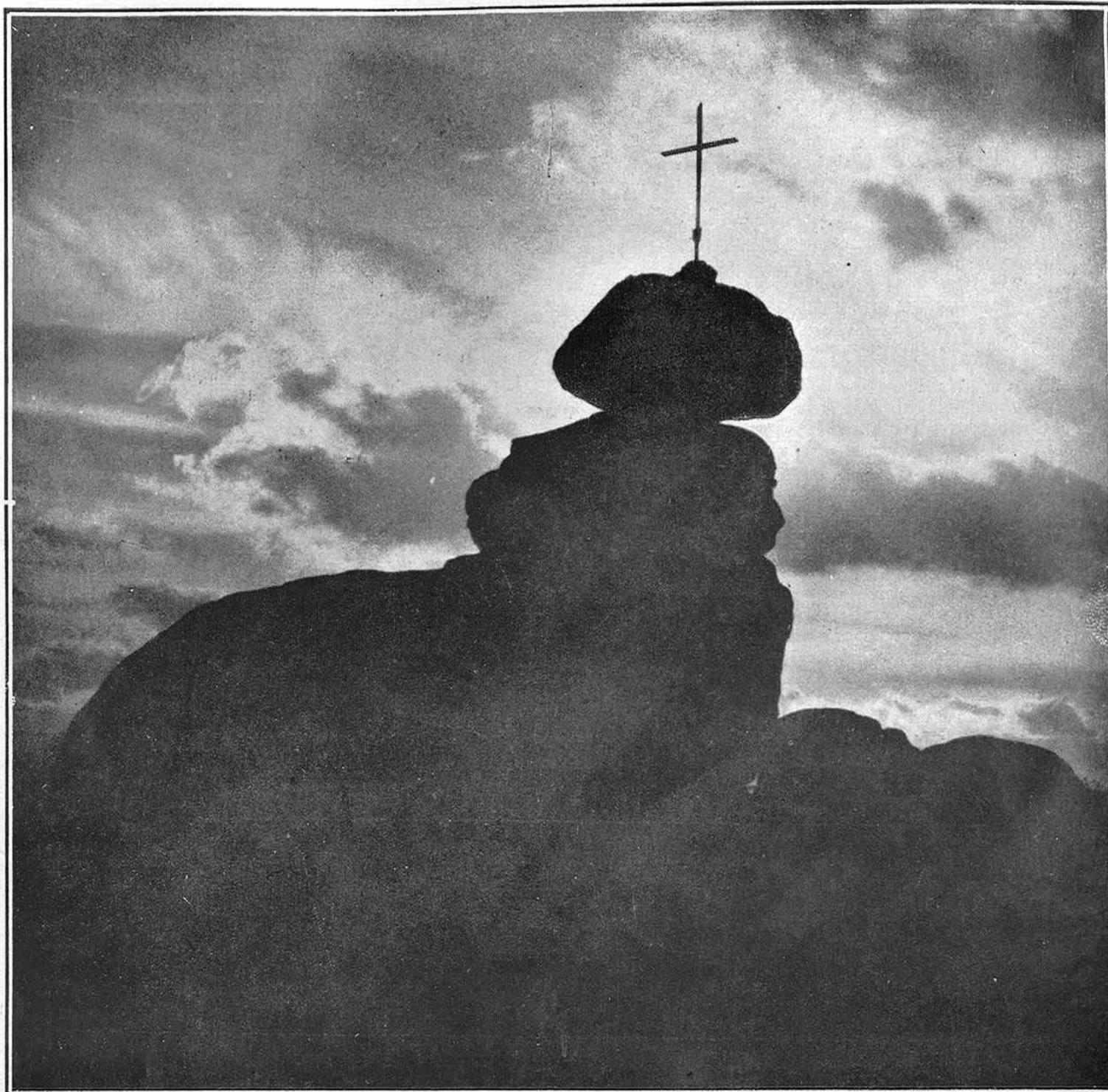
Si la Eugenesia hubiese prohibido el matrimonio de estos dos enfermos, habría impedido el nacimiento del más glorioso de la música...

Y ante el pensamiento de que pudiera ocurrir eso, se pronuncia uno con toda el alma contra la Eugenesia.

Por muchas desdichas que acarrear á la Humanidad todos los hijos de individuos patológicos, no valen nada ni pueden pesar nada ante la *Novena Sinfonía* solamente, creación de un individuo patológico, de un anormal por herencia precisamente; es decir, por todo lo que quiere evitar la Eugenesia.

ENRIQUE GONZALEZ FIOLE

LA FE CLARIVIDENTE



Avila.—La Peña de la Cruz

DE tierra de santos, de Avila, la parda, la conventual, nos vienen las nuevas del milagro.

En un convento había una monja paralítica, desde hacía dos lustros, declarada incurable por la vanidosa ciencia de los hombres. Días pasados, la comunidad celebraba el Triduo á la Virgen de la Medalla milagrosa. Antes de finar la ceremonia, la monja paralítica saltó ágilmente de la cama, gritando y dando calurosos abrazos á sus hermanas de clausura.

Las campanas del convento voltearon alegres y pascuales. Respondieron las campanas lejanas, las solemnes y las ingenuas, las de amplias haldas de bronce, como guardainfantes pomposos; las limpias y argentinas como sonerías de cristal, de las ermitas y de los conventos. El carrilón triunfal llenó los aires, mientras la nueva del milagro iba de alma en alma, con la gracia de una mística paloma.

—¡Milagro! ¡Milagro!

Las mozas castellanas de cara tostada y ojos negros y visionarios; las viejas como sarmientos, rezadoras y parloteras; los clérigos que pasean junto á la efigie de Santa Teresa, la dulce doctora; los graves catedráticos enchisterados aún, y los cortidos menestrales; toda la vida provinciana aspiró un momento el aroma ingenuo y primitivo del milagro.

—¿Qué dirán ahora los herejes, los librepensadores? —exclamaban los socios del Casino

Conservador, frotándose alegremente las manos.

En todas las provincias hay unos cuantos hombres terribles que desconfían de los milagros de los santos, mientras dan fuertes golpes con las fichas del dominó. Así, pues, en el Casino Republicano se sospechó que el prodigio era una añagaza clerical.

—¿Cómo va á ser eso verdad, si la ciencia dijo que el mal de la monja era incurable?—y al decir *la ciencia* se inflaron solemnes los carrillos del orador—¡Llevo veinte en bastos!

Y los inquisidores rojos siguen jugando al tute, mientras los inquisidores negros continúan jugando al tresillo en el casino de enfrente.

Afortunadamente, ninguno tiene ya poder para encender hogueras.

A pesar de los cleróforos, el hecho maravilloso ha sido comprobado. ¿Cómo explicar satisfactoriamente que una paralítica recobre el uso de la palabra y de los movimientos? Sin duda, se trata de un milagro, de un milagro de la fe, que es fuerza espiritual. No es el primer caso. La Virgen de Lourdes ha sanado á muchos enfermos que fueron al santuario con verdadera exaltación mística, con intensa voluntad de curar.

Un médico acaso nos diga que era una paraplégia histérica lo que padecía la monja. La definición será acertada; pero la monja, para curarse, ha prescindido de los médicos y ha acudido á los resortes maravillosos de la imagina-

ción y de la fuerza psíquica. Todas las enfermedades que se curan milagrosamente tienen su origen en ese laberinto físico y moral que se llama histeria, por darle un nombre cualquiera... Esta enfermedad abstrusa es la antigua diablesa, que hablaba por la boca espumosa de los exorcisados, la sibila que predice lo porvenir y la bruja espantable que ajetreaba á los cuadrilleros del verde pendón. Y esta diabólica é invisible tirana tiene su nidal en las células más recónditas de nuestro cerebro ó surge en las secreciones internas de algunas glándulas. La ciencia se cala sus espejuelos, enarca las cejas... y confiesa que sabe muy poca cosa de este asunto.

El suceso es bonito y emocionante. Acaso estén en lo cierto las almas ardientes que al oír el gozoso clamoreo de las campanas, se hincan de hinojos, en acción de gracias por el milagro. La Fe, la doncella teologal, no es ciega, sino clarividente. Ella ve las cosas en las zonas de luz donde se tornan ciegos los ojos humanos. Después de diez años de prisión en sí misma, la monja ascendía por la escala de la oración—que es fuerza psíquica ó magnética—¡con cuánto dolor, con cuánta fe! Y aquel día, ante la Virgen magnífica, entre la liturgia de luces, de flores y de cirios rizados, el milagro de la fe se hizo realidad física. Y las lenguas de oro de las campanas volaron sobre la ciudad vieja, cantando el milagro...

EMILIO CARRERE

(Fot. López Beaubé)

PINTURA EXÓTICA

EL ARTE DE AVANZADA EN EL «PALAIS DE BOIS»

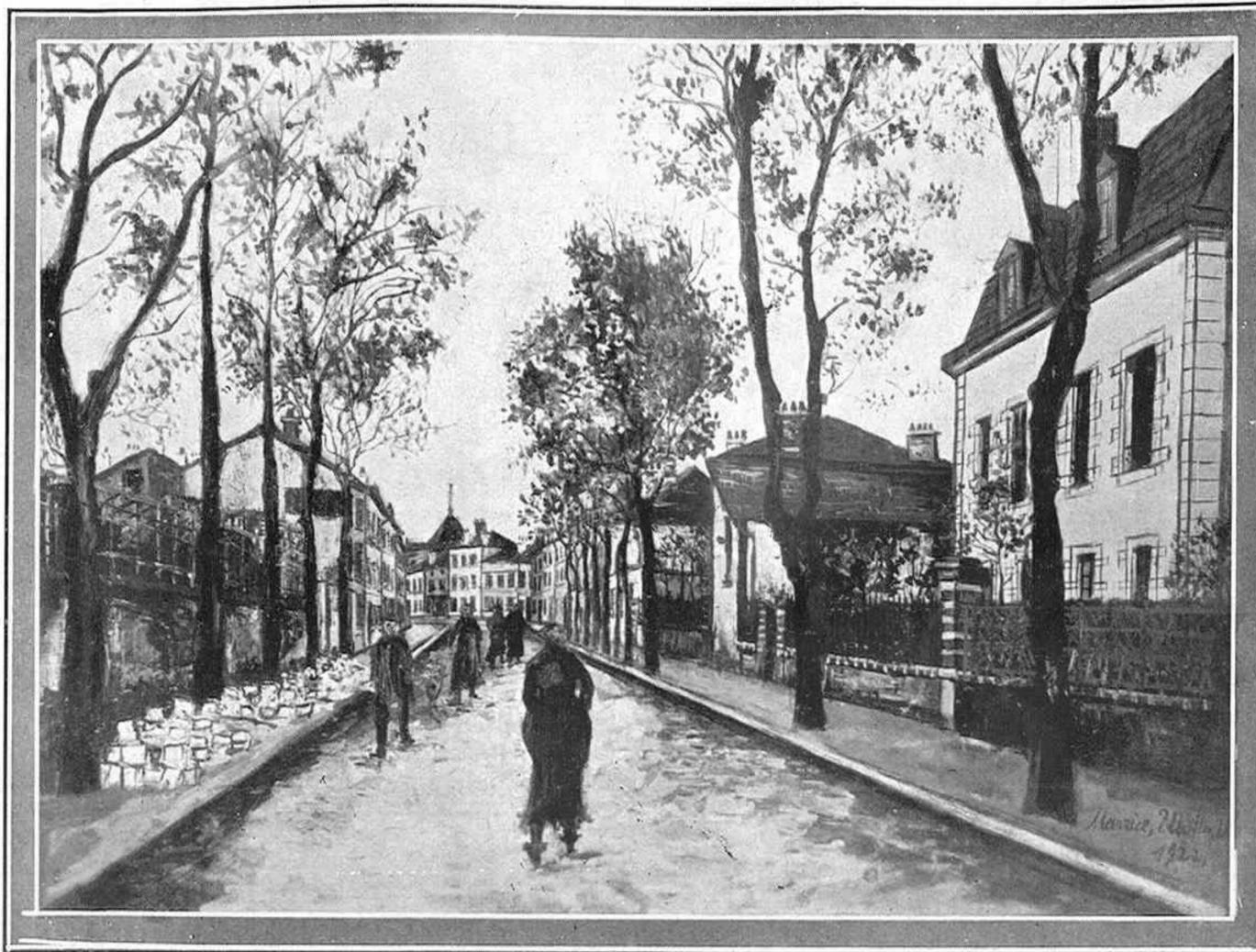
Como dicen los parisienses, ha pasado mucha agua bajo los puentes del Sena desde los tiempos en que los artistas de avanzada se llamaban á sí mismo *les fauves*, y su grupo y su obra constituían el *Fauvisme*...

Las fieras y el fierismo eran por aquel entonces inseparables... Tenían personalmente los artistas la misma independencia agresiva que su arte, y en un solo desprecio reunían cosas tan diversas como los prejuicios, la riqueza, la higiene y la Academia... Era la época de las exposiciones en las barracas del Cours-la-Reine: en las «jaulas», donde los críticos perdían el tiempo dándose aires de domadores, y donde el público dominguero reía de mejor gana que en el circo... Era la época heroica de Matisse, de Friesz y de Vlaminck; era la época en que Picasso, fatigado de pintar sin provecho ni gloria la verdad maravillosa de su luz mediterránea, hacía pedazos la bruma de París y arrojaba los fragmentos sin orden ni concierto sobre el lienzo, con gesto de paleador, para alzarse un pedestal de cubismo... Era la época en que Montmartre dictaba la ley de su bohemia, que aun recordaba á Murger, y sólo era un pequeño grupo de exóticos, en torno al escandinavo Diriks, este Montparnasse que hoy tiraniza con su elegante *pose*, amalgama de toda la estupidez cosmoplita...

... Ha pasado mucha agua bajo los puentes del Sena, y con el reclamo de un apodo comercial acabado en *ismo*, ha pasado también mucho «arte de avanzada», mucha «obra revolucionaria», por los escaparates y las tiendas de los marchantes, que al menos tienen la sinceridad de su *ismo* oportunista.

Las fieras sólo conservan de su fiereza una vana apariencia: son como esos leones y esos tigres del cinematógrafo que invaden la pantalla sembrando el terror, y que luego, cuando la comedia termina, comparten la vida doméstica de los actores...

El fierismo abandonó la selva y se acomodó en lo mejor de la ciudad: para hallarle, no es necesaria ya la expedición tradicional á esas barracas que en su nueva instalación próxima al Bois, en el barrio de los príncipes, se dan el pomposo título de «Palacio»; la obra reunida para esta demoledora solemnidad había estado expuesta en los salones del *faubourg* Saint-Honoré, del *boulevard* Haussman y de la *rue* La Boétie, brindada al esnobismo sonriente, incomprendido y rutinario del *tout-Paris* de ambas orillas, tanto del Sena como del Pacífico y del Atlántico...



«Calle de aldeas», por Utrillo

Ya entre los *fauves*, lo mismo que entre los académicos, prospera y domina la intriga... Quizá las dos mejores obras de avanzada producidas este año en París sean *El Agel* y *El Acrobata*, de Chagal; ambas fueron recibidas y colocadas con tan mala voluntad en la Exposición que Chagal las retiró... También se han abstenido Picasso, Rouault, Bonnard, Segonzac, Dufy, Dufresne, Derain y Vuillard...



«Las tres gracias», de Zadkine

Quedan, al frente de la legión disciplinada, los viejos nuevos: Utrillo, Matisse, Vlaminck... Y tras de ellos, dominándolos ya, los continuadores: Kisling, Gromaire, Susana Valadon, Laprade, Simon Levy, Utter, Léger, Grosz, Krohg, Terechkovitch, Ortiz de Zárate, Iser, y los escultores Androusov, Mateo Hernández, Loutchansky, Zadkine, José de Crefft...

Vlaminck ha enviado sus paisajes acostumbrados y, como excepción, un retrato; Kisling, su admirable *Mujer del guante* y otros cinco cuadros de menor importancia; Matisse figura

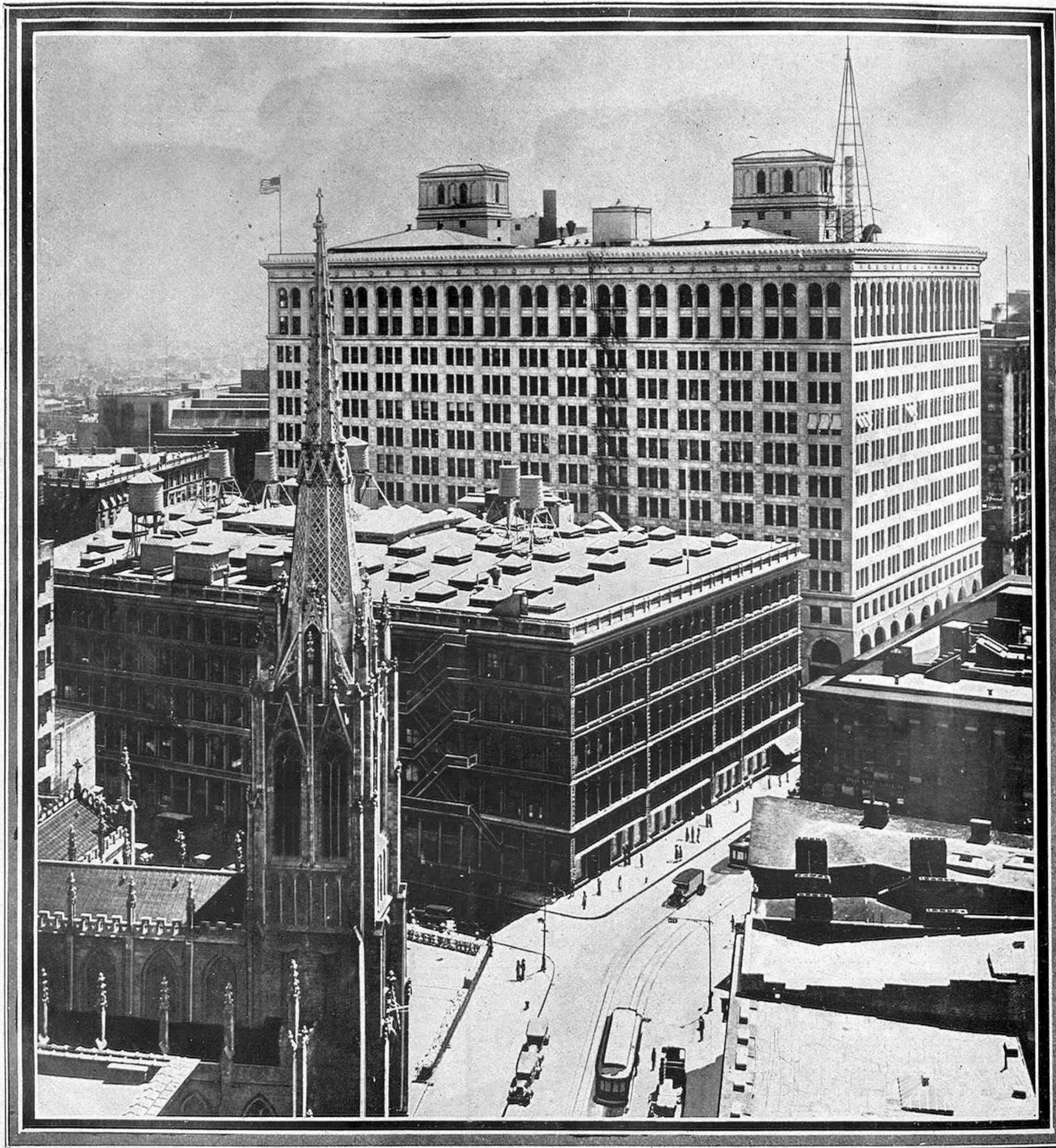
con una bailarina; Susana Valadon, con un desnudo de un realismo desagradable y enfermizo; Ortiz de Zárate, con otro desnudo de mujer, obra muy recia y muy bella; Utrillo, con un interior de iglesia y una plaza de aldea; Gromaire, con una «fiesta en los suburbios» que es, de todo el salón, la única obra digna de la tradición *fauviste*; Odette des Garets, con un delicioso retrato de muchacha... Y entre la escultura, una «madurez» en bronce de Loutchansky; dos bailarinas de evocación fenicia de José de Crefft; un fauno de Joseph Bernard; una «mujer sentada, peinándose», de Marcel Gimond, que es un magnífico poema de piedra, y además un poema helénico; los barro cocidos de Vadime Androusov, influidos por el arte asiático, pero muy ingenuos y vivientes; y, por último, las desconcertantes «tres gracias» de Zadkine, que son, en la escultura, lo que en la pintura es el cuadro de Gromaire: el único rugido...

En fin de cuenta, lo bueno de esta Exposición del «Palais de Bois», como lo bueno del gran «Salón» de los Campos Elíseos, es lo que más se acerca á la verdad y á la naturaleza, y los lienzos de Kisling, de Odette des Garets, de Ortiz de Zárate, lo mismo que las esculturas de Bernard y de Androusov, podían figurar en cualquier museo, junto á los clásicos, sin establecer un contraste cuya violencia diera lugar á escándalo.

El fierismo ha muerto, como ha muerto el cubismo, y como murieron y morirán todos los *ismos* pasados, presentes y futuros... Queda entre las ruinas lo que es arte y merece perdurar... No vale, pues, la pena de intentar revoluciones contra lo único inmutable, y cuyas leyes están sobre nosotros, que es la vida... Falsearla con amaneramientos ó con audacias es lo mismo: sólo tiene su fiel reflejo en la verdad...

MAX BLAY

París, 1927.



Aspecto de los edificios de los grandes almacenes Wanamaker de Nueva York. En el del último término está situado el salón de conferencias donde dió Enrique Deschamps el ciclo de disertaciones sobre la «Evolución de la España de nuestros días», denominado «Semana Española»

ESPAÑA FUERA DE ELLA

EL ESPÍRITU ESPAÑOL EN NORTEAMÉRICA

UN espíritu inquieto, devoto fidelísimo de la cultura intelectual española, y que, aunque nacido fuera de España, vive probando objetiva y brillantemente ser uno de los más activos ciudadanos españoles, con todos los deberes y sin ningún derecho, como de él afirmara el maestro Galdós, acaba de producir un movimiento de intensidad extraordinaria en honra del

país y en uno de los Centros más vastos del mundo en nuestra época. Se trata de nuestro querido compañero Enrique Deschamps y del brillante ciclo de conferencias dado por él en la gigantesca urbe neoyorquina, patrocinado por la Casa del multimillonario John Wanamaker, dueña de los enormes almacenes de ese nombre en Nueva York y en Filadelfia y del Teatro Auditorium,

de la primera de ambas ciudades, construído exclusivamente para fines culturales, gratuitos para el público, y en que tienen cita permanente los devotos de las bellas artes en la ciclópea urbe de los negocios.

A fin de exteriorizar aquí con la concisión y elocuencia propias de aquel país, traducimos de un gran diario neoyorquino, *World*, el resumen

de la sucesión de actos públicos con que allí se ha enaltecido á España, gracias al generoso españolismo de Enrique Deschamps y de John Wanamaker:

«Bajo el nombre general de *Impresiones de España*, ha dado un ciclo de siete conferencias sobre la actual evolución de aquel país el conocido diplomático y escritor D. Enrique Deschamps, miembro correspondiente de la Real Academia Española, accidentalmente en Nueva York, donde acaba de abrir la rama norteamericana de la nueva Agencia de Información cablegráfica *Oceanic*. La gran casa comercial John Wanamaker, dueña del Teatro Auditorium, tradicionalmente preferido por una alta selección de Manhattan, puso la hermosa sala generosamente al servicio del Sr. Deschamps, y por allí ha desfilado, durante la semana, una cantidad enorme de personas interesadas en cuestiones culturales, así para escuchar las disertaciones del conocido conferencista, llenas de sencillez y de elocuencia, como para ver la bella cinta cinematográfica con que éste ilustra sus juicios sobre España, y en que figuran, entre otras muchas cosas muy interesantes, las más eminentes personalidades intelectuales de la Península.

Los temas sobre que ha hablado el Sr. Deschamps son los siguientes: *La evolución de la España de nuestros días*, *Los grandes espíritus españoles de nuestro tiempo*, *Juicio de figuras intelectuales extranjeras sobre la cultura española*, *La evolución progresiva de España en la política moderna*, *El espíritu de una democracia sin republicanos*, y otros igualmente interesantes que Deschamps desarrolló siempre con gran brevedad y brillantez, y que el público aplaudió espontánea y calurosamente.

Tomaron parte también en las espléndidas manifestaciones realizadas conjuntamente por Deschamps y Wanamaker, que no economizaron medios para hacer grande el éxito de la semana, el Sr. Moore, hasta hace poco Embajador de los Estados Unidos en España, quien manifestó en un brillante discurso hispanófilo pronunciado desde el palco escénico del Auditorium, después de la conferencia del jueves, que la Semana Española Wanamaker era, á su juicio, la serie de actos públicos más importante y útil al conocimiento del país descubridor de América que se había efectuado en Nueva York en los últimos tiempos; el Sr. Padilla y Bell, actual Embajador de España, quien hizo expresamente el viaje desde Wáshington para cerrar la Semana, y que

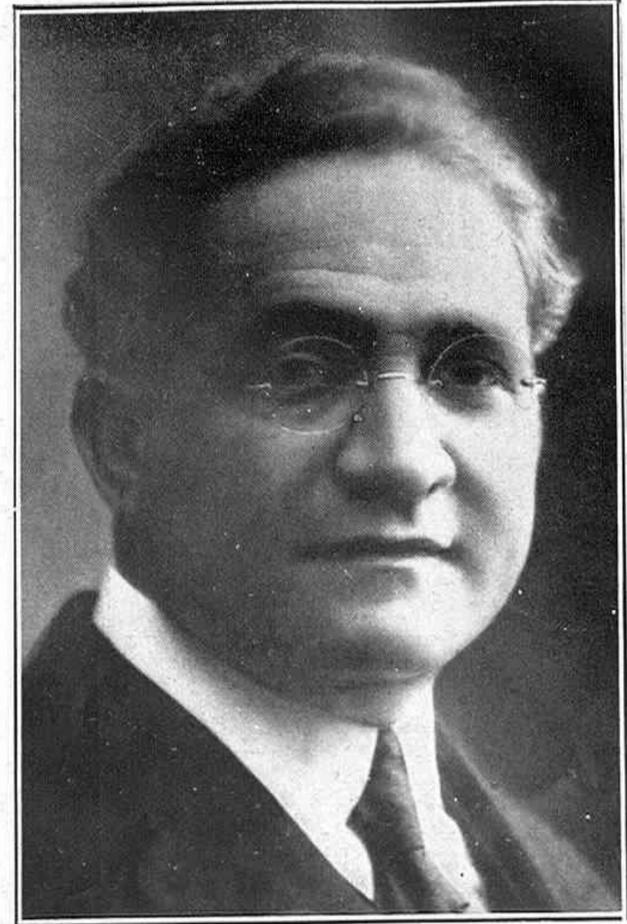
se deshizo en un elocuente discurso en elogios de la hospitalidad de los Estados Unidos, de la espléndida generosidad de la gran casa Wanamaker y del talento y del apostolado de D. Enrique Deschamps, apostolado que, como tal, es absolutamente desinteresado.

Atraídos por el encanto de los grandes éxitos españolistas de la Semana, concurrieron el viernes, recitando desde el escenario magníficos trozos de selecta literatura española, los ilustres artistas Catalina Bárcena y G. Martínez Sierra, para quienes la espléndida sala tuvo ovaciones calurosas y prolongadas.

Como consecuencia de esta hermosa manifestación españolista, Deschamps ha recibido los dos cablegramas siguientes: «Enrique Deschamps.—Hotel Manger.—Nueva York.—Su Majestad el Rey agradece mucho su telegrama, felicitándole por los grandes éxitos de sus conferencias *Impresiones de España*. Duque de Miranda. Jefe superior de Palacio.» «Enrique Deschamps.—Hotel Manger.—Nueva York.—Con íntima satisfacción entérome del éxito obtenido por sus conferencias *Impresiones de España* en Auditorium Wanamaker, generoso trabajo que con tan nobles entusiasmos lleva usted por tierras americanas como bandera prestigiosa de nuestra nación. Obras como esa merecen plenamente la gratitud de todos los españoles; gratitud que, unida al tributo entusiástico que usted recibe siempre de los pueblos que visita, galardonan su bien reconocido prestigio intelectual. Saludos afectuosos. Marqués de Estella, presidente del Consejo de Ministros.»

•••••

Estamos ante uno de los innumerables contrastes extraordinarios y desconcertantes que ofrece la vida en la América del Norte, y puede ser útil su divulgación en Europa: Una inmensa casa puramente comercial como la muy conocida de Wanamaker, acaso la mayor de su género en el mundo, pues se calculan sus existencias habituales en más de 25 millones de dólares, sostiene mediante gastos muy cuantiosos, dentro de uno de sus dos enormes edificios comerciales de Nueva York, un teatro con capacidad para más de 3.000 espectadores cómodamente colocados, que sin el menor gasto pueden ir allí casi á diario á presenciar grandes manifestaciones artísticas, científicas, literarias, deportivas, etcétera. El Auditorium acoge, paga y ofrece después gratuitamente al aplauso norteamericano,



ENRIQUE DESCHAMPS
Ilustre hispanófilo que ha pronunciado en América el interesantísimo ciclo de conferencias

no, muchas de las celebridades que pasan por aquella ciudad, Meca del comercio universal, ó que él mismo hace venir de otros puntos del mundo. Y el más breve esfuerzo mental revela claramente la utilidad material que el multimillonario Wanamaker deriva de su aparente y aun efectiva y noble munificencia. Estadísticas publicadas prueban que la Semana Española Wanamaker, así se llamó al ciclo de conferencias dado por Deschamps, llevó al Auditorium 42.600 personas, que pudieron oír á Deschamps y ver la cinta cinematográfica con que éste objetiva lo que en España se ha progresado y se progresa. Se calcula en más de 7.500 las personas que fueron, pero á las cuales no pudo dárseles acceso á causa de la aglomeración. Y en cerca de 26.000 las personas que fueron cada día en horas anteriores á las del espectáculo á solicitar la tarjeta de entrada. Sumado todo lo cual, da un total superior á 76.000 personas, que recorrieron las vastas galerías de exposiciones de la casa, ya para llegar hasta el sitio en que se entregan los gratuitos billetes, ya para penetrar y salir de la bella sala de espectáculos. De ese modo, la formidable Casa realiza una labor de publicidad que, si se la cotizara, su valor habría de ser muy superior á los gastos que irrogue el espectáculo, quedando siempre á favor de la Casa que realiza obras tan útiles y bellas, un balance moral, un superávit intelectual, un exceso de elevación espiritual, que se traducen en verdadero prestigio en todos los órdenes.

La dirección del Auditorium imprimió variedad á los actos de la Semana española, contratando para la misma á la gentil bailarina Amalia Molina, que bailó y cantó selectos números andaluces llenos de gracia. La «Rondalla Usandizaga» se prestó galantemente á ejecutar unas preciosas selecciones de música española, que, tanto como la graciosa Amalia Molina, fueron muy celebradas por el público. Todo el teatro se adornó con los colores nacionales españoles, y la *Marcha Real Española*, con que se abría el acto, fué vitoreada cada tarde.»

No sólo no escatimamos, sino que prodigamos con toda efusión los aplausos de LA ESFERA al querido compañero y distinguido amigo Enrique Deschamps, persona muy de nuestra Casa, y á la opulenta Casa John Wanamaker, que al honrar á la nación descubridora del Nuevo Mundo en la forma en que acaba de hacerlo, esto es, con la esplendidez propia de su opulencia, se ha honrado á sí misma.



Detalle del magnífico «Teatro Auditorium» Wanamaker, construido dentro de uno de los vastos edificios de los almacenes del mismo nombre en Nueva York, y en donde dió Deschamps las siete conferencias sobre España, que se denominaron «Semana española»

Elegancias

TRES
SOMBROS
MUY
DEL DIA

Modelo de sombrero
en fieltro verde, con
una sencilla cinta
dorada



Sombrero en fieltro
azul, con un pom-
pón de plumas rojas

Sombrero de playa,
hecho á punto de
«crochet»

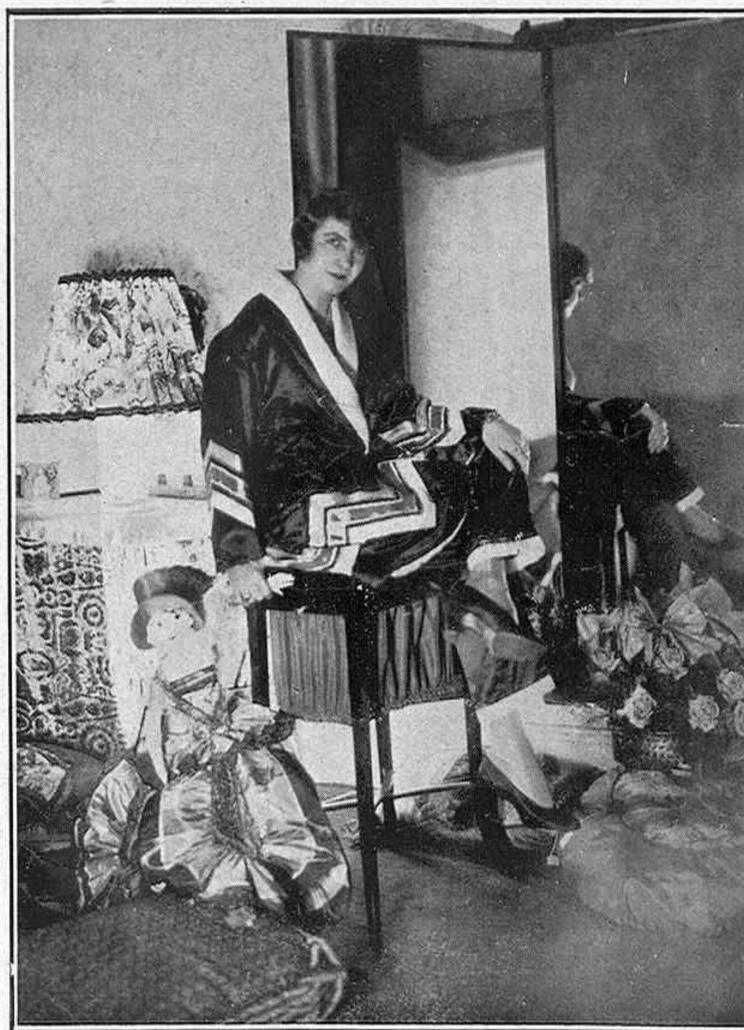


L A S M O D A S D E L H O G A R

Las bellas indumentarias íntimas de la mujer

HE aquí, paradójicamente, unas fotografías de hogar. Paradójicamente, sí... Porque acaso nunca como ahora esta palabra, «hogar», está tan desprovista de sentido, y encierra un contenido menor. El «hogar», reconozcámoslo, «no se lleva», no es de hoy. La vida es cada vez más de la calle, más de fuera. Se vive en el teatro, en el dancing, en el hotel de moda, en el cabaret, en el comercio lujoso, en la avenida, en el bosque...

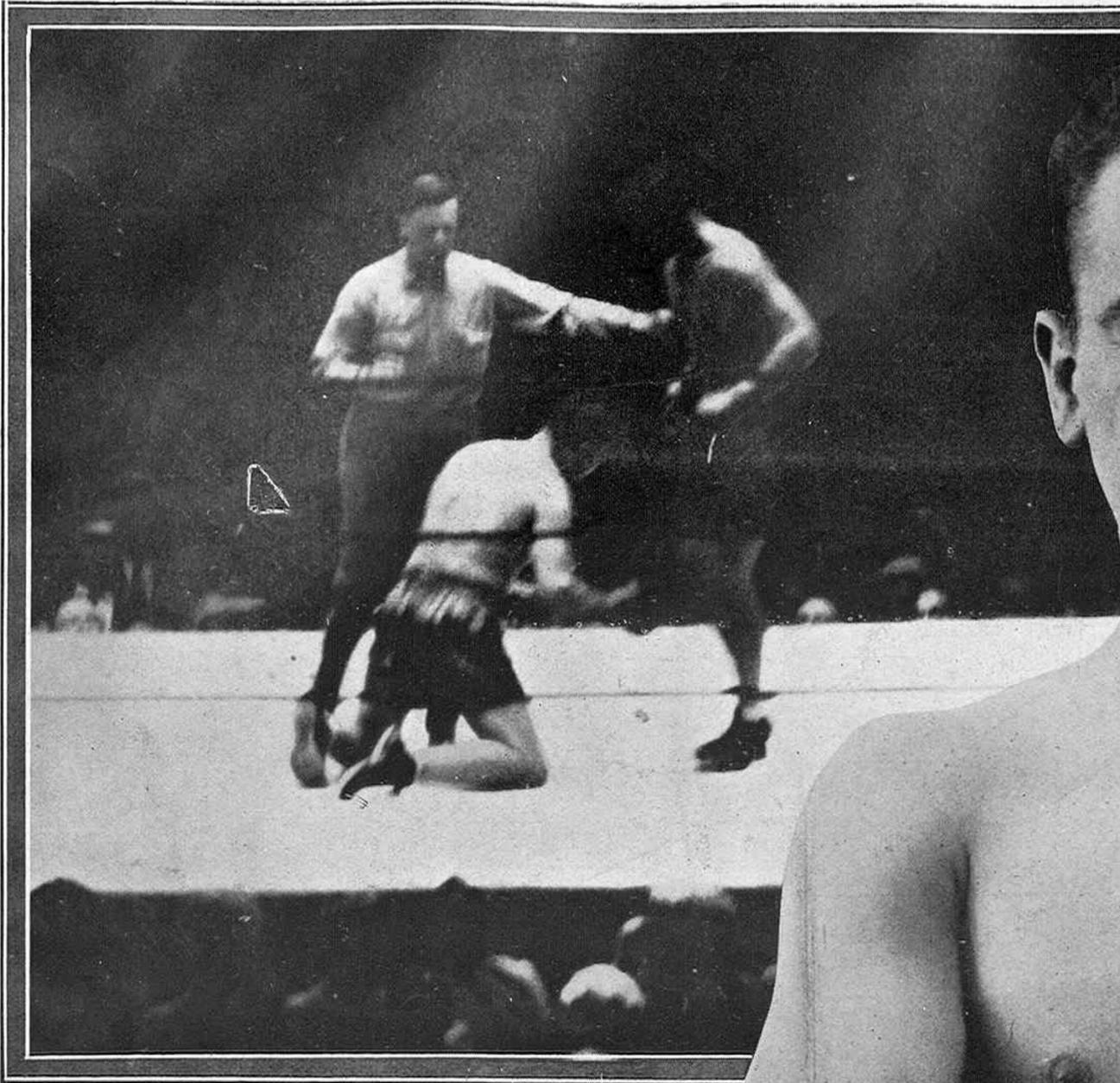
En tanto el hogar, destronado, olvidado, llora. ¿Dónde está aquel viejo imperio que tuvo antes, cuando bajo sus lámparas amables todo adquiría un suave sentimiento familiar? La vida actual, precipitada, rauda, uniformadora, ha borrado todas aquellas viejas ternuras que hacían del hogar un centro de las almas. Únicamente en las grandes jornadas tradicionales—la Nochebuena, por ejemplo—parece recobrar lo íntimo, lo hogareño, su pérdida atracción. El triunfo es,



para su casa bellamente decorada

sin embargo, pasajero... Y aún esa jornada de la Nochebuena es cada vez «menos de hogar», porque los grandes hoteles disputan crecientemente á la casa propia el escenario de esa hora de júbilo familiar.

A pesar de todo ello, he aquí unas fotografías de hogar. Sobre el fondo amable de almohadones y colorines, de lámparas y de telas, figuras amables de mujer, en una hora matinal y en la hora del té. Antes hemos escrito una palabra que hemos de recordar de nuevo: paradójicamente... Paradójicamente también es ahora, en estos días de olvido del hogar, cuando más esmero se pone en la decoración de las estancias de la casa. El contraste entre uno y otro caso es real. Limitémonos á recogerlo. Las dos fotografías de nuestra página son una bella muestra de cómo el espíritu artístico entra en esos hogares que el hombre de hoy, sin embargo, frecuenta cada vez menos...



El momento culminante del combate de boxeo Dempsey-Sharkey. El ex campeón del mundo ha alcanzado á su rival con un formidable «gancho» que da con él en tierra apenas comenzado el séptimo asalto

LOS DEPORTES

Figuras y datos de la actualidad

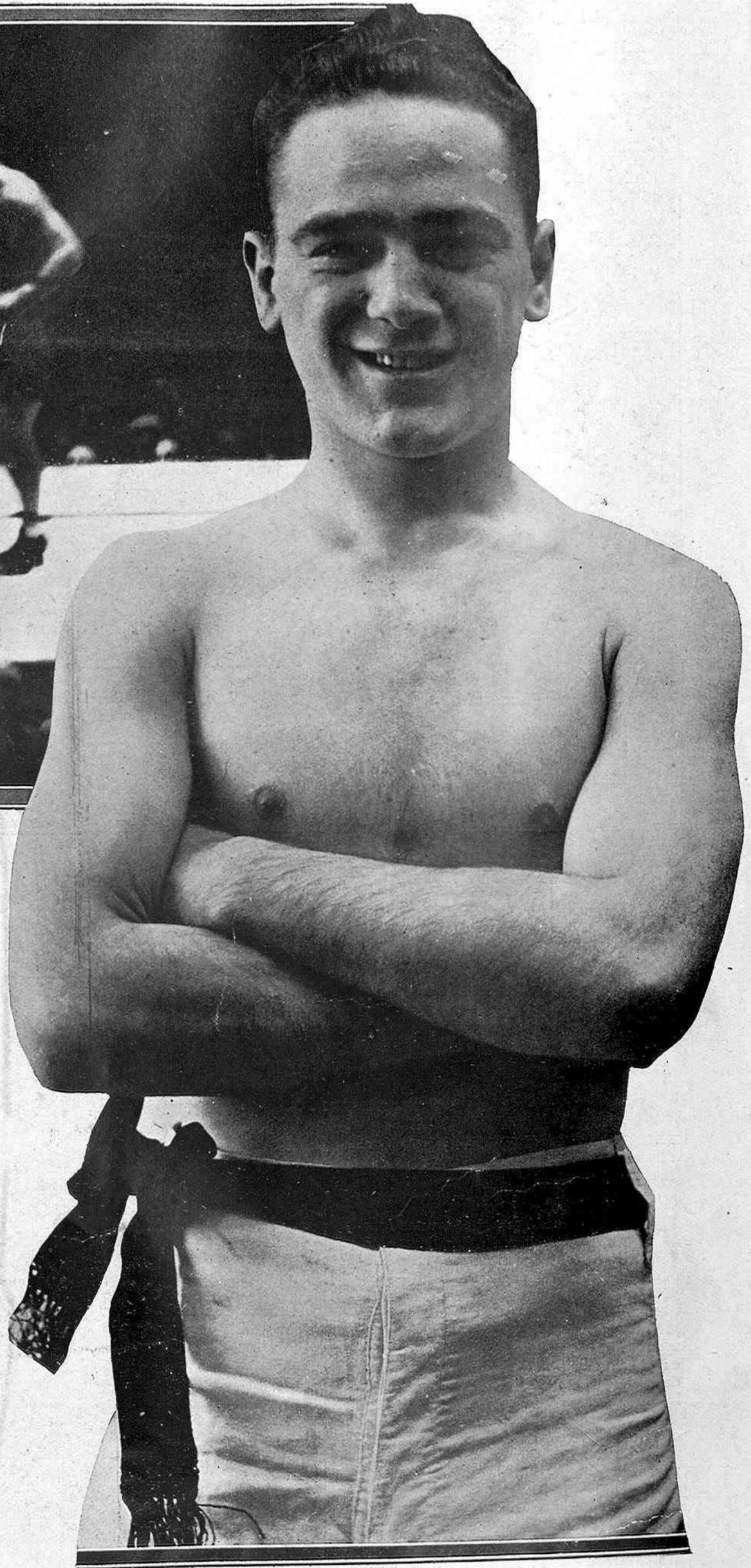
AUNQUE no todos los títulos europeos tengan el mismo valor, no debemos ser precisamente nosotros quienes regateemos el elogio á quienes alcanzaron los galardones supremos.

Hace aún breves años que nuestra Federación fué recibida en la Internacional, y con el triunfo rotundo de Luis Rayo son cuatro los campeonatos continentales que poseen nuestros boxeadores: Paulino, Rayo, Ruiz y Ferrand.

Es posible que una revisión estrecha impuesta por una serie de combates entre los mejores boxeadores europeos tuviera la virtud de eliminar alguno de estos nombres de la lista internacional; pero no es menos cierto que cada uno de ellos—si se exceptúa tal vez al último—en el momento en que obtuvieron sus títulos estaban en la mejor forma, plenamente capacitados para llamarse campeones de Europa.

Refiriéndonos al recién llegado, el extremeño Luis Rayo, cuya carrera pugilística se labró difícilmente en los *rings* suramericanos, puede decirse que pocos con tantos méritos alcanzaron tan elevado puesto. Fué, sin embargo, el suyo un boxeo discutidísimo.

Este escepticismo tan español quiso restarle importancia á su llegada á la Patria después de muchos años de ausencia; y, no obstante venir cargado con un bagaje de victorias difícilmente igualable, el *refrende* fué esperado con impaciencia. Su éxito inicial le sirvió de muy poco: el enemigo, sin personalidad, cayó tronchado antes de que el público supie-



Luis Rayo, el nuevo boxeador español que ha alcanzado un título de campeón europeo por su triunfo sobre el francés Lucien Vinez, al que ha vencido en un brillante combate celebrado en Barcelona y en que se ha mostrado netamente superior



Jack Sharkey, e bostoniano vencido por Jack Dempsey en la eliminatoria para el campeonato mundial de un modo algo irregular y que parece será pronto un rival de Paulino Uzcudun

El ex campeón mundial de los pesos semi-pesados, Jack Delaney, que después de renunciar á su título para luchar en la categoría de los límites, ha combatido con el vasco campeón de Europa en el último «match» de Nueva York



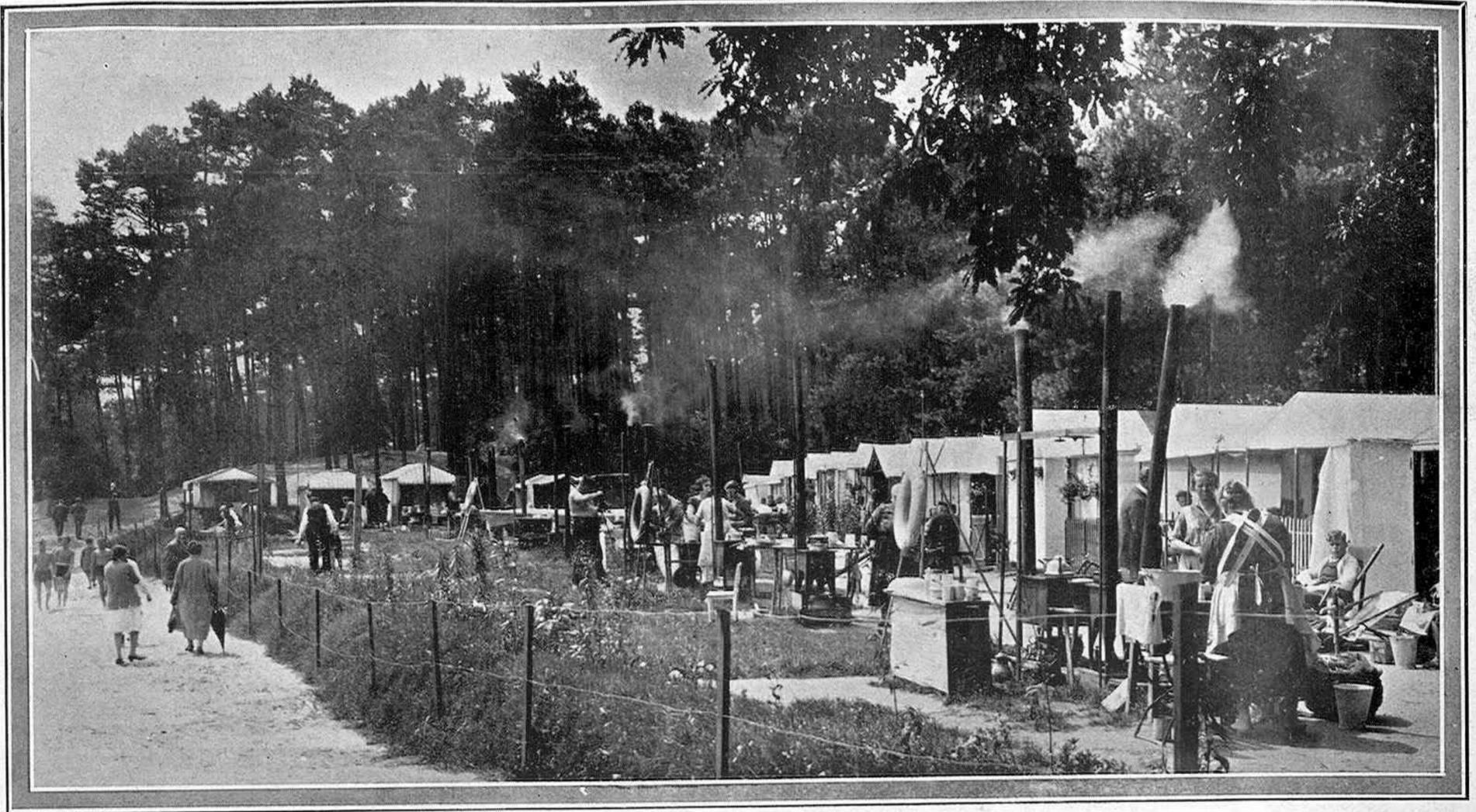
ra á qué atenerse con respecto al debutante español, y su victoria fué recibida con recelo, suponiéndosele incluso propicio á combinaciones de entre bastidores para buscar rivales fáciles. Tras este primer éxito, Rayo aceptó en Barcelona un *match* con Cola, el más capacitado de los boxeadores de su categoría en la ciudad condal. Y Cola le derrotó.

Parecía imposible después de los dos tropiezos apuntados que este muchacho lograra levantarse y probar que los dos combates eran incidentes no decisivos en su vida: el primero, porque aquel enemigo fué contratado suponiéndosele una eficacia que no poseía; el segundo..., bueno en cuanto á Cola, porque Rayo, obligado por un contrato, tuvo que salir al *ring* en deplorables condiciones físicas.

Ahora la crítica le ha hecho la justicia que le debía. Frente á Lucien Vinez, el francés que á sus treinta y cuatro años todavía no había encontrado *la horma de su zapato* en forma de boxeador que neutralizara sus trucos y ardidés de viejo conocedor del asalto, ha sido la juventud arrolladora y eficiente que ha llevado la iniciativa del combate, que ha dominado en doce de los quince asaltos, y que en todo momento, mostrándose largamente superior, no ha dejado opción á la duda respecto del resultado del combate.

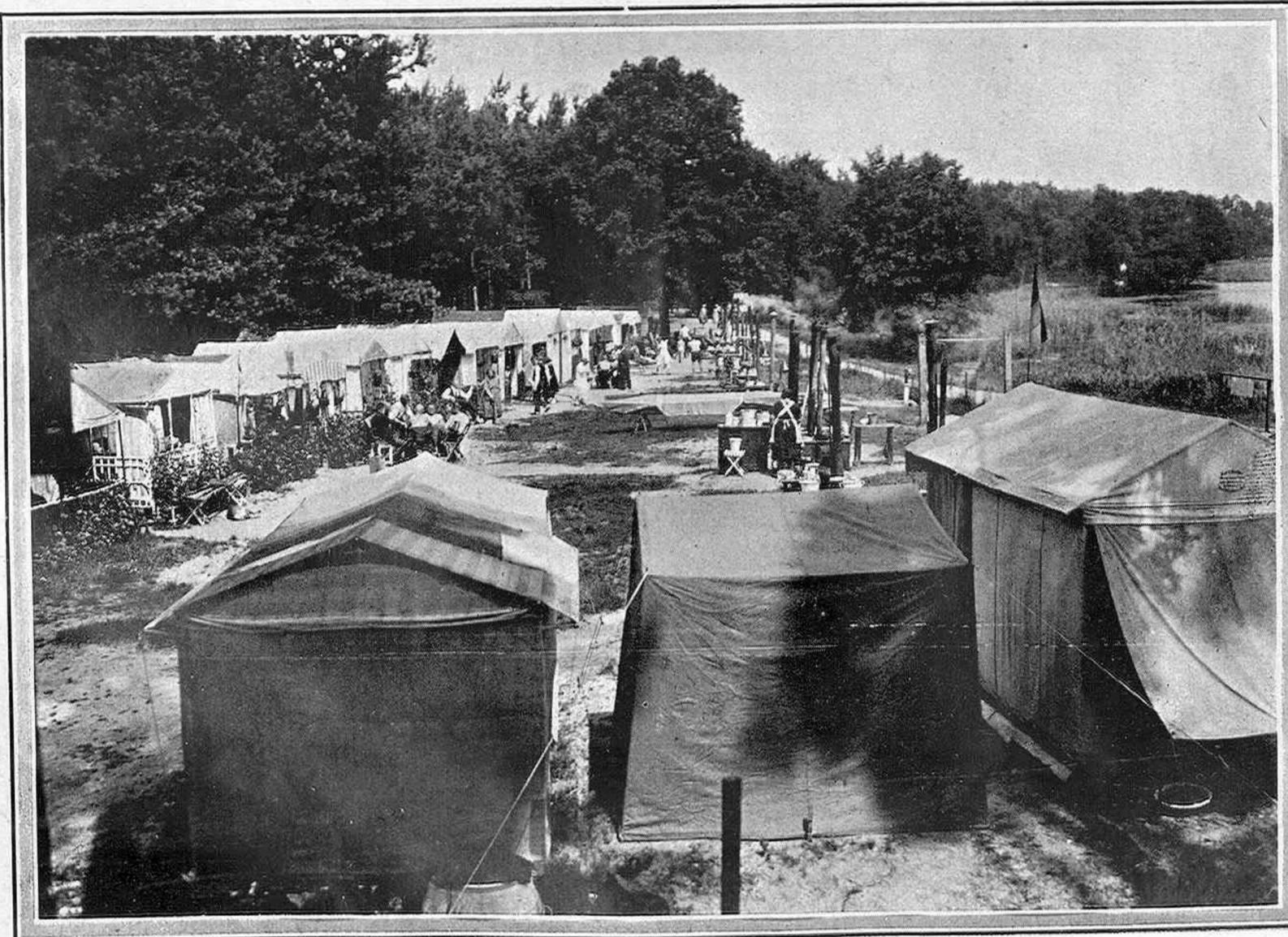
Es Rayo, entre los campeones europeos con nombre español, una de las figuras preeminentes. ¡Saludemus, pues, al vencedor!

La joven aviadora alemana Thea Raasche, que después de hacer varios «raids» por Europa, se halla en los Estados Unidos preparando un avión con el que intentará hacer próximamente la travesía del Atlántico hasta Berlín en una sola etapa (Fots. Díaz Casariego, Marín y Blasco)



Aspecto de una de las avenidas de viviendas veraniegas levantadas en las proximidades de Berlín, para defenderse de los rigores estivales al amparo de la arboleda

CÓMO RESUELVE EL PROBLEMA DEL CALOR EL MUNICIPIO DE LA CAPITAL BERLINESA



Los «veraneantes» haciendo vida al aire libre cerca de las improvisadas casas á pocos kilómetros de la gran urbe, y cerca del bosque y el río que hacen soportable las rigurosas temperaturas del verano (Fots. Marín)

EL problema del calor renueva anualmente discusiones entre los munícipes, que raramente resuelven algo práctico en beneficio de los que tienen que sufrir, por imperio de la obligación ó la carencia de medios, los rigores de un calor que en ciertas capitales pone á prueba las naturalezas más fuertes.

Este año, el Municipio de Berlín, atento á la dureza del estío en la gran capital, ha tomado una resolución que le honra, autorizando para instalar tiendas de campaña y modestos barracones, fácilmente desmontables, en los alrededores del Tiergarten y á orillas del Spree, con lo que varios millares de familias, aprovechándose de la facilidad de comunicaciones, se han instalado tal como nuestros grabados explican de un modo bien elocuente.

VIDA ARTISTICA

Los luminosos
cuadros de
Florencio Vidal

ENTRE los pintores modernos destaca vigorosamente la figura de Florencio Vidal, artista de reconocidos méritos que ha sabido fijar siempre en sus numerosos lienzos la luz deslumbradora de nuestro cielo meridional.

Son las mujeres de Vidal encantadoras hembras representativas, figuras expresivas y evocadoras de un regionalismo perfectamente definido en cada caso.



«Flores de Valencia»

Entre sus obras, «Flores de Valencia», y que reproducimos en esta plana, que ha figurado en varias Exposiciones de artistas españoles en América, ha sido en todas las ocasiones en que la crítica se ha ocupado de ella objeto de unánimes elogios.

Florencio Vidal, discípulo del maestro Alejandro Ferrant, ha trabajado como dibujante en numerosas publicaciones, logrando en 1902 una medalla en la Exposición Nacional, seguido de un rotundo éxito en la Exposición del Círculo de Bellas Artes un año más tarde.

Trabajador infatigable, se ha dedicado este artista con singular empeño al retrato personal, obteniendo algunos éxitos terminantes con muchas de sus obras, de entre las que se destaca recientemente el retrato de los marqueses de Guevara, acierto indiscutible de factura y parecido.

Sus pinturas son de un bello efecto decorativo, y el colorido suave, pero diáfano y entonado, presta á los últimos términos una grata visión que hace más bello el conjunto.

Evocador veraz de las campesinas mujeres, á los cuadros de mujeres valencianas, andaluzas, segovianas, etc., asoman las reales hembras de nuestra tierra: cabelleras de ébano, grandes ojos lánguidos, morbideces prietas que colora una sangre joven y generosa.

La labor de Vidal, tenaz y perfecta, tiene un positivo valor, pero acusa además cierto mejoramiento progresivo que permite esperar en el porvenir nuevas y valiosas muestras de su talento artístico.



«Una segoviana»



«Reposo»

LOS ANCIANOS SUICIDAS

LEMOS la noticia y nos quedamos perplejos. No podemos comprender que haya seres que tengan tanta impaciencia por dejar el mundo. ¿Por qué esa prisa cuando tan poco falta para llegar al fin de una existencia penosa? ¿Tan ajenos á la vida pueden creerse los ancianos para que quieran abandonarla, si tan poco tiempo tienen que estar en ella?

¡Pobres, pobres viejecitos!... ¡Cuántos desengaños habrán tenido que sufrir para aborrecer de ese modo una vida hostil donde no quieren continuar ni unos días más! ¡Cuántas humillaciones, cuántos sufrimientos!... Caminantes fatigados por el peso abrumador é irresistible del tiempo, han visto morir en torno suyo todo cuanto amaban, y antes de ser solitarios árboles en una llanura inmensa, han decidido morir por no poder soportar un momento más la irresistible agonía de sentirse viejos.

Friamente, implacablemente, han visto el mundo, y, horrorizados, no han querido seguir en él. ¡Tardaba tanto en ponerse el sol de su existencia, que no han querido dilatar un solo instante su vida atormentada y horrible! Comprendiendo que el gran secreto del hombre consiste en morirse á tiempo, quieren enmendar el yerro de la Naturaleza, y con un valor heroico se precipitan en las tinieblas de la Muerte, que para ellos será el eterno descanso.

¡Qué angustioso, qué amargo, qué horrible debe de ser eso de perder el amor á todo ó verse privados del amor de todos! Porque en el fondo

CREMA
DE AFEITAR

NO CULPE A LA NAVAJA
SI LE MOLESTA
EL AFEITARSE,
USE NUESTRA CREMA

MENNEN

del drama de los pobres viejos, ¿no habrá también una tristeza infinita, nacida de verse abandonados por los que ellos quisieron más? Heridos por el egoísmo y la ingratitud de todos, ¡qué tragedia la de sus almas cuando comprendan que ya estorban en el mundo, que, indiferente á sus tristezas, sigue su camino ciego y fatal!...

Recuerdo que una vez tuve ocasión de hablar con uno de estos ancianos. Habíase arrojado al paso de un tren, y milagrosamente pudieron salvarle. El hombre, en vez de agradecer la conducta de sus salvadores, los miraba con infinito rencor. Parecía que éstos, al dilatar su existen-

cia, querían dilatar sus martirios, y esto no lo perdonaba el viejo, que no tenía más ilusión que la de morir.

Extrañado de su actitud, no pude menos que expresar mi sorpresa, y entonces el anciano me replicó:

—Usted no sabe lo que es esto de sentirse muertos por dentro y de caminar llenos de cansancio por una senda que carece de atractivos. En el mundo ya no tengo á nadie, ni nadie se preocupa ya por mí. Los míos siguen su camino. Yo he querido también seguir el mío. ¿Por qué, por qué no me han dejado? La única cosa que me quedaba en la vida, ¿por qué no dejarme que yo disponga de ella?

Hablaba el hombre con tanto convencimiento, que no me atreví á contradecirle. Mis palabras le hubieran contrariado, seguramente, y yo no quise discutir con aquel anciano, que con la inflexible lógica de sus desengaños tenía un modo de razonar que desconcertaba. Me limité á compadecerle con todo mi corazón, y desde entonces, siempre que leo la noticia del suicidio de algún anciano, me acuerdo del que he citado.

Era un hombre extraordinario que, herido por los desengaños y las ingratitudes del mundo, llegó á odiarlo con la frialdad de todos los que, al llegar á una edad avanzadísima, cansados de esperar á la muerte, que tarda en llegar á ellos, salen á su encuentro voluntariamente, porque creen que estorban en una vida cada vez más enemiga de los débiles, de los humildes y los desgraciados.

JUAN LOPEZ NUÑEZ



El equipo del nuevo Icaro

EN el Concurso de Aviación civil celebrado recientemente en Hendon (Londres) se ha concedido el premio más importante á la mayor altura alcanzada en el tiempo más breve. La fotografía presenta á uno de los pilotos que tomaron parte en el Concurso de altura equipado debidamente para su viaje aéreo. Este nuevo equipo comprende un traje impermeable calentado por la electricidad, botas forradas de piel, aparato inhalador de oxígeno, casco radioteleónico y paracaídas sujeto á la espalda.

HOTEL INGLATERRA
De primer orden - GRANADA

La hermosa novela
"MI MARIDO!..."
del célebre escritor
"El Caballero Audaz"
tendrá el mismo éxito
que tuvo
"LA VENENOSA"

Pedidos á
Editorial «Renacimiento»

NOTA CÓMICA



—¡Cualquier día vuelvo yo á pedir la mano de su hija á un torrero!
(De «London Mail».—Londres)



El actor cinematográfico más pequeño

Es, naturalmente, norteamericano. Que no siempre han de poseer los yanquis lo más voluminoso. Si se considera, sin embargo, que esta minúscula estrella de la pantalla, llamado familiarmente por sus compatriotas *Snookums*, es una maravilla como actor, un gran maestro de la expresión y del gesto, pueden ufanarse los hijos del Tío Sam de presentar á la admiración del mundo pelicularo el chico en grande mayor del planeta. Nuestra fotografía presenta el portentoso niño actor de tres años con sus juguetes y equipaje dispuesto á emprender una *tournee*.

¿Dolor de cabeza?
Sello KENDOL